

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR  
FUE

*Amarte*



5

Parte 2

Click  
EDICIONES

# Índice

[Dedicatoria](#)

[MI ERROR FUE AMARTE](#)  
[PARTE II](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*Dedico esta serie a mis lectores.  
Gracias por estar conmigo en cada libro  
y por vuestro cariño y apoyo constante.  
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

**MI ERROR FUE AMARTE  
PARTE II**

## CAPÍTULO 9



### DULCE

Al llegar al gimnasio donde imparto mis clases de defensa personal saludo a la recepcionista, que me mira de forma rara.

—Hola, Dulce... Ve directa al gimnasio.

—¿Ha pasado algo?

—No me corresponde a mí decírtelo.

Inquieta, voy hacia allí. Es martes por la tarde y después de dos días de trabajo con Adair y Ángel, sobre todo con este último, sin llevarnos mal e incluso llegando a pedirnos opinión el uno al otro, necesitaba esta clase para sentir algo de realidad, pero por lo que parece no va a poder ser.

Cuando entro, me encuentro a la hija de la dueña impartiendo mi clase. Al verme, detiene la clase y viene hacia mí. Laia y Jenna también están aquí, y me miran extrañadas. Las saludo antes de salir para hablar con la hija de la jefa.

—Dulce, debo decirte algo... ha sido una decisión difícil, pero mi madre cree que es la mejor.

—¿De qué decisión hablas?

—Bueno, cuando te fuiste, yo di tus clases. A mi madre le gustó mucho y... te ha remplazado por mí... Ya no formas parte de esta academia.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? —pregunto tensa.

—No confía en ti, tiene miedo de que vuelvas a dejarnos tirados. Y esta es una organización muy seria.

—Trabajo aquí gratis, y no os he dejado tirados. Las clases las dábamos las dos y yo estaba tranquila porque sabía que si faltaba, tú te podrías hacer cargo...

—Sí, y como has visto, sí puedo. —Sonríe como disculpándose y va hacia la puerta—. Nos vemos.

¿Así, sin más? ¿Todo mi esfuerzo para nada? ¿Tan fácil es para la gente darme de lado?

Salgo del gimnasio enfurecida y empiezo a andar por el pueblo sin rumbo fijo. No sé cuánto tiempo llevo andando cuando decido volver a mi casa. Abro la puerta, cansada y afligida. ¿Acaso se ha puesto de acuerdo el destino para machacarme cuando más apoyo necesito?

—¡Dulce! —Me giro antes de entrar en mi casa y veo a Laia salir del piso de su hermano junto a Jenna—. Hemos venido a ver qué tal estabas.

—Y hemos traído dulces —añade Jenna.

—Cantidad de ellos. No sé cómo podéis comer tantas porquerías —comenta Ángel desde dentro.

—¡Oh, cállate! Nuestros estómagos están a pruebas de bombas —dice Laia sonriente y entra con Jenna al piso de su hermano, supongo que para coger las bolsas de la comida.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Ángel apoyado en el marco de la puerta.

—Genial.

—No deberían haberte destituido.

Me encojo de hombros.

—Está claro que no soy tan imprescindible como creía, soy fácil de remplazar.

Veo pasar el dolor por los ojos de Ángel y sé que se siente culpable por haber hecho lo mismo en algún momento de mi vida.

—Tranquilo, estoy bien, no dejaré que nadie me hunda. Y menos porque quieran aprovecharse de la buena gente cobrándoles una cuota cuando siempre ha sido un centro sin ánimo de lucro.

Ángel asiente. Al poco salen Laia y Jenna con las bolsas y, tras despedirse de Ángel, entran en mi casa.

—Queremos saberlo todo. Hace días que no te vemos el pelo y si no lo veo, no lo creo. ¡Mi hermano y tú hablando sin gritaros! ¡Qué bien!

—No es bueno.

Cojo una de las bolsas de patatas fritas, me siento en el sofá y empiezo a contarles todo lo ocurrido en los últimos días, mientras mezclo dulces con aperitivos salados.

—Entonces mi hermano sí que tenía un motivo para irse...

—Da igual el motivo, yo no le fui infiel.

—¿Y te ha dicho cómo se enteró? —me pregunta Jenna.

—Me da igual. Lo que me molesta es que dudara de mí hasta el punto de irse sin preguntarme siquiera. No confió en mí. Todo lo que vivimos ese verano no fue suficiente para que tuviera al menos una duda razonable conmigo. Es como si hubiéramos vivido una mentira.

—Te entiendo —dice Laia y Jenna asiente.

—Al menos hemos decidido firmar una especie de tregua. Aunque no sé si eso es lo que deseo...

—Por si vuelves a amarlo —deduce Laia—. Sería maravilloso tenerte como...

—Eso es imposible, así que es mejor que ni lo pienses —la corto incómoda.

—El tiempo lo dirá —comenta Jenna.

Mientras seguimos comiendo chucherías, me comentan que las dos han dejado el gimnasio y que, después de llamar a Bianca para contarle que me han echado, ella ha decidido no apuntarse tampoco.

—No sé cómo han podido hacerte eso, y menos contando con que dabas clases sin recibir nada a cambio —expone Laia.

—Es porque lo quieren hacer de pago... yo les dije que me oponía. Tal vez por eso han preferido tenerme lejos cuando den la noticia a sus clientes.

—Pero ¡¿cómo pueden cobrar por las clases?! Esas mujeres van allí porque se sienten heridas, es su refugio, y muchas de ellas no tienen mucho dinero... —Laia toma un bollo y se lo empieza a comer con tristeza.

—Es una lástima. Pero a mí me gustaba sentirme fuerte... ¿Puedes seguir dándonos clases? —interviene Jenna—. Ahora que hace buen tiempo, podemos dar clases en mi jardín.

—¡Sí! Eso sería fantástico. —Laia me mira sonriente y al final asiento, aunque en el fondo tengo la sensación de que no me están dejando elegir y que, de haberles respondido que no, habrían insistido hasta que accediera.

Tras pasarnos la tarde hablando y comiendo chucherías, Laia y Jenna acaban por irse. Son más de las diez y, después de todo lo ingerido, no tengo ganas de cenar. Recojo las cosas, con la cabeza perdida en mis pensamientos. Tanto es así, que cuando tocan al timbre de la puerta, pego un grito y me sobresalto.

—¿Quién es? —pregunto.

—Soy Ángel.

Abro la puerta y lo veo al otro lado, con las mismas gafas de leer que llevaba puestas el otro día y ropa cómoda de estar por casa. Aun así, está increíble. Ya sabía lo de sus gafas para leer, pues cuando estábamos juntos las usaba de vez en cuando. En aquel entonces me gustaba la idea de poder ver una faceta de él que muchos ignoraban. Y ahora, al verlo, al igual que el otro día, siento latir en mí un sentimiento que creía olvidado.

—¿Quieres algo?

Ángel pasa sin que lo invite a entrar y cierra la puerta.

—¿Qué tal estás? —Lo miro incapaz de creerme que haya venido solo para eso—. ¿Qué? ¿Te extraña que muestre interés por ti? Con mis conocidos soy así —me dice incómodo.

—Yo... estoy bien.

—Sé que te gustaba entrenar a esas mujeres, sentir que las ayudabas a ser fuertes.

Aparto la mirada, pues no sabía que él podía ver eso en mí.

—Sí, pero ya ha terminado.

—Puedes buscar otro lugar.

—Sí..., lo haré.

—Yo sé de uno. —Lo miro intrigada—. No me mires así, mañana por la tarde te lo mostraré. Es donde yo me ejercito...

—No quiero ir a un gimnasio de pago, gracias...

—No me juzgues antes de tiempo...

—¿Como hiciste tú? —Nos miramos serios y al final niego con la cabeza—. Lo siento...

—No, esto es inevitable. Tú misma. Si quieres que te acompañe, lo haré. No te molesto más.

Se da la vuelta para irse, pero lo detengo.

—Vale. Pero si es un gimnasio caro, te quedas solo y me vuelvo.

—Por cierto —dice de espaldas a mí, con la mano en el pomo de la puerta—. He escrito un artículo que tal vez te interese.

—¿Sobre lo que ha pasado hoy en el gimnasio?

Ángel se vuelve sonriente y asiente.

—¿Quieres leerlo?

—Sí.

—Voy a por el ordenador.

Dejo la puerta abierta y voy despejando y limpiando la mesa para que lo ponga en ella. Al poco Ángel vuelve con el portátil y se sienta a mi lado. Una vez más admiro su forma de redactar. Me encanta cómo juega con las palabras, cómo consigue envolver al lector con su forma de expresarse y hacer que no pueda dejar de leer hasta el final. Sonrío cuando veo lo bien que ha reflejado la idea de cómo algunas personas empiezan a hacer algo por el bien de otros, sin ánimo de lucro, y cuando ven que pueden sacar beneficio, no desaprovechan la oportunidad, olvidando sus principios. Después lo releo y, como hacía antiguamente cuando leía algo suyo, cambio alguna palabra allí o añado algo allá.

—Vaya, veo que algunas costumbres nunca se pierden.

De pronto me doy cuenta de lo que he hecho. Es como si una parte de mí hubiera retrocedido en el tiempo.

—Lo siento. Bórralo y déjalo como lo tenías —Me levanto avergonzada, deseando poner distancia entre nosotros.

—Es bueno. Queda bien.

Asiento y me voy hacia el aseo.

—Nos vemos mañana —le digo cerrando la puerta, dejando claro que ya no estoy a gusto con su presencia.

Cuando escucho cerrarse la puerta, salgo y miro mi vacío estudio. Me llevo la mano

al pecho tratando de detener mi acelerado corazón y mi mente revive otra vez el instante en el que sentí que todo era como antes, mientras corregía su artículo. Nunca, nunca debo olvidar que todo ha cambiado, que nada es como antes. Ojalá no me costara tanto recordarlo.

\* \* \*

Tras un duro día de trabajo en la comisaría me preparo para irme con Ángel al famoso gimnasio que él conoce. Esta mañana le volví a preguntar que dónde era y me dijo que tuviera paciencia. Creo que lo hace aposta, para que la intriga me haga querer ir y no me eche atrás... Aunque, sinceramente, iría de todos modos, y eso me aterra, pues es como si poco a poco el muro que he construido durante todos estos años para protegerme de él se fuera destruyendo irremediablemente.

Al poco toca Ángel a mi puerta y, tras coger la chaqueta del chándal, abro.

—Vamos.

Cierro la puerta y lo sigo.

Él también lleva un chándal y se ha puesto las gafas de sol que suele usar por las mañanas cuando salimos de la comisaría. Cuando llegamos a su coche, entro y lo observo de reojo, intrigada.

—Te gustará.

—Hasta que no lo vea, no lo sabré.

Ángel sonrío y no dice nada, pero que me sonrío me deja desarmada. Solo ha sido una media sonrisa, un ligero movimiento de labios, pero ha ido dirigida a mí. Como antes... Esto no va bien.

Giro la cabeza y me centro la carretera. No tardamos en salir del pueblo y, cuando entramos en la zona más pobre de la ciudad que queda cerca del pueblo, me inquieto. Sobre todo cuando Ángel se detiene cerca de una antigua y roída cancha de baloncesto.

—¿Qué haces?

—Aparcar. —Ángel no dice más y, tras parar el motor, baja del coche y va hacia el maletero.

Me bajo y veo que saca una bolsa con varios balones.

—Buenas tardes.

Me vuelvo hacia el joven que nos ha saludado. Es un chico, de poco más de diecisiete años, bastante atractivo, y viene sonriente hacia nosotros. Lleva el pelo rubio despeinado. Sus ojos verdes son simpáticos y agradables y la sonrisa que asoma en su rostro parece algo característico en él.

—Buenas tardes, Kevin. Esta es Dulce.

—Hola, Dulce.

—Hola, Kevin —respondo algo extrañada con todo esto.

—Te ayudo. Aún no han llegado los demás, pero no tardarán.

Kevin coge varios utensilios del coche de Ángel y juntos se dirigen a la antigua cancha de baloncesto. Los sigo mosqueada. Ángel habla con Kevin con naturalidad, deben de conocerse desde hace tiempo. Pese a la diferencia de edad, Ángel no trata a Kevin como si fuera un crío, sino como a un igual.

—¡Hola! —Llega a nosotros un chico con varios amigos que saludan a Ángel sonrientes—. He estado mirando las próximas competiciones de baloncesto. Tal vez podamos apuntarnos, pero desgraciadamente necesitamos un patrocinador.

—Tiempo al tiempo. De momento tenemos que demostrar que como equipo estamos preparados.

Poco a poco van llegando más jóvenes y se van agrupando alrededor de Ángel. Algunos de ellos vienen con hermanos pequeños y poco a poco van acudiendo curiosos a la cancha; entre ellos, varias mujeres que nos miran con recelo.

—¡Dulce! —me llama Ángel. Me acerco, sin dejar de sentir las miradas de los que nos rodean puestas en mí—. ¿Te apetece enseñar a los pequeños a jugar al baloncesto?

No me pregunta si sé, no hace falta, pues cuando estuvimos juntos, más de una vez iba a verlo jugar partidos amistosos con sus amigos en la residencia, y yo luego me quedaba un rato jugando con él.

—Sí, claro.

Voy hacia los niños y, como si esto no me pareciera lo más raro que he vivido últimamente, les digo que se vengan conmigo para jugar al baloncesto. Ilusionados me siguen y las madres, algunas muy jóvenes, les dejan ir. Apenas he dado unos pasos cuando me vuelvo a las mujeres y las invito a jugar con nosotros. Unas se muestran reticentes, otras dan un paso hacia atrás, pero algunas, curiosas, se acercan.

—Toma, estos balones no pesan mucho y son pequeños para ellos. —Ángel me tiende varios balones y los cojo mirándole a los ojos—. Ya habrá tiempo luego para hablar.

Asiento y sin más me voy hacia donde están los niños y las mujeres.

Los niños me quitan los balones y tratan de tirar a canasta. Sonrío y les explico cómo hacerlo. Algunas jóvenes también intentan encestar. Y así pasamos la tarde. No tardo mucho en sentirme en mi salsa.

—Le ha vuelto a pegar..., qué desgraciado.

Sigo la mirada de una de las jóvenes, que se llama Romi, y veo a una muchacha más o menos de mi edad con la cara marcada. Enseguida se activa el instinto protector en mí y voy hacia ella, pero Romi me detiene.

—No te hará caso y huirá. Venir aquí a pasar la tarde con nosotras es el único respiro que tiene...

—Tiene que denunciarlo...

—No es tan fácil, rubita. Aquí muchos de nosotros tenemos que tragar y seguir hacia delante. De ello depende el pan del día. Y, como muchos, ella no tiene otro lugar adonde ir y, para colmo, está en estado.

—Es muy triste...

—Es lo que hay —me dice con rotundidad.

—Lo sé.

Observo a la joven sintiéndome impotente y sigo la clase como si nada, pero me cuesta mucho no hacer nada ante las injusticias.

Cuando se van marchando y empiezo a recoger los balones, me fijo en un gran edificio que hay cerca y que en el pasado debió de ser una mansión preciosa. Sus fuertes muros aún están en pie conservando sus tres plantas. Los cristales de las ventanas están rotos y puedo ver a través de ellas grafitis dentro del edificio y las paredes ennegrecidas en algunos lugares, señales de haber encendido fogatas en el interior; pero pese a eso, su majestuosidad de antaño sigue latente. Termino de recoger y camino hacia el edificio con curiosidad, desando admirarlo más de cerca.

Traspaso la verja destrozada y llego a las escaleras de la fachada. La piedra está ennegrecida y las malas hierbas han invadido todo el terreno hasta la casa, y me es difícil avanzar hasta ella. No voy más allá de la puerta de entrada, por lo que pueda haber escondido dentro.

—¡Al ladrón! ¡Me ha robado!

Me pongo alerta y me aparto justo a tiempo para que no me arrolle un joven que pasa por mi lado como alma que lleva el diablo con un bolso en la mano derecha y se aleja calle abajo. Sin pensarlo, salgo corriendo tras él y le grito que se detenga. No tardo mucho en alcanzarlo, y de un salto me subo a su espalda y lo tiro al suelo por el impacto.

—¡Quieto, estás detenido! —Pero el ladrón me quita de encima de él y me lanza contra uno de los coches que hay aparcados.

Me golpeo en la frente, pero me levanto enseguida y me lanzo hacia sus pies haciéndolo caer, evitando que huya. Le sujeto las manos al tiempo que saco mi placa de policía, que siempre llevo conmigo.

—Estás detenido y, si sabes lo que te conviene, te estarás quietecito.

Me mira con furia. No debe de tener más de veinte años.

—Gracias, joven —comenta la mujer, cogiendo su bolso.

—¡Dulce! —Ángel llega a donde estoy reteniendo al chico y se agacha para agarrar con fuerza sus muñecas.

—Llama a la policía, yo lo retengo.

—¡Necesito el dinero!

—¿Y te crees que yo no? Sin ese dinero, mis hijos se mueren de hambre —le replica la mujer—. Si quieres robar, hazlo a los que les sobra.

Llamo a la policía. Mis compañeros no tardan en venir y llevarse al joven. En el fondo me da lástima, sé que lo hace por necesidad, pero eso no cambia nada.

—Deberías mirarte esa ceja —me comenta Ángel cuando termino de prestar mi

declaración.

—Yo... —Ángel lleva un pañuelo hacia mi ceja y lo aparta manchado de sangre.

—No es un corte muy profundo, has tenido suerte.

Lo miro sorprendida por su cariño y su cercanía.

—Ya lo hago yo —digo quitándole el pañuelo de las manos.

—Claro.

Ángel se aleja de nuevo hacia la cancha y lo sigo de cerca, sintiendo aún el roce de sus caricias, más fuerte que el pinchazo de la herida.

## CAPÍTULO 10



### ÁNGEL

Entro en la redacción con las gafas puestas. Hoy tengo que pasar el día en el periódico. Cuando veo a mi jefe de sección, me felicita por el artículo del gimnasio y me tiende un ejemplar. Hoy he escrito sobre el robo de ayer; he comparado a ese ladrón, que roba para comer, con otros que roban por el mero placer de ser más ricos de lo que ya son, y he planteado una pregunta: ¿se puede juzgar a los dos de la misma manera? Concluyendo que no, pues al ladrón que roba por necesidad le castigarán siempre de la peor manera, si es que la vida no le ha castigado ya suficiente, y los otros comprarán con sus ingresos robados a las personas necesarias para que nadie se entere de su extorsión. Lo releo y voy a mi mesa. Pienso en Dulce y en cuando la vi ayer corriendo tras el ladrón y salir despedida, cuando él se la quitó de encima. Corrí todo lo rápido que pude y aun así no puede evitar que se lastimara. Y cuando luego se levantó como si nada y lo volvió a atrapar, vi su fuerza, su determinación y su obligación para con el deber. Pero también me vi a mí, preocupado y angustiado por ella. No dudé que pudiera atraparlo, pero mi temor estaba presente.

Se ocupó de todo ignorando su ceja sangrante. Yo la dejé hacer, sabiendo que lo que menos necesitaba en ese momento era que le recordara lo de su ceja.

Mientras la observaba de nuevo en la cancha, me pregunté en qué momento de su vida esa chica asustadiza, dulce, cariñosa y distante que conocí se hizo tan fuerte, y eso me tiene amargado desde ayer.

No comprendo cómo pudo fortalecerse así tras una agresión, tras ver que la soledad era su única compañera. Ahora entiendo por qué lo que pasó con Adair lo confundió con amor: estaba sola y Adair, como es capaz de ver cosas que otros ignoran, se dio cuenta de su soledad y quiso ponerle remedio. Ambos se necesitaban para no pensar en lo que les atormentaba. Pero no me gusta un pelo imaginármela con él, o con cualquier otro. Siempre ha sido así. Una parte primitiva en mi interior me decía «Es mía». Ese sentimiento me enfurecía, y continúa haciéndolo.

Sigo trabajando. Al rato mis compañeros se acercan a mi mesa para decirme que han quedado esta noche para tomar algo. Les comento que me pasaré y sigo a lo mío tras saber dónde se juntarán.

Es casi la hora de comer cuando siento que me vibra el móvil. Lo saco del bolsillo del vaquero, esperando que sea un mensaje de mis amigos, pero cuando veo de quién es, me quedo inquieto y me apresuro a leerlo:

Ángel, mi padre me ha llamado para decirme que este viernes habrá un baile y tenemos que ir. Por otro lado, Matt me ha dicho que quiere vernos a los tres cuanto

antes. ¿Cuándo puedes?... Un saludo.

Mi Dulce.

Leo el final del mensaje y me siento un estúpido por no haber sido capaz en todos estos años de borrar su número, y aún peor, de haberlo dejado grabado con el apelativo que le puse cuando estábamos juntos. Quise hacer como que no estaba ahí, como que lo había borrado de mi agenda, pero en todo este tiempo ha estado ahí. ¿Por qué tengo esta curiosa forma de atormentarme a mí mismo? ¿Por qué nunca he tenido el valor de eliminarlo?

Busco la opción de borrar, aunque sé que no lo haré. «Al menos, puedo quitar el “mi”...», me digo, pero dentro de mí siento que no quiero, que solo es para mí y que, aunque solo sea en este aparato tecnológico, ella es mía. ¿No me estaré haciendo más daño con esto? ¿Cuándo abrí la caja que estaba cerrada en mi interior destapando estos sentimientos incontrolados? Mi conciencia no tarda en contestar: «El día que hablé con Dulce y se implantó en mí la duda de qué fue lo que pasó realmente».

Me pongo a escribir la respuesta y dejo para más tarde —o mejor, para nunca— mis pensamientos:

No sabía que aún tuvieras mi número. Por mí perfecto a las dos cosas. Al baile, ya me dirás la hora, y a lo otro, puedo quedar hoy a las seis. Dime dónde y voy.

Dudo en si poner «besos», pero finalmente le doy a enviar para no cometer más estupideces. Si hago el tonto, quiero ser el único testigo de ello.

## DULCE

Miro el mensaje de Ángel y me sonrojo. ¿Tanto se ha notado que lo tenía guardado? Podía habérselo pedido a Adair, ¿no? Empiezo a escribir esto, pero no quiero mentirle; no puedo. Me dejó porque me creyó capaz de engañarlo, así que pienso demostrarle que se equivocó, aunque no valga de nada. ¿O debería seguir como últimamente y que su opinión me importe bien poco? ¡Dios, no sé qué hacer!

Me paseo por el servicio y finalmente le mando un SMS sin contestarle a esa cuestión. Que piense lo que quiera.

A las seis en mi casa. Os espero allí, yo hablo con Adair. Nos vemos.

Se lo envió recordando otro tiempo, en el que nos enviábamos un sinfín de SMS cuando no estábamos juntos, y que siempre acabábamos diciéndonos «besos» y «te quiero». ¿Cuántas veces nos dijimos «te quiero»? Aunque fueron muchas, ahora siento que no las suficientes si él dudó de cada uno de ellos. ¿Qué debe acompañar a un «te quiero» para que se adentre de verdad en el corazón de uno? ¿Habría sido todo distinto si hubiera sabido qué decirle para que me creyera? ¡A quién pretendo engañar! Ángel se fue porque, como él dijo, no creía que lo nuestro durara para siempre. Y contra eso yo no podía hacer nada. No podía luchar contra sus propios temores. Era su batalla, pero la perdimos los dos.

\* \* \*

—Entiendo. —Matt toma el último sorbo de su café y se levanta para dejar la taza en el fregadero.

Ha venido hace un rato, me ha preguntado por mi situación con Ángel y se lo he contado, no sé si para saber su opinión o para decirlo en voz alta y darme cuenta de lo que debo hacer.

—¿Y qué opinas?

—Que aunque ahora no os insultéis, el estar juntos te hace más daño que antes.

—Sí, es cierto.

—Pero no hay marcha atrás. Habéis hablado y, para bien o para mal, debéis seguir hacia delante...

—... Aunque el final sea sufrir más.

—Sí. —Cojo uno de los pasteles que ha traído Matt y me lo como casi de un bocado—. ¿Alguna vez has amado a alguien? —hablo con la boca llena y esto hace que Matt se ría de mí, porque no se me ha entendido nada—. ¡No te rías! —le digo cuando trago.

Matt me sonrío y se sienta a mi lado.

—Sí, he estado enamorado, y te aseguro que hubiera preferido no haberla conocido. No se merecía mi amor.

—¿Por? —Me fijo en el cambio que ha habido en la mirada de Matt. Sus ojos, de por sí sonrientes, ahora están serios mirando por la ventana.

—Es la mujer de mi padre. Prefirió el título y el dinero que eso conllevaba a seguir a mi lado.

Me quedo con la boca abierta, no sé qué decirle. ¿La mujer de la que se enamoró es su madrastra?

—No sabía que te gustaran maduritas.

Matt se ríe y se gira hacia mí.

—Ahora tiene casi dieciocho años, si no recuerdo mal. Se casó hace dos años.

—¡Pero si apenas era una niña! ¿Cómo pudo permitir su padre que se casara con alguien que le triplicaba la edad?

—Ya sabes. El dinero.

Le miro y sé que quiere cambiar de tema, así que dejo el tema, no quiero atosigarlo más.

Suena el timbre y me levanto para abrir. Tras la puerta está Adair y al poco sale Ángel de su estudio; debía de estar esperando a que llegara Adair. ¿Acaso evita estar conmigo a solas? «Mejor», pienso mirándolo seria.

Cuando entran, Ángel mira serio a Matt, luego le saluda y se sienta a la mesa. Coge uno de los pasteles que ha traído Matt y pregunta:

—¿No hay café?

—En la cafetera. Puedes servirte tú mismo —le digo seria.

Ángel se levanta y va a la cocina para servirse uno.

—¿Tú quieres uno, Adair?

—Sí, gracias, pero no muy fuerte.

—A vosotros no os pregunto, que ya habéis tomado —nos dice con una sonrisa, pero noto algo en su voz... ¿Resquemor, quizás? No. Imposible.

Tras servirse su café y el de Adair, Ángel se sienta de nuevo a la mesa. Matt ya ha preparado mi ordenador portátil y ha conectado el USB.

—He hecho una copia de las cuentas privadas de mi padre.

—¿Y has visto algo interesante?

—No, pero eso no quiere decir que no lo haya —contesta Matt a Adair—. Si es el socio del abuelo de Dulce, deben de haber camuflado muy bien los ingresos.

—Ahora hay que buscar la trampa —dice Ángel—. Voy a mi casa a por mi ordenador para pasarme esto.

Mientras Ángel vuelve, Adair y yo estudiamos detenidamente lo que le ha mostrado Matt. No veo nada anómalo pero, como dicen, la verdad puede estar ante nuestros ojos, oculta.

Al poco vuelve Ángel con su portátil y se graba toda la información. Yo lo he guardado en el mío y Adair se lleva el *pendrive* de Matt para mirarlo con más calma en su casa.

—¿Vais a ir a la fiesta de este viernes? —pregunta Matt.

—Sí, iremos —responde Ángel, que se ha levantado y va hacia la puerta con su portátil—. Bueno, ya nos vemos. Me voy, que he quedado.

Cuando lo dice, me mira a los ojos y yo hago lo mismo, pero me pilla por sorpresa y no soy capaz de ocultar la rabia que me ha dado escuchar que ha quedado. Y sí, también celos. ¿Quién será ella esta vez?

—Pásalo bien. Nosotros nos iremos a cenar —dice Matt colocándose a mi lado.

—Si os acostáis, usad precaución... Ah, no, que las relaciones de mentira no son peligrosas... —comenta Ángel irónico.

—¡Y a ti qué te importa! Y si me acostara con Matt, cosa que es mi problema, no lo haría al lado de tu cuarto. No quiero darte envidia.

Ángel se ríe.

—Ya decía yo que esta tregua duraba mucho —comenta Adair, pero Ángel y yo estamos muy ocupados fulminándonos con la mirada. Es como si nos estuviéramos retando en un duelo: el que antes aparte la vista, pierde.

—Me voy —dice Adair, y eso hace que tanto Ángel como yo rompamos el contacto visual, quedando en tablas.

Me despido de Adair y le acompaño a la puerta. A Ángel, en cambio, lo ignoro cuando se va, y él también a mí.

—¿Qué te apetece cenar? —me dice Matt cogiendo su fina chaqueta.

—Lo que sea... gracias una vez más.

—De nada. Siempre es un placer poder ayudarte. —Me guiña un ojo y tras coger una rebeca, por si refresca por la noche, salimos para su coche. Solo espero llegar lo suficientemente tarde como para no enterarme de las conquistas de Ángel.

\* \* \*

Salgo de la comisaría. Son pasadas las cinco y por hoy he terminado. Estamos a jueves y desde el martes no he sabido nada de Ángel. No ha venido a trabajar a la comisaría estos días y, aunque me irrita reconocerlo, lo echo de menos.

Estoy llegando a mi casa cuando siento que me vibra el móvil en el bolsillo. Lo descuelgo intrigada al ver que es Ángel, y mi corazón se acelera solo de pensar que es su voz la que escucharé al otro lado de la línea.

—¿Hola?

—¿Tanto te extraña que te llame?

—Sí. —Ángel se ríe y me quedo sorprendida por su risa—. No pongas esa cara, soy muy risueño.

«¿Ha visto la cara que he puesto?», pienso buscándolo en los alrededores, y enseguida lo localizo unos metros más adelante, apoyado en su coche negro.

—Debería seguir hablando y gastarte el saldo...

—Hazlo.

Cuelgo, aunque la tentación es grande, y me acerco a él.

—¿Qué quieres? —le pregunto, intentando que mis ojos no se posen en sus labios aún sonrientes.

—Voy a ir a mi gimnasio particular —bromea— y me preguntaba si te apetecía venir.

—¿Y vas a ser capaz de soportar mi compañía?

—Sí, hoy nadie, y menos tú, pueden fastidiarme mi felicidad.

—¿Qué ha pasado?

—Sube, te lo cuento por el camino.

Entro en el coche intrigada y lo miro de reojo cuando lo pone en marcha. La sonrisa aún no se ha borrado de su cara y por un momento me veo hace cinco años, cuando conducía su coche de segunda mano, que era más bien un trasto destartado, aunque para él fuera el mejor del mundo, nada que ver con este modelo totalmente nuevo y elegante.

—Dime —le pregunto seria.

—Deberías alegrarte. Dentro de poco no me verás tanto, y eso es bueno, ¿no?

—¿Por eso estás tan sonriente? ¿Porque me vas a perder de vista?

—Claro. ¿Por qué si no?

—Para el coche —le digo calmada, pero Ángel me ignora—. ¡He dicho que pares el coche!

Tras ver que no estoy de broma, reduce la velocidad y aparca en doble fila. En cuanto lo hace salgo del coche disparada.

—¿Dónde vas? —Le oigo preguntar a mi espalda—. ¡¿Quieres detenerte?!

—¡No! ¿Quieres perderme de vista? ¡Pues lo harás antes de tiempo!

Ángel ha salido corriendo detrás de mí y me tira del brazo. Trato de hacerle una llave y tirarlo al suelo, pero él es más rápido y me coge de los brazos cruzándomelos sobre mi pecho y acercándose hacia él, inmovilizándome.

—¡Déjame!

—Era broma. Solo quería ver tu reacción.

—¡Vete al infierno! —digo tratando de separarme de él, sin conseguirlo—. ¡Suéltame!

—No.

Echo la cabeza hacia atrás para darle un cabezazo, pero descarto la idea por miedo a hacerle daño.

—Por favor...

—¿Por qué te ha molestado que quisiera perderte de vista? Y, por favor, dime la verdad. Quiero saber si esta locura que me persigue solo la padezco yo o es cosa de los dos. Siempre he tenido el pasado bajo control, pero últimamente siento como si estuviera constantemente queriendo salir a la superficie.

—¿Y eso es malo?

—Sí, lo es.

Lo dice serio.

—Siento lo mismo que tú —reconozco—. Y sí, yo también creo que es malo, porque nos hemos hecho mucho daño. Y además, tú no confías en mí.

Espero que lo niegue pero no dice nada. Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras Ángel me suelta. Cuando se aparta siento frío en mi espalda y casi desearía que este momento se hubiera alargado.

—Lo de que me iré dentro de poco es cierto, pero no lo de que quiera perderte de vista. Me ha salido un nuevo trabajo y estoy feliz por ello. No así de haber pensado en ti nada más enterarme y saber que vamos a vernos menos.

Me lo dice sincero. Ahora que hemos decidido hablar de lo que nos preocupa, se parece más el Ángel que conocí. Siempre me decía lo que se le pasaba por la cabeza.

—Te echaré de menos —reconozco sin volverme a él.

—¿Hacia dónde nos lleva todo esto? —me pregunta muy cerca, intentando que mi mirada se entrelace con la suya, y, como en aquella ocasión, no tengo la respuesta.

Alzo los hombros. No soy capaz de mirarle a la cara.

—Vamos, llegamos tarde —dice alejándose.

—No sé si deberíamos ir hoy a la cancha...

—Lo que tú quieras —me dice sin obligarme.

Finalmente me vuelvo y voy a donde está él, que se ha apoyado en el capó y me observa con sus sinceros y serios ojos verdes. Puedo ver en ellos el tormento que siente y su lucha interna. No puede pasar página... ¿Acaso sigue sintiendo algo por mí, o es solo el recuerdo de lo que fue?

—Tal vez pronto sepamos si aquí acaba o empieza nuestro camino —le digo con media sonrisa contestando a su pregunta.

—Sí, es posible...

Ángel va hacia su lado del coche y siento como los ojos se me llenan de lágrimas, pues he visto en los de Ángel nuestro destino, y en él no estamos juntos. Su desconfianza se interpone entre nosotros, suponiendo que ese apelativo siga siendo el más indicado para definir lo nuestro.

¿Lo es? ¿Es lo que quiero?

Siendo sincera, y dejando de una vez por todas de engañarme a mí misma, daría lo que fuera por recuperar lo que tuvimos en el pasado. Porque él de nuevo fuera *mi* Ángel.

# CAPÍTULO 11



## ÁNGEL

Observo a Dulce de reojo mientras recojo los balones con Kevin. Está hablando con unas mujeres que le están preguntando cómo fue capaz de atrapar a un chico tan alto. Dulce les sonrío y les cuenta que es policía y que además daba clases de defensa personal. Muchas se sienten intrigadas y una, con timidez, le pregunta si podría enseñarles. En ese momento Dulce, como si supiera que la estoy observando, se vuelve y me mira con una amplia sonrisa; una sonrisa de pura felicidad, algo que desde que la volví a ver no había asomado a su rostro. Le sonrío. Dulce se gira de nuevo y queda con ellas para el próximo día. Siento una punzada en el pecho, pues ese día yo no podré estar.

—Kevin. —Voy hacia él y nos alejamos de la pista—. Me han ascendido y voy a tener que viajar mucho, de modo que no podré venir a dar las clases..., pero te dejo a ti al cargo y te seguiré pagando lo mismo.

—Ya te dije que no necesitaba tu dinero...

—Sí lo necesitas. A tu hermano le vendrá bien.

Kevin se traga su orgullo y asiente a regañadientes.

—Cuida de Dulce. No dejes que vaya sola por este barrio.

—Seré su sombra —dice sonriente—. Además, será un placer. Es muy guapa...

—Ni se te ocurra.

Kevin se ríe y me mira. He picado.

—¿Seguro que no es tu novia? —El otro día me lo preguntó y lo negué rotundamente, pero parece que no soné muy convincente.

—¡Piérdete!

—Claro, y no te preocupes, cuidaré de ella, aunque intuyo que la rubita sabe cuidarse ella sola.

—Intuyes bien.

Cuando Dulce acaba de hablar con las mujeres, viene hacia mí para ir al coche.

—Quieren que les dé clases.

—Lo sé.

—Me siento útil. Tal vez consiga que no sufran... o que puedan sentirse fuertes.

—Lo harás bien.

—Tú sabías que pasaría esto. Lo he visto en tu cara.

—A veces me olvido de que eres capaz de leer mejor que nadie lo que pienso... aunque creía que en este tiempo habías olvidado cómo hacerlo —reconozco sintiéndome estúpido por no poder callarme.

—Sigo sabiéndolo, por lo que parece —admite con tristeza.

¿Le molesta conocerme tan bien? ¿Saber que seguimos teniendo esta compenetración, esa conexión especial? ¿Y por qué a mí no?

Kevin se acerca para despedirse de nosotros y, cuando está dando dos besos a Dulce, un niño pequeño, de no más de cinco, años viene hacia él.

—¡Kevin!

La cara de Kevin cambia radicalmente y se agacha para reñirle.

—Te dije que te quedaras en casa.

—Me dio miedo.

—Anda, vamos a casa.

Kevin coge al niño en brazos y, cuando lo hace, la carita del niño me recuerda a alguien, pero no ubico a quién. Y por la expresión de Dulce, sé que a ella le está pasando lo mismo. Exactamente como me ocurrió a mí cuando conocí a Kevin.

—Adiós —nos despide el pequeño mirándonos con sus sonrientes y dulces ojos marrones.

—Es mi hermano Neill.

—Os dais un aire.

—Yo soy igual que mi padre. Mi hermano solo tiene algunos rasgos suyos, pero no heredó su carácter, por suerte. —Siento la rabia contenida dentro de él—. Bueno, nos vemos. Hasta luego, Dulce.

Kevin se aleja con su hermano aún en brazos y Dulce se gira a mirarme.

—Kevin y Neill me recuerdan a alguien, pero no logro localizar a quién.

—Sí, a mí también..., aunque supongo que solo es una coincidencia.

Montamos en el coche y nos vamos sin comentar nada. Cuando estamos llegando, le cuento lo de mi trabajo.

—Mañana me voy de viaje... para cubrir noticias. Ese va a ser mi trabajo a partir de ahora.

—Me alegro mucho por ti —me dice sin mirarme—. Eres muy buen periodista. No me extrañaría que un día acabaras dando las noticias en la tele.

Aunque trata de hablar con una sonrisa, siento una nota triste en su voz.

—Lo hablamos alguna vez, ¿te acuerdas?

Dulce asiente.

—Sí, lo recuerdo. Te imaginabas siendo un enviado especial en algún país lejano, dando informaciones de última hora y estando en pleno centro de la noticia...

—Y a ti eso te daba miedo.

—Me preocupaba por ti.

—Sí.

Llegamos a nuestro edificio y aparco sintiendo que aún nos quedan muchas cosas por decir. O tal vez solo quiera alargar el momento para reunir valor y decirle lo que me atormenta. Algo tan simple y a la vez tan complicado como que la extrañaré.

—Mi jefe me ha dado permiso para seguir con la investigación del conde Cypres —digo mientras echo el freno de mano y retiro las llaves del contacto.

—Bien. Te mantendré informado de lo que descubramos en los bailes.

Asiento en silencio. Dulce se baja y cierra la puerta, y yo la sigo para entrar en el portal. Abro la boca para decirle alguna tontería —como, por ejemplo, que tenga cuidado, o que no salga con ningún estúpido como Jon— cuando una voz chillona y que reconozco enseguida irrumpe en mis pensamientos.

—¡Ángel! —Magda, mi compañera de la redacción, viene corriendo hacia nosotros, emocionada. Han debido de comunicarle la noticia de que a ella también la han ascendido y que estaremos en el mismo equipo—. ¡Me acabo de enterar! ¿No es fantástico? ¡Iremos juntos a todos los sitios!

Magda me agarra del brazo desplazando a Dulce, la cual reacciona echándole una mirada severa, aunque se gira enseguida para tratar de ocultarlo. ¿Eso han sido celos? Sonrío para mis adentros.

—Os dejo. Tenéis mucho que celebrar.

—Nos vemos mañana en el baile —digo a su espalda, pues ya se ha girado para irse.

—Haz lo que te dé la gana. Por mí, como si no vienes. No te necesito.

Frunzo el ceño y la observo alejarse hasta que cierra la puerta de portal con un portazo. No hay duda de que está celosa y, aunque este sentimiento debería inquietarme, he de reconocer que me gusta... y una vez más me pregunto: ¿hacia dónde nos llevan todos estos sentimientos despertados? ¿Estoy preparado para pasar página y olvidar mi desconfianza? No lo sé.

## DULCE

Nora está en el patio con Jenna, intentando bailar. Laia y Adair están sonriendo a la niña, mientras que Robert lo está grabando con su cámara digital, algo que hace muy a menudo.

Doy un trago a mi bebida y pongo mala cara cuando el sabor de la cerveza fresca baja por mi garganta.

—Si no te gusta, no la bebas.

Me vuelvo a Matt, que está en la escalera que da al patio, y le saco la lengua.

—Está riquísima.

—Sí, eso dice tu cara cada vez que la pruebas.

Lo ignoro y sigo observando a la pequeña.

Es sábado por la tarde. Estamos aquí todos en casa de Robert para celebrar el ascenso de Ángel, pero este nos ha llamado para decir que se retrasará. Bianca y Albert han llegado hace poco. Ayer estuvieron en la fiesta. Yo me pasé toda la noche charlando con Bianca y Ángel, junto con mi padre. Se ha tomado muy bien lo de su ascenso y no paró de hablar con él, lo monopolizó durante toda la velada. Tanto fue así que, cuando llegó el momento del baile, bailé con todo el mundo, incluidos mi abuelo y su asqueroso amigo el rey Raven, menos con Ángel.

Mi madre también se pasó toda la noche presumiendo de su futuro yerno y diciendo que pronto sería un reportero famoso. Ay, si mis padres supieran que Ángel nunca será su yerno de verdad... Me sentí un poco culpable, pues hacía años que no sentían admiración por algo que viniera de mi parte. Cuando les conté que quería ser policía, pusieron mala cara y asintieron sin más; luego me dijeron que si lo hacía para desquitarme de lo que creía que había pasado, me estaba confundiendo de profesión. Por un momento les di la razón. Nunca había querido, ni siquiera me había planteado ser policía, pero me callé. Era mi forma de hacer justicia y, en cierto modo, de tomarme la revancha por lo que me pasó. Llevo muchos años siendo policía y aun así, a veces me pregunto si esta es verdaderamente mi vocación. Por un lado, me gusta la satisfacción que siento cuando atrapo a un delincuente, o cuando ayudo a una mujer que ha sufrido una agresión, pero por otro, siento pánico cuando nos llaman y temo que sea un homicidio. No obstante, consigo reprimir pronto esas dudas y me digo que este es mi camino..., tiene que serlo.

Tocan al timbre y doy otro trago a esta amarga bebida. Robert va a abrir. Supongo que será por fin Ángel, pero quienes aparecen en el patio son los padres de Jenna, que vienen a recoger a su nieta.

—¡Abuelitos! —Nora corre hacia ellos y se lanza a sus brazos.

—Hola, mi niña. ¿Cómo estás?

Sonrío. Los padres de Jenna han acogido a la niña como si realmente fuera su nieta. Les da igual que no sea de sangre, para ellos lo es, ya que Jenna la trata como a su propia hija. Por fin se marchan con ella y nos quedamos esperando que venga Ángel.

Cuando son pasadas las nueve, Robert comienza a preparar las brasas de la barbacoa para la cena. Miro inquieta el móvil, como si Ángel fuera a mandarme un mensaje, cosa que no hará. Su distanciamiento de ayer lo dejó claro. Pese a que el jueves los dos reconocimos que aún sentimos algo por el otro, no deja de ser molesto para ambos, y este distanciamiento es bueno, o al menos eso es lo que creo que piensa Ángel.

—¿No deberías comer algo si quieres beber tanto? —me dice Laia quitándome la cerveza de la mano. No sé las que llevo y, aunque me gustaría decir que no me está afectando, siento un atontamiento por el alcohol.

—¿Alguna sugerencia? —le digo con una sonrisa.

—Toma, he robado una bolsa de patatas.

Laia se sienta a mi lado y abre la bolsa. Al poco llega Bianca.

—¡Me tenéis que poner al día de todo! Erik me quita tanto tiempo que últimamente casi no nos vemos —dice con tristeza. El bebé está arriba, durmiendo en el cuarto de Nora, ya que le tiene que dar el pecho cada poco tiempo.

—Ángel y Dulce ya no se llevan a matar —anuncia Laia con una sonrisa.

—Eso ya lo sé; me lo dijo Albert. Aunque ayer en la fiesta parecía todo lo contrario.

—Estos hombres son más cotillas que nosotras —bromea Laia.

—No hay nada que contar —comento. Ayer no quisimos sacar el tema en la fiesta, por si alguien nos escuchaba—. Solo hemos reconocido que existe algo entre nosotros, pero que es mejor dejar las cosas como están. —Laia me mira y por su cara de felicidad adivino lo que está pensando—. No, no vayas por ahí.

—No puedo evitarlo —dice con una amplia sonrisa—. Sería tan maravilloso que...

—No.

—Donde hubo fuego, siempre quedan brasas...

—No.

—Yo creo que sí —dice Bianca cogiendo una patata.

—¡Tú encima no la apoyes! —protesto.

—¿Apoyar el qué? —pregunta Jenna viniendo hacia nosotras.

—Que Ángel y Dulce están destinados a estar juntos —contesta Laia, ignorando mi mala cara.

—Eso no sucederá en la vida.

—Tiempo al tiempo —me responde Laia.

—¡Dios, no sé para qué os tuve que contar nada!

Las tres se ríen y me levanto tratando de escapar de sus suposiciones y tonterías. Me acerco a donde está Matt y le quito su bebida de las manos, ya que mi cerveza se ha quedado allí, con las chicas.

—No deberías mezclar.

—A ver si así me duermo y desconecto de todo —digo entre dientes. Y una vez más, miro hacia la puerta, y estallo—: ¡¿Pero dónde diablos se ha metido?! ¡Se supone que es su fiesta!

Todos me miran y los ignoro, aunque en el fondo sé que me he delatado.

—¡A la mierda con todo!

Me giro y me paso la mano por la cabeza.

—¿Qué pasa? —me dice Matt flojito—. Esto no es solo porque Ángel se esté retrasando.

—No —reconozco—. Es porque está con Magda. Es simplemente perfecta. Una modelo salida de alguna revista nacida para atontar a los hombres —digo entre dientes, y sé que si mi lengua está tan suelta es por la bebida, pero ahora mismo no encuentro ningún motivo para callarme.

—Entiendo —dice Matt sonriéndome.

—No, no lo entiendes. Hoy es esa, mañana será otra, pasado otra... y yo sentiré que con cada nueva pareja de Ángel muere una parte de mí. Verlo con otras me mata lentamente por dentro, y más aún porque sé que esta agonía nunca terminará, pues él nunca volverá a ser mío —le digo con los ojos llorosos. Aprieto los dientes para no llorar y me alejo con su cubata—. Me lo quedo.

## ÁNGEL

Cuando Matt me mira, niego con la cabeza para que no delate mi presencia. Escucho hablar a Dulce, que ignora que estoy tras ella. Sus palabras se me han clavado en el pecho, pues lo que ha dicho es lo mismo que siento yo. Vuelvo sobre mis pasos. Robert había salido a tirar unas bolsas de basura cuando me ha visto y he entrado con él, pero cuando he llegado al patio, nadie me ha saludado, todos se han limitado a sonreírme. Como si mis amigos estuvieran conspirando contra mí. Y por la cara de felicidad de mi hermana, sé de qué se trata. Me quieren emparejar con Dulce. Por desgracia, ellos ignoran lo complicado que es todo... O tal vez el que lo complica todo soy yo, pues una parte de mí se resiste a reconocer la verdad: que llevo cinco años equivocado. Que he perdido un tiempo precioso y, sobre todo, que no estuve a su lado cuando ella más me necesitó; que no tuvo a nadie.

—¿Qué tal el trabajo? —me pregunta Adair.

—Cansado —veo como Dulce se sobresalta al oír mi voz, y luego mira a Matt, preguntándole con los ojos si he escuchado algo. Este niega con la cabeza mirándome y yo asiento. Sé que lo hace para que ella no sufra más, o porque piensa que, tras la confesión de Dulce, soy yo quien tiene que dar el siguiente paso.

—Sí, tiene que ser muy cansado tener que soportar a tu compañera —ironiza Albert, pero como ya lo conozco, sé que su media sonrisa en otro rostro sería una completa.

—Algo bueno tenía que tener ser reportero...

—¡Reportero! ¿Te han ascendido más?

—No, va todo en el mismo conjunto —respondo a mi hermana.

Miro de reojo a Dulce y la veo dar un trago a su bebida, ignorando mi comentario.

—Me alegro por ti.

—Gracias, aunque para mí sería más fácil todo sin Magda —reconozco. Dulce me mira con curiosidad.

—¿Por? —me pregunta Adair.

—Porque le cuesta entender lo que significa un no —le digo con una sonrisa.

—Eso es porque eres irresistible para las mujeres. ¡Qué suplicio tener que rechazar a

una mujer como esa...! ¡¿A quién pretendes engañar?! —salta Dulce, que intuyo que ya lleva algunas cervezas y le han soltado la lengua—. Es como te gustan: rubias, jóvenes y bonitas.

—¿Te estás describiendo a ti misma? —pregunto sonriente.

—¡No digas tonterías! Yo no entro dentro de tus preferencias.

—¿No? ¿Y tú qué sabes?

Dulce me mira enfadada y se gira.

—Vete al infierno.

—¿Y ahora qué he dicho?

—¡No juegues conmigo!

Ese es el problema: que no estoy jugando. Sin embargo, prefiero dejar que crea lo que quiera. Cuando me giro a mirar la cena, siento los ojos de todos clavados sobre mí.

—No saquéis conclusiones equivocadas... —Mi hermana sonrío—. Laia, para.

—Vale, vale.

Y sin más se va con Dulce a un rincón, seguida de Bianca y Jenna; esta última ha cogido una bandeja de saladitos para ellas. Los chicos nos reunimos alrededor de la barbacoa.

—Si quieres que tu hermana no saque conclusiones equivocadas, lo mejor sería que no comentaras esas cosas. Es un consejo —me dice Adair.

—Déjalo. Además, voy a estar fuera todo el verano.

—¿No hay más bailes? —me pregunta Robert.

—De momento, no —responde Albert—. Mucha gente sale de viaje por estas fechas y por fin nos dejan libres de bailes.

—Mi padre me comentó que quería hacer una fiesta en su casa de la playa... —añade Matt—, pero será seguramente a finales de agosto.

Asiento y miro a Dulce al tiempo que cojo una bebida. Me hubiera gustado tener una excusa para volver en estos meses, pero no la hay. Puede que sea mejor así.

\* \* \*

Hemos terminado de cenar hace rato y ahora estamos sentados en las hamacas de Robert tomando algo fuera. Sonrío tras un comentario tonto que hace Robert sobre su trabajo, y termino mi bebida. Me temo que luego tendré que volver andando a mi casa, aunque ya lo sabía cuando decidí beber la primera copa.

Miro hacia la cocina, adonde ha entrado Dulce a por otro cubata, y la sigo. Cuando entro, la encuentro al lado del fregadero, tratando de abrir la bolsa de los hielos. Me pongo tras ella y paso mis manos sobre las suyas para abrirla, haciendo que Dulce se sobresalte y dé un paso hacia atrás, chocando con mi pecho.

—¿Te ayudo?

Dulce alza la vista y sus preciosos ojos violetas se entrelazan con los míos.

Por mucho que busque a alguien similar, nunca tendrá sus ojos. Ya me pasó una vez al poco de dejarla. Encontré a alguien con unos ojos casi idénticos a los suyos, pero cuando me miraban, no me hacían sentir ni la mitad de lo que me hacen sentir los de Dulce.

—Yo... —Dulce se muerde el labio y dejo de observar sus ojos para perderme en su boca.

—No hagas eso —le digo molesto.

—¿El qué?

No me molesto en contestarle y sigo mirando con avidez su boca. Mi torturadora consciencia no me atormenta como de costumbre y me deleito en el placer de observarla. A ella parece pasarle lo mismo, pues intuyo sus ojos puestos en mis labios.

—¡Maldita sea! —Y sin más la giro entre mis brazos y la beso como llevo tiempo queriendo hacer.

La abrazo al tiempo que bajo mi cabeza a sus labios y los atrapo con los míos. Dulce no tarda en reponerse de la sorpresa y responder a mis besos. Unos besos hambrientos por todos los que he deseado darle y tantas veces me he negado.

Siento como se estremece en mis brazos y la abrazo con más fuerza, al tiempo que noto que sus pequeños brazos me rodean, como si temiera que fuera a esfumarme en cualquier instante. La pasión cada vez es más intensa, pero la ternura que subyace bajo ella nos demuestra que esto no es solo un episodio pasional. Entre los dos hay algo mucho más fuerte que una simple atracción. Los besos han pasado a ser desesperados. Como si ambos temiéramos el final, conscientes de que no sucederán más momentos robados como estos entre nosotros.

Estoy lo bastante borracho para no poder negarme a ella, pero también lo suficientemente sobrio para saber que debo detener esta locura.

—No podemos beber cuando estamos juntos —le digo poniendo mi frente sobre la suya.

Dulce cierra los ojos, jadeante, y se abraza a mi pecho para que no vea sus lágrimas. Me aprieta un poco más, como si estuviera cogiendo fuerzas para separarse, y yo hago lo mismo. Cuando se empieza a separar, me cuesta abrir mis brazos, pero finalmente la dejo ir con un gran pesar.

## CAPÍTULO 12



### DULCE

—Erik ya se ha dormido. —Bianca entra en el cuarto que hemos habilitado en su casa para pasar la noche las cuatro juntas tras dar la cena a su hijo.

Está grandísimo. Es asombroso lo mucho que crecen los pequeños en tan poco tiempo. Estamos a finales de agosto. Me parece increíble que hayan pasado casi tres meses desde que Ángel se fue. Desde esa noche que, una vez más, cedimos a nuestra loca tentación, no lo he vuelto a ver... o al menos en carne y hueso, pues cada vez sale más en televisión, al lado de Magda... Lo echo de menos y me duele pensar que está con ella. Pongo siempre los informativos para verlo, pero después siento tal opresión en el pecho, que enseguida me arrepiento de haberlo hecho.

Por otro lado, se ha instalado una costumbre diaria entre nosotros que comenzó Ángel al poco de irse, dejándome impactada y emocionada. Todas las noches, antes de acostarme, recibo un SMS suyo, o le envío uno si él no lo hace, diciéndole algo tan simple como «¿Qué tal?» o «¿Cómo te ha ido el día?».

Solo nos respondemos, ninguno tenemos valor para un siguiente mensaje. Pero recibir su mensaje, aunque sea tan corto, me alegra cada día. Me duele pensar que solo me escribe para saber cómo va la investigación, aunque, por lo que sé, Adair y Ángel hablan a menudo por teléfono de ello. Yo no he hablado con él por teléfono, solo le envié un SMS algo más largo, anunciándole cuándo teníamos que volver a aparecer como novios en público.

El evento será dentro de dos días y saber dónde será, a la vez que me alegra, pues podremos investigar más, me inquieta y me trae recuerdos. Pasaremos una semana en la casa de la playa del rey Raven, justo en la que Ángel y yo nos conocimos.

Por desgracia, es un lugar al que creí que nunca regresaría: donde me atacaron. Conocí a Ángel cuando pasaba el verano en aquella casa, que por ese entonces era de mi abuelo, antes de que este se la vendiera a su amigo el rey Raven, y ahora nos quedaremos en ella invitados por el padre de Matt. Tal vez sea bueno ir, para poder cerrar por fin el círculo que se inició hace ya seis años. Miro inquieta la televisión, y luego el reloj. Ángel debe de estar a punto de salir.

—¡Ya queda poco! —dice Laia emocionada.

Tocan a la puerta y Laia y Jenna entran con la cena, consistente en *pizzas* y comida basura, y la dejan sobre la mesa que ya está preparada con un mantel.

Al empezar a comer anuncian la entrada de Ángel... y Magda. Pienso en ella con

menos entusiasmo. Al poco aparece Ángel, perfecto como siempre. Sus ojos se ven increíblemente verdes en la pantalla y, por lo que sé, ya tiene club de fans. Lo he visto por casualidad en Internet y tiene muchas seguidoras, aunque sinceramente no me extraña. Su juguetona sonrisa y sus increíbles ojos verdes son un claro atractivo para toda mujer, incluso para mí, para mi desgracia.

Lo miro mientras ceno y al poco aparece Magda, también perfecta. Entre los dos cuentan la noticia y entrevistan a uno de los testigos que han visto el suceso. Ángel se despide dando paso a la central y por hoy termina su aparición, la cual he de añadir que cada día es más larga. Apuesto a que pronto le darán un puesto fijo en algún noticiero como presentador.

—Está guapísimo —comenta Laia con una sonrisa, mirándome con intención.

—Deja de mirarme —le digo seria mientras doy otro mordisco a mi *pizza*.

—Qué lástima que no te haya llamado estos días..., pero ahora os volveréis a ver...

—Sí —dice Jenna mirándome también sonriente—, y pasarán muchos días juntos... ¡y donde se conocieron!

—No hay día que me arrepienta de habérselo contado. —Las dos se ríen y Bianca con ellas—. Estaba más tranquila cuando no sabíais nada.

—No te fustigues, ya lo intuíamos todo —dice Laia.

Las otras dos asienten y seguimos cenando. Por suerte dejan el tema y empiezan a hablar de otras cosas. Cuando terminamos de cenar ponemos una de las pelis preferidas de Laia y, pese a habernos hinchado a comer, Bianca baja con Jenna a la cocina a traer más dulces y helado. Yo lo miro recelosa, pero acabo comiendo de todo un poco.

Estos meses de verano he seguido yendo a entrenar a las mujeres del barrio de Kevin. Y cada día se han apuntado más. Jenna y Laia han venido conmigo casi todas las tardes. Y siempre me quedo mirando la gran mansión abandonada. Me ronda una idea por la cabeza, pero no sé si me estoy volviendo loca...

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el aviso de mi móvil, que está sobre una de las mesas, de que tengo un SMS.

—¿Quién te manda un mensaje a estas horas? —me pregunta curiosa Laia levantándose a la vez que yo.

—Será de publicidad —miento, y por la risilla que se les escapa deduzco que no se lo creen.

—¿Tienes algún novio secreto? Mi hermano se va a poner muy celoso.

—Tu hermano no se pondría celoso. Él tiene a Magda —mascullo entre dientes, y otra vez me invaden los celos al imaginarlos juntos.

Cojo el móvil y, dejando a un lado los celos, le doy a leer mensaje:

¿Qué tal el día? No te hinchas a comida basura ;)

Mi Ángel.

—¡Ohh! ¡Mi Ángel! ¡No me lo puedo creer! —exclama Laia emocionada quitándome el móvil de las manos.

—Solo es un simple SMS.

—¿Hay algo que nos quieras contar? —pregunta Bianca sonriente.

—Lo de «mi Ángel» es como lo guardé en la agenda de contactos hace seis años..., no lo eliminé.

Laia se ríe y sé lo que está pensando. Las demás me miran con la misma sonrisa pícaro en la cara.

—¿Y qué le dirás? —me pregunta Laia agitando mi móvil en el aire.

—Lo básico —contesto tratando de quitárselo.

—A ver qué te responde luego —dice Jenna.

—No va a responder. Solo nos mandamos un SMS.

—¿Solo uno? No sé a qué estáis jugando. ¡Que mi hermano ya tiene veintiséis años!

Ángel cumplió los veintiséis hace dos meses. Nos dijo Laia que lo quería celebrar con todos cuando regresara. Le mandé un mensaje para felicitarlo, pero como siempre, solo me contestó un «gracias», sin dar pie a más mensajes.

—Déjalos, poco a poco van limando asperezas —dice Bianca más comprensiva.

—Sí, la última vez que se vieron se besaron...

—¡Uf! No sabes cómo me arrepiento de hablar con vosotras.

Laia se ríe.

—Lo hubiera adivinado igualmente. Saliste colorada como un tomate y con los labios rojos.

Me sonrojo como aquella tarde por las palabras de Laia, e intento justificarme:

—Eso fue por la bebida...

—Sí, ¡ja! Es porque aún os queréis. —Laia empieza a teclear algo y me doy cuenta de que está escribiendo un mensaje.

—¿¿Qué haces?!

—Enviado —dice devolviéndome el móvil.

—¿Pero qué has hecho?

—Daros un empujón.

—¡Él no necesita empujones míos! ¡Está con Magda! —Busco el SMS en la bandeja de enviados y lo leo—. ¡Dios! ¿Cómo le has mandado esto? —chillo aterrada por lo que Ángel pueda estar pensando.

—Para tu información, Magda y mi hermano no son nada. Ángel se lo dijo a todos —dice Laia, pero yo no dejo de mirar el SMS. Bianca y Jenna lo están leyendo también.

—Te has pasado un poco —admite Jenna, y Bianca sonrío y dice:

—Sí, yo creo que también. Pero si con esto no se entera de lo que sientes...

—¡Yo nunca le diría algo así! —alego—. Además, lleva muchos meses fuera, seguro que ha empezado a sentir algo por Magda.

—¡Ni de coña! —dice Laia, que acaba de recibir un mensaje y ha cogido el móvil ilusionada por si es Adair, mientras yo leo una vez más el SMS que ha enviado a Ángel:

Estoy deseando volver a verte..., me encantaría que me recibieras con un beso. ¿Lo harás?

—¡No me lo puedo creer! —Laia me mira asombrada. Yo la miro asustada por si ha pasado algo—. ¿Tanto te conoce mi hermano? ¿O a mí...?

Me tiende su móvil. Sonrío cuando veo el mensaje que le ha enviado Ángel y lo leo en voz alta:

Estaré encantado de darte un beso de hermano y de abrazarte, enana. Es delito suplantar identidades.

Mi hermano Ángel.

Jenna, Bianca y yo nos echamos a reír. Cojo mi móvil y le escribo a Ángel un SMS:

El día bien y, como sabes, estoy con estas hinchándonos a comer y viendo pelis. Ten buen día mañana. No te olvides de la fiesta ;)

Se lo envió tras dudar un instante en si ponerle besos pero, como siempre, no lo hago. Al poco recibo la respuesta y todas la leemos sorprendidas —las tres se han arremolinado a mi alrededor para cotillear la pantalla de mi móvil por encima de mi hombro:

No me olvido. Es posible que nos veamos antes de lo que crees. ¿Me has echado de menos?

Mi Ángel.

—¡Síiiii! Claro que lo echas de menos —grita Laia dando saltitos de emoción—. ¡Dios, esto es mejor que la peli que tenemos puesta!

Siento el corazón latiéndome a mil por hora y una tonta sonrisa ha asomado en mi rostro.

—¡Contéstale! —me apremia Jenna.

—Espera. ¿Y si ha regresado ya y está con los chicos? —dice Bianca pensativa.

Los chicos también están aquí, pero en la otra parte de la casa, jugando a la consola y sabe Dios qué más cosas de tíos estarán haciendo.

—¡Vamos a descubrirlo! Eso explicaría por qué dice que os veréis antes. Y también por qué sabía que el mensaje se lo había mandado yo..., lo mismo estaba escuchando detrás de la puerta...

—No, eso es porque Dulce le manda SMS muy sosos —dice Bianca.

—¡No son sosos! —me defiendo.

—Bueno, ¿le contestas o no? —Jenna se impacienta.

—Sí.

Dudo en qué ponerle y al final le contesto con algo simple pero que encierra una gran verdad:

Sí.

Bianca me sonrío y Laia abre la puerta.

—Vamos a cotillear a los chicos. Seguro que está allí mi hermano.

Dudo si ir o no, pero no tengo tiempo de decidirme, pues Jenna y Bianca tiran de mí fuera del cuarto. Camino por la casa de Bianca sintiendo un gran nerviosismo. No sé qué decirle después de tanto tiempo. Es evidente que algo ha cambiado entre nosotros y no hay que ser muy lista para darse cuenta de que el interés de Ángel por mí puede deberse a algo..., pero me da miedo estar equivocada.

Cuando llegamos a la sala donde están los chicos, Laia abre sin tocar antes. Estos se vuelven asombrados, haciendo que la partida que están jugando en la consola se les eche a perder.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Albert con el ceño fruncido.

—No... ¿Dónde tenéis escondido a Ángel? —pregunta Laia. Adair la mira extrañado y yo adivino por sus caras que no está aquí.

—No está aquí —digo yo antes que Robert.

—¿Seguro? —insiste desilusionada Laia.

—Sí —responde Adair, que ya no la mira tan serio, pero sí curioso—. ¿Qué estáis tramando?

—Nada. Se les ha subido el azúcar a la cabeza —digo cogiendo a Laia y saliendo de allí para no hacer más el ridículo. Cuando cerramos la puerta escuchamos sus risas y Laia hace amago de entrar.

—Déjalos —la paro—. Además, los has asustado. Por la cara de Albert, ha debido de pensar que le pasaba algo a Erik.

—Ya me he dado cuenta —dice Bianca sintiéndose culpable.

—Tienes razón. Lo siento mucho —se disculpa triste Laia.

—No pasa nada —dice Bianca sonriente.

\* \* \*

Me despierto cerca de las doce, sorprendida por haber dormido tanto. Aunque después de toda la noche viendo películas e inflándonos a comer, no debería extrañarme. Veo que Bianca ya se ha ido, seguramente para dar de desayunar a Erik. Necesito pegarme una ducha, por lo que cojo mi ropa con cuidado de no despertar a nadie, ya que estamos durmiendo en colchonetas en el suelo las cuatro juntas, y me meto en el aseo.

Cuando salgo de la ducha con el bañador puesto y un vestido veraniego, me

encuentro a Laia y Jenna hablando bajito.

—Dormilonas —les comento.

—Me duele la tripa —dice Laia con voz de pena.

—No me extraña —comenta Jenna, que se ha levantado y me mira sonriente—. Sube la persiana.

Lo hago y me despido de ellas antes de salir hacia la piscina. Bianca está bajo unas sombrillas con Erik en una hamaca. El pequeño me sonrío al verme y le acaricio la mejilla, sentándome a su lado.

—¿Todavía no se han despertado las demás? —me pregunta.

—A Laia le duele la tripa.

—Qué raro —comenta Adair, que está sentado en una de las hamacas que hay cerca—. Mi novia tiene el estómago a prueba de bombas.

—Pues se ve que ya no —le digo con una sonrisa.

—¿Por qué se supone que Ángel debería estar ayer con nosotros?

Su pregunta me deja un poco descolocada a estas horas de la mañana, pero finalmente se lo cuento y Adair sonrío.

—Ángel sabía que estaríais juntas.

—Me lo imaginé. —Le voy a preguntar si sabe cuándo volverá, pero me callo y miro hacia la piscina.

—Voy a ver cómo esta Laia.

—¡Mira qué piscina, Kevin!

—Sí, ya la veo —contesta él.

Me giro y veo a Kevin venir hacia nosotras y a Neill, su hermano pequeño, saltar a su lado, emocionado. Bianca le dijo el otro día que vinieran; tanto le insistió que al final Kevin no pudo negarse, aunque le costó lo suyo convencerlo.

—Buenos días.

—Buenas... —comenta Adair muy serio. Lo observo intrigada y veo que no les quita la vista a Kevin y a Neill. Aunque no les conoce, se ha quedado pálido como si acabara de ver un fantasma. Esto me inquieta. Adair no suele mostrar tan abiertamente sus sentimientos.

—Tú eres hijo de Alfred MacMullen —afirma con rotundidad, haciendo que Kevin se ponga alerta y dé un paso atrás.

—¿Y quién lo pregunta? —dice poniendo una mano sobre Neill, que está tan emocionado con la piscina que no se ha percatado de la tensión que reina en el ambiente.

Miro a Neill y a Kevin, después a Adair, y entonces sé a quién me recuerdan. ¡A Adair! En Neill es más evidente, porque es tan moreno como Adair, y aunque Kevin también se le parece, al ser más rubio, se nota menos a simple vista. ¿Es posible que...?

—¡Madre mía! —digo incapaz de controlarme.

—Será mejor que nos vayamos.

—¡Kevin, pero si acabamos de llegar! —dice Neill con lástima.

—Era mi padre —comenta finalmente Adair—. Y tú eres igual que él. Al verte, ha sido como verlo a él de nuevo...

Kevin mira a Adair con la boca abierta, al igual que todos.

—¿Tu padre?

—Sí, lo recuerdo poco, pero lo recuerdo. Yo era muy pequeño cuando Alfred se fue.

—¿Por qué este hombre conoce a papá?

Adair mira al pequeño y se pasa la mano por el pelo, tenso. Al igual que Kevin.

—¿Dónde está? —pregunta Adair.

—Para mí, muerto. —Kevin se vuelve hacia Neill y tira de él—. Nos vamos. Gracias por invitarnos.

—¿Pero por qué? —se queja Neill.

—Tenemos que hablar —dice Adair.

—No tengo nada que hablar —contesta Kevin con los nervios a flor de piel.

—Yo creo que sí. Somos hermanos...

—Yo solo tengo un hermano.

Kevin está nervioso y trata de irse, pero Neill, al comprender que de verdad se va a quedar sin piscina, se echa a llorar.

—¡Neill, déjalo ya!

—Neill, ve a la piscina con Dulce. Yo tengo que hablar con Kevin.

Neill no necesita más invitación y viene hacia mí tras soltarse de la mano de su hermano, que me mira impotente.

—Creo que es bueno que hables con Adair —le digo aún impactada por el descubrimiento.

—Vamos —le pide Adair.

Kevin lo observa serio. Ahora que les veo juntos y sé que comparten sangre, encuentro en Kevin más semejanzas con Adair. Como Kevin siempre está sonriendo, nunca me había dado cuenta del enorme parecido que hay entre ellos... hasta ahora.

—No dejaré que me quites a Neill —alega antes de aceptar ir con Adair. Este último comentario me intriga aún más, y entonces comprendo por qué estaba tan tenso. Ahora que lo recuerdo, nunca he visto a la madre de Kevin, ni sé de ella. ¿Qué hay detrás de todo esto?

—Voy a informar de esto a Laia —dice Bianca cogiendo al pequeño Erik.

Yo asiento y miro a Neill. Se ha quedado un poco triste, pese a lo emocionado que estaba por la piscina.

—¿Le pasa algo a Kevin? —pregunta cabizbajo.

—No. ¿Te vienes al agua conmigo?

—¡¡Claro!! —El niño se anima de golpe y se quita corriendo las zapatillas y la ropa para ir a la piscina.

Empiezo a levantarme el vestido pero dudo, temiendo asustar al pequeño. Pero luego recuerdo las palabras de Laia al principio de este verano: «Si tú no dejas de ver la cicatriz, nadie podrá hacerlo. No es más que una marca, no dejes que condicione tu vida». Así que termino de sacarme el vestido por la cabeza, quedándome solo con el bañador blanco, y miro la marca entre mis pechos. No se ve mucho, los años han hecho que solo quede una desfigurada cicatriz, pero a mí me cuesta mirarla sin recordar lo sucedido. Con todo, he de reconocer que, pese a que remover el pasado me ha costado mucho, también me está ayudando a que lo entierre de una vez.

—¡¿Y esa marca?! ¿Te pegó un hombre malo como mi padre? —Me tenso al sentir la pequeña mano de Neill en mi cicatriz, y más por su comentario—. ¿Es una marca de guerra? Yo tengo una. —Y me señala su ceja, en la que se advierte una pequeña cicatriz—. ¿A que mola? Kevin dice que de mayor esto atraerá muchas chicas.

—Sí.

Me sonrío y aparta su mano de la mía.

—Sí, la mía también me la hizo un hombre malo —respondo.

—Kevin te protegerá para que no te hagan más daño. Como a mí. Mi papá ya no volverá a pegarme nunca. Él me cuida.

Se me llenan los ojos de lágrimas y las reprimo para que el pequeño no las vea.

—¿Nos bañamos o no?

—¡Sí!

El pequeño corre hacia la ducha como le indico y nos metemos los dos bajo ella gritando por lo fría que está el agua. Luego le llevo a la piscina pequeña, que no tiene más de medio metro de profundidad, y Neill empieza a meterse y salir del agua chapoteando, feliz. Yo lo dejo disfrutar, pero mi mente está lejos, en la conversación que puedan estar teniendo Kevin y Adair en este mismo momento. ¿Qué pasará? No me puedo ni imaginar lo que ha tenido que ser para ellos descubrir que son hermanos.

## CAPÍTULO 13



### ÁNGEL

Observo a Adair y a Kevin. Aún estoy alucinado con toda esta historia. Acabo de llegar a casa de Bianca y Albert, los vi a los dos ir hacia la biblioteca con cara de pocos amigos y, por la amistad que me une a Kevin, los seguí. Cuando Adair me contó lo que había pasado, me quedé perplejo y entonces supe por qué los dos hermanos me resultaban tan familiares. ¿Cómo no he caído antes? Fácil. Por los ojos. Los ojos de Neill son marrones y grandes, siempre sonrientes. Adair, con sus ojos grises, siempre es muy reservado, y Kevin, al ser rubio y con los ojos verdes, sí tiene un aire a Adair, pero no es tan acusado.

Ambos se miran serios mientras me cuentan todo, mientras yo les escucho perplejo.

—Cuando mi padre se fue yo era pequeño, pero tengo esa imagen grabada en mi mente..., es como si lo estuviera viendo en ti ahora mismo.

—Lo sé, hace tiempo tuve que aprender a no odiar mi rostro —dice Kevin entre dientes.

—¿Os pegaba?

Kevin aprieta la mandíbula.

—¿Y cómo sé que tú no serás como él?

—Yo no pegaría a nadie... que no se lo merezca. Soy detective de policía. ¿Y cómo sé que tú no harías daño a Neill?

—¡Yo no le tocaría! ¡No soy como mi padre!

—Lo sé, pero quería que te dieras cuenta de que esto es tan difícil para ti como para mí. —Kevin asiente de mala gana—. Te contaré lo que recuerdo de mi padre.

Adair empieza a contar la historia de cómo su padre utilizó a su madre y cómo se fue años más tarde. Al poco llega Laia, que debe de saber la noticia, porque entra preocupada, me saluda sin hacerme mucho caso y se sienta al lado de Adair.

—Vi a mi padre pegarle a mi madre una vez. Y ya no supimos nada de él.

—Mejor para ti. Con los años se fue haciendo más desgraciado. Cada vez que venía a mi casa, mi madre lo dejaba pasar..., ella era como él en más de un sentido. Salvo que nunca nos pegó ni a Neill ni a mí —explica Kevin muy tenso—. Estuvo muchos años sin volver a verla, hasta que regresó y ella se quedó en estado de Neill. Desde que nació Neill, yo he cuidado de él. No dejaré que nadie me aparte de su lado —alega con fuerza, y no me cabe duda que hará lo que sea por el pequeño.

—No te lo voy a quitar, pero por lo que me ha contado Laia, sé que tienes diecisiete años. Y por tu forma de defender a Neill y el miedo que tienes a que te lo quite, deduzco que vivís los dos solos. —Kevin se tensa y confirma la predicción de Adair—. Nos guste o no, somos hermanos y tenemos la misma sangre. Mi mayoría de edad y mi trabajo pueden evitar que los de Protección de Menores te separen de Neill. Si se enteraran de cuál es vuestra situación...

—No tienen por qué enterarse.

—Pero no puedes estar seguro. Laia y Dulce me han dicho que eres muy protector con Neill. ¿Te quieres arriesgar?

—¿Y qué esperas?, ¿que confíe en ti sin más?

—¿Acaso te queda otra opción? —le contesta Adair en el mismo tono de voz—. Alguien puede dar la alarma para hacerte daño... No voy a desentenderme de vosotros.

Adair se frota los ojos, cansado.

—Siempre deseé tener un hermano pequeño..., pero mi madre no pudo volver a quedarse embarazada. No esperaba a mis años tener uno, y menos dos —Adair sonrío algo más relajado—. Esto es increíble.

—No necesito tu dinero... pero no quiero que Neill sufra.

—Eso te honra.

Kevin asiente, aún tenso.

—¿Desde cuándo no sabes nada de él?

—Desde hace un año, después de que él y mi madre golpearan a Neill. No esperé más para largarme de allí cuando ella no se arrepintió de pegar a su hijo ni se agachó para mirarlo mientras lloraba. A los pocos días Neill y yo nos mudamos de casa.

—¿Y cómo has conseguido sobrevivir hasta ahora?

—Al poco de encontrar una habitación en el barrio donde vivimos ahora, conocí a Ángel, que me ofreció trabajo como ayudante de entrenador; y luego trabajo en un bar algunas horas sueltas, las suficientes para comer y pagar los gastos.

Lo dice como si no estuviera orgulloso de todo lo que hace. Otro en su lugar no habría tomado esa decisión y, lo más importante, ya habría perdido la sonrisa; Kevin, en cambio, nunca deja de sonreír. Lo admiro solo por eso. Su fuerza le hace parecer más adulto de lo que es.

—Te pareces a Adair. Eres orgulloso y te cuesta reconocer todo lo bueno que haces por los demás —dice Laia con cariño—. Me alegra que seas parte de la familia.

Kevin, al mirarla, suaviza su rostro y le sonrío.

—No es fácil —Kevin no añade más.

—No, no lo es. Pero ahora ya no estáis solos.

—De acuerdo, aceptaré tu ayuda, pero solo porque no quiero que nadie se lleve a Neill.

—También puedo conseguirte un trabajo mejor para que así puedas pagar sus estudios, aunque es mi hermano y yo también quiero colaborar.

—No lo necesito —dice una vez más.

—Ya lo hablaremos cuando llegue el momento —comenta Adair sin darse por vencido—. De momento os quedareis en mi casa, es preferible que salgáis de ese barrio. Neill merece estar en un lugar seguro...

—Sé defenderme.

—Adair solo quiere ayudar —comento apoyando a Adair—. Sé que esto no es fácil para vosotros, pero piensa en Neill. Poco a poco os iréis acostumbrando a esta revelación.

Ambos asienten y deciden salir e ir a la piscina.

—Así nos conoceremos algo mejor y estarás rodeado de gente que conoces —dice Adair y Kevin asiente todavía serio.

—¿Y Neill? —pregunto a Kevin.

—Está con Dulce en la piscina —me dice distante.

—No debe de ser fácil enterarse de todo esto... pero Adair es un buen tío. Es uno de mis mejores amigos y el novio de mi hermana. Puedes confiar en él, te lo aseguro.

Kevin asiente.

—No juzgo a las personas por su procedencia. Lo que me ha asustado ha sido la posibilidad de perder a Neill.

—Lo sé. Necesitas tiempo.

—Sí.

—Me alegra que seáis hermanos. Ninguno de los dos podía tener un hermano mejor... bueno, y Neill tampoco —le digo con una sonrisa. Kevin no asiente esta vez, pero tampoco niega mis palabras.

Cuando salimos al jardín, veo a Dulce sentada en el borde de la piscina vigilando a Neill, que no para de chapotear en la piscina grande, en la zona donde no cubre. Me sorprende que esté en bañador, pues desde que volvimos a encontrarnos nunca ha mostrado su cicatriz. En cualquier caso, me alegra que lo vaya superando.

Dulce se gira hacia nosotros y se sorprende cuando me ve; luego, algo sonrojada, me sonrío con ilusión y alegría, y me recuerda a la Dulce que me miraba hace seis veranos de la misma forma, haciéndome sentir el joven más importante de su vida.

Le sonrío, alegrándome por haber estado este tiempo separados, pues de alguna forma me ha hecho ver las cosas de otra manera y he llegado a una conclusión. Y ahora, al ver su sonrisa, sé a ciencia cierta que voy a hacer lo acertado.

## DULCE

Dudo si levantarme y dar un abrazo a Ángel. Finalmente me quedo quieta mirándolo

sin más. Está más moreno y su pelo más rubio por el sol. Ha debido de pasárselo genial estos meses... con Magda, me recuerdo, y eso me hace apartar la vista.

—¡Has vuelto! —comenta Jenna dándole dos sonoros besos.

—Has venido justo a tiempo para ayudarme con la barbacoa —comenta Robert saludándolo.

—¿Y apestar a humo? —dice de broma Ángel muy cerca de mí. Al poco puedo ver por el rabillo del ojo que se detiene a mi lado—. ¿No piensas saludarme?

—Hola. Ya creí que tendría que buscarme otro acompañante.

—Ni en sueños, bonita —me dice con tono bromista, cosa que me irrita más.

—¿Y no va contigo tu lapa?

—Si por lapa te refieres a la pesada de Magda, no.

—Sí, pesada... Qué pesadez tan molesta, ¿verdad? —digo con sorna.

—¡Dulce, métete en el agua, vamos a jugar a la pelota! —me dice Neill acercándose a mí.

—Claro, cariño —le contesto sonriéndole y me zambullo en el agua ignorando a Ángel.

—¿Sabes que estás muy guapa cuando te pones celosa?

Me vuelvo y le salpico agua.

—¡Yo no estoy celosa! ¡Por mí como si os casáis!

—¿Segura?

—¡Vete al infierno! —Para mi mortificación, Ángel se ríe a carcajadas.

Me giro enfadada y cojo la pelota que me tiende Neill para que se la lance.

Al poco llega Kevin y entra en la piscina para jugar con su hermano.

—¿Cómo estás? Supongo que aceptando la idea.

—No sé cómo estoy... Si sigo aquí es porque a Neill le hacía mucha ilusión.

—¡Kevin, pásame la pelota! —Kevin lo hace.

En ese momento, Adair se acerca al borde de la piscina y le veo dudar si entrar o no. Kevin, que se da cuenta, se da la vuelta y sale de la piscina.

—Sigue jugando con Adair; él sabe muchos trucos que te gustarán.

—¿Sí? ¿Me los enseñas?

Adair mira sorprendido a Kevin y luego entra despacio en la piscina, sin saber muy bien cómo hablar con el pequeño, que acaba de descubrir que es su hermano.

Salgo tras Kevin y, cuando paso por las hamacas, cojo una toalla.

—¿Qué te pasa?

—Nada... Solo quiero estar solo.

—¿No confías en mí? Pensé que en estos meses nos habíamos hecho amigos.

Y es la verdad. Pese a la diferencia de edad, la personalidad de Kevin es muy madura y hemos hablado de varias cosas.

—Se parecen mucho... ¡No sé qué debo hacer!

—Lo mejor para Neill. Con el tiempo te darás cuenta de que eso también es lo mejor para ti.

Le pongo una mano amigable en el brazo y Kevin pone la suya sobre la mía.

—Gracias. ¿Y tú?, ¿qué vas a hacer con Ángel?

—¿Matarlo? —le digo sonriente—. No lo sé...

—No te quita los ojos de encima. Eso debe de significar algo.

Me giro hacia atrás y veo a Ángel apoyado en una de las mesas de la barbacoa, mirándome fijamente. ¿Qué le pasa? Está muy raro. Me sonrojo y aparto la vista.

—Me siento tan perdida como tú. —Kevin me sonrío y hago lo mismo.

—Tiempo al tiempo, ¿no?

Asiento.

Nos acercamos hacia la mesa, que ya ha empezado a llenarse de cosas. Kevin sabe que siento algo por Ángel porque un día me engañó: me hizo creer que había venido a vernos y por mi cara de sorpresa me delató. Luego me dijo que lo había hecho para confirmar sus sospechas de que Ángel me gustaba. No se lo negué y él lo agradeció.

—¡Kevin! ¿Sabes que Adair atrapa a los malos? ¿Crees que podrá meter en la cárcel a papá?

Me quedo paralizada y veo como Kevin mira a su hermano Neill, sin saber qué decir.

—Tu padre ya no te hará daño nunca más —le responde Adair serio—. ¿No ves toda la gente que te protege ahora?

—¿Y a Kevin? Él también está solo como yo —dice el pequeño mirando serio a Kevin, por si ha dicho algo malo.

—A mí también —dice Kevin solo para aliviar al pequeño, pues su cara sigue mostrando seriedad—. Neill tiene la mala costumbre de no callarse lo que piensa.

—Los secretos son un asco. Como ese de que mamá viene por las noches... No sé por qué tengo que mentir —dice con el ceño fruncido. Adair se ríe y Neill lo mira sorprendido—. ¿De qué te ríes? No he dicho nada gracioso.

Kevin se ríe también.

—No se parece a mí —comenta Adair sonriente.

—Ni a mí —asegura Kevin.

—¿Tú de dónde has salido, enano? —pregunta Adair sonriente.

—Pues, según me dijo una mujer, de aquí —dice señalando sus partes—. Aunque no lo entendí muy bien —comenta encogiéndose de hombros.

—Vamos a comer —dice Adair tratando de no reírse.

—Sí, será lo mejor. —Kevin se agacha para hablar con el niño—. ¿Quién te dijo eso?

—La vecina. La que gritaba la otra noche y tiene un hijo muy feo. ¿No te acuerdas, Kevin?

—Pues no le hagas caso.

Kevin coge a su hermano y se lo lleva a la mesa.

—¡Menudo bicho! —le digo a Adair bajito.

—Sí..., he llamado a mi madre.

—¿Y qué te ha dicho?

—Se ha quedado sin palabras.

—¿Cuánto crees que tardará en presentarse aquí? —pregunta Laia.

—Calculo que media hora —contesta Adair.

Y así es. Cuando ya estamos comiendo llega la madre de Adair con su marido y observa a Kevin sorprendida. El impacto hace que dé un paso hacia atrás y todos sabemos que es por ver a alguien idéntico al hombre que le hizo tanto daño. Pero enseguida se recupera, da otro hacia delante con una sonrisa y va hacia Kevin.

—Me alegra haberos encontrado. —La dulzura de Blanca no pasa desapercibida a Kevin, que solo asiente—. Tú eres mucho más guapo. Y tienes algo que él nunca tuvo. —Kevin la observa expectante—. Unos ojos vivos y alegres. Su rostro era bello, pero nunca fue tan hermoso como el tuyo.

Kevin asiente en silencio, bastante cohibido.

—Kevin, ¿quién *ej ejta* mujer? ¿Y *pog* qué dice *ejaj cojaj* tan *dadaj*? —pregunta Neill con la boca llena de salchichas.

—No se habla con la boca llena. —Neill traga y lo mira esperando una respuesta—. Es la madre de Adair.

—Entonces usted es de los buenos. —Neill sonrío y le tiende su plato—. ¿Quiere? Está muy rico.

La madre de Adair sonrío con cariño a Neill y acaba accediendo y sentándose a su lado.

\* \* \*

Cuando la tarde llega a su fin, me relajo en una hamaca alejada de todos. Necesitaba estar sola un momento. Ángel está muy alegre. A veces lo he pillado mirándome, y eso me ha inquietado. No entiendo qué le pasa, y lo peor es que no dejo de pensar en mañana y en lo que se me viene encima. No sé si estoy preparada para volver al lugar donde casi me violaron. Debería haber ido allí hace tiempo, no haberlo retrasado tanto. Ahora el impacto

puede ser más fuerte.

Tomo aire y siento la mano de alguien en mi hombro.

—Recoge tus cosas. Me gustaría hablar contigo... lejos de aquí —me comenta Ángel serio.

—¿Y eso? ¿Pasa algo?

—No.

Asiento, presintiendo que lo que va a decirme es importante, y subo al cuarto donde he pasado la noche a por mi mochila, ya con todo guardado, y para cambiarme. Cuando bajo a despedirme de los demás, escucho como Kevin trata de evitar que Adair y su madre vayan con ellos a por sus cosas, y sé que no va a poder negarse. Kevin necesita un poco de tiempo para asimilarlo todo... pero sé que Adair teme que salgan corriendo y perderles.

Nos vamos, tras quedar con Adair en hablar al menos una vez al día para tenerlo al tanto de lo que ocurra.

Entramos en el coche de Ángel y me pongo el cinturón, tensa. Me mantengo en silencio, esperando que me suelte lo que me tenga que decir. Sin embargo, conduce hasta nuestro edificio y aparca frente al portal. No lo entiendo. ¿No quería hablar? Lo miro desilusionada y saco mis cosas del maletero. Ángel baja también su maleta y, tras cerrar el coche, vamos juntos a nuestro piso. ¡Qué tonta soy! Creía que quería hablar de nosotros y solo vamos a hablar de mañana. ¿Cómo no he caído antes? ¿Y qué esperaba? Que me dijera por qué me siguen sus ojos...

—Mañana ya está todo preparado para que lleguemos antes de la comida. La hora es indiferente. Y una vez allí, Matt nos ayudará a registrar lo que podamos y a encontrar pistas entre los tres —le digo cuando salimos del ascensor y vamos cada uno hacia la puerta de su estudio. Me detengo frente a la mía, saco las llaves y la abro—. Siento que hayas tenido que interrumpir tu trabajo. Espero que este viaje al menos sea de provecho.

—Yo también.

—Buenas noches. —Abro la puerta decidida a cerrarla rápidamente, pero Ángel entra detrás de mí y quien la cierra es él.

—Tenemos que hablar, Dulce... De nosotros.

## CAPÍTULO 14



### DULCE

—¿De nosotros? —pregunto, pues creo que no he escuchado bien.

—Sí, de ti y de mí. De lo que pudo ser hace seis años..., de dejar de hacer el tonto.

—El tonto... —digo afectada y nerviosa por esto—. ¿Qué quieres decir?

—¿Qué sientes por mí?

—¿Y tú? —Esquivo la pregunta.

Ángel me mira serio. Por primera vez me doy cuenta de la tensión de su mirada y asumo que todo está a punto de cambiar.

—Que te quiero. Y que aunque a veces te he odiado por ello, nunca he dejado de hacerlo. ¿Contenta? Ahora dime lo que sientes —dice entre dientes.

Mi corazón da un vuelco para a continuación latir con fuerza en mi pecho.

—Hace seis años fui yo la primera que te dije que te quería; hoy te ha tocado a ti —le digo con una sonrisa bailando en mi rostro. ¿De verdad me sigue queriendo?—. Siento lo mismo que tú. Yo tampoco he dejado nunca de quererte, pero... —Hago una pausa. Debo tratar de pensar con la cabeza, no dejarme llevar por este sueño que pensé que nunca viviría—. ¿Confías en mí?

—Ese es el problema —comenta con tristeza—. Confío en ti... pero no sé si estoy preparado para confiar en la que eras...

Por la tristeza que hay en su voz, entiendo lo que quiere decir.

—No estás preparado para asumir que me fallaste y que no estabas cuando más te necesité —adivino.

—Y que haya estado seis años haciendo el tonto..., sí. ¿Sabes lo que he odiado verte con otros? ¿Lo que he deseado que todas fueran tú?... —Se pasa la mano por el pelo—. Sí, he estado equivocado..., todo ese sufrimiento era innecesario.

—Lo sé —digo seria—. ¿Entonces? ¿De qué sirve querernos si no eres capaz de pasar página?

—¿Quién ha dicho que no soy capaz? Solo he dicho que necesito tiempo..., pero quiero que ese tiempo que necesito me dejes estar a tu lado.

—A tu lado —repito sus palabras para sentir que esto es real.

—Sí. Yendo despacio..., ¿te gustaría salir conmigo? —dice con una juguetona

sonrisa, imitando al joven que era hace seis años, aquel que me pidió salir una noche de verano.

Le sonrío y asiento ilusionada.

—¿Y ahora? —pregunto sin saber muy bien si gritar de felicidad, abrazarlo, besarlo... o pellizcarme para cerciorarme de que no estoy soñando.

—Ahora pienso pasarme un buen rato besándote... o, como diríamos hace años..., enrollándonos.

Me río y sigo haciéndolo cuando Ángel me atrae hacia él y me besa. Cuando lo rodeo con mis brazos, siento como si acabara de llegar a la meta tras una carrera interminable y mis piernas no me sostuvieran. Me abrazo con fuerza a él y respondo por entero a sus besos, dejando que desate con ellos mi pasión. Una pasión que nadie ha conseguido que sintiera en todo este tiempo, excepto él. Siento su lengua acariciar mis labios con presteza y noto mis piernas flaquear antes de darle paso y verme sumida en una bruma de pasión, dulzona, desesperada. Cuando caemos en el sofá, le dejo hacer. Ángel mete sus manos bajo mi camisa y me acaricia la cicatriz, sustituyendo el dolor de aquel día por el cosquilleo que me dejan sus dedos. De pronto, siento la necesidad de estar más unida a él, pero sé que, si llegamos más lejos, Ángel descubrirá la verdad de lo que pasó, y no sé si está preparado.

Me detengo y lo abrazo.

—No hay prisa —comenta Ángel, creyendo que lo hago porque aún no he superado lo de mi abuelo. Él no sabe que sus besos me hacen olvidar como nunca nadie lo ha hecho. Ángel cambia de postura y se pone debajo, acunándome en sus brazos. Lo abrazo con fuerza, me dejo caer en el hueco de su cuello y aspiro su aroma, como hacía aquel verano, y siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Por desgracia, una de estas no la puedo retener y cae sobre él.

—No llores.

—No lloro —digo en un murmullo.

Ángel me alza la cabeza y me observa con sus intensos ojos verdes.

—Lo siento..., siento haberme ido así aquella vez... —Veo dolor en sus ojos y pongo mi mano en su mejilla.

—Déjalo ya atrás. Solo así podremos mirar hacia delante.

—Lo intento. —Ángel me besa en los labios y eso hace que se desate nuestra pasión..., pero de repente se levanta y coge sus cosas—. Me voy.

—¿Por qué tan rápido?

—Tú necesitas tiempo... y yo, desgraciadamente, te deseo demasiado —dice con una pícaro sonrisa—. Nos vemos mañana. Descansa.

Cuando Ángel se va, me siento eufórica. Me tiro en la cama, incapaz de creer lo que ha pasado, casi como hice aquel día, cuando me lo pidió la primera vez... ¿Acabaremos igual? No, espero que no.

Me levanto incapaz de refrenar mi sonrisa y voy a por mi móvil. Necesito hablar con alguien. Esto es algo que no tenía en aquella época, amigas. Cuando llamo a Laia y le digo que tengo que contarle algo de Ángel, me dice que espere y acto seguido la escucho llamar a Bianca y a Jenna y encerrarse las tres en una habitación.

—Bueno, ¿qué?

Y sin que Laia me lo pida otra vez, les cuento absolutamente todo. Oigo risas y gritos al otro lado del teléfono y acabo sonriendo aún más.

—No digáis nada todavía... Bueno, da igual, seguro que os han escuchado gritar —pido a las chicas y nuevamente escucho sus risas de fondo.

—Me alegro mucho...

—No todo está tan claro —les digo siendo realista—. Ángel necesita pasar página. Puede que...

—Todo saldrá bien —comenta Bianca—. Ya lo verás.

—Y si no, se va a enterar ese hermano mío —amenaza Laia.

—Buenas noches —me despido, y ellas me desean buenas noches también tras felicitar me una vez más.

¿Me habré precipitado? ¿Estaré alegrándome demasiado pronto? La duda y el miedo de que Ángel se vaya, como ya hizo en una ocasión, hacen que la sonrisa se extinga de mi cara... pero solo un momento, pues al siguiente no puedo evitar volver a sonreír al recordar sus besos y sus caricias.

\* \* \*

No sé qué hora es cuando oigo que tocan a la puerta. Salgo de la cama y, dormida, miro el reloj. Son solo las ocho de la mañana. Ayer estaba tan excitada por los acontecimientos que no podía pegar ojo, solo era capaz de ver los ojos de Ángel y preguntarme si esto era verdad.

Antes de que el sueño me atrapara, recordé sus palabras cuando me dijo que hace años temía que toda esa felicidad se truncara y por eso, cuando le dijeron que le había sido infiel con otro, él no lo cuestionó, pues ya se esperaba algo así. Ahora, debido a lo que pasó, siento ese miedo crecer en mi interior y me aterra que esto sea, una vez más, un paréntesis en nuestras vidas y que nuestro destino no sea seguir juntos. No me hacen falta más años para saber que no podré olvidarlo en toda mi vida. Seis han sido suficientes para ver lo aferrado que está lo que siento por él en mi interior. Me dormí entre dudas y felicidad. Me gustaría no mirar atrás, mirar solo hacia delante, pero desgraciadamente esta semana, más que nunca, no me queda más remedio que volver al pasado. Solo espero que salga todo bien.

Abro la puerta tras preguntar quién y un Ángel sonriente me mira tras la puerta. Está increíble para ser tan temprano, ya arreglado y despejado. Entonces me percato de mis pintas y mis pelos de recién levantada.

—Pa... pasa —le digo tras correr a esconderme en el servicio. Me encierro en él y me miro al espejo. Grito al darme cuenta de que anoche me acosté sin quitarme el

maquillaje y llevo los ojos negros. Mierda..., vaya forma de empezar. Me lavo la cara y me peino el pelo rubio deprisa y corriendo.

—No es para tanto. Pensaba que estarías despierta —me dice Ángel desde el otro lado de la puerta—. Eres una dormilona.

—Y tú, demasiado madrugador.

—Tenía trabajo que hacer...

—¿Con Magda? —le digo abriendo la puerta. Ángel alza las cejas y luego sonrío sentado en mi cama.

—¿Celosa?

—No.

—Claro que sí.

—Vete a la porra —le digo tratando de pasar por su lado para ir al armario a por mi ropa, pero Ángel me coge del brazo y me sienta en su regazo. Para darme un beso de buenos días. Le dejo hacer y alzo mi mano para ponerla en su cuello y acariciar su suave pelo. Ángel corta el contacto de mis labios y me besa dulcemente el cuello haciéndome estremecer.

—No he estado con nadie desde... la noche que Matt y tú fingisteis una sesión de sexo salvaje —me dice besándome en la mejilla para luego apartarse y mirarme con sus ojos sinceros.

—Me dolió mucho escucharte con ella. —Veo el arrepentimiento en los ojos de Ángel y sonrío para quitarle importancia—. Es agua pasada.

—Quería olvidarte..., es la única excusa que tengo...

—Me vale. —Me levanto y voy a por mis cosas para ducharme y cambiarme.

—Si quieres me ducho contigo —me dice Ángel, pícaro.

—En tus sueños. —Se ríe y cierro la puerta del servicio para asearme. Cuando salgo, veo que Ángel no está. ¿A dónde ha ido? Termino de recoger mis cosas para irnos. Ya tengo preparadas las maletas con la ropa que mi madre me envió para que me probara y me llevase la que mejor me quedara. Los trajes de fiesta los llevan ellos para que no se arruguen, así como los zapatos y aderezos.

Ángel abre la puerta de mi casa, pues ha cogido mis llaves antes de salir, y entra con sus maletas y varios trajes.

—¿Lista?

—Sí..., pero no he desayunado. ¿Tú sí?

—No, lo hacemos por el camino.

Guardamos todas las cosas en el maletero y nos vamos de viaje, juntos. Ángel aprovecha cuando no tiene que cambiar de marcha para poner su mano sobre la mía, o en mi pierna, y yo me deleito acariciándola. Lo miro de reojo conducir. Lleva las gafas de sol puestas y me parece increíble poder mirarlo después de tanto tiempo sin miedo a que mis

ojos delaten lo que siento. Me siento liberada como nunca.

—¿Churros con chocolate?

—Me parece bien —comento.

Al poco paramos en una chocolatería y nos sirven el desayuno. Mientras nos lo tomamos, Ángel me cuenta lo que ha estado haciendo estos meses y lo mucho que le gusta su nuevo trabajo. La verdad es que podría adivinarlo yo sola sin que me contara nada, pues sus ojos brillan de forma especial.

—¿Y tú qué tal? Adair me ha dicho que has ido mucho al barrio de Kevin.

—Sí. He tenido una idea, aunque... tal vez sea una tontería.

—¿Cuál? —me pregunta Ángel antes de comer un trozo de churro con chocolate.

—Comprar la mansión que hay junto a la cancha de baloncesto. —Ángel me observa con intensidad—. Mi padre me manda dinero todos los meses y no lo gasto, tengo mucho ahorrado. Además, he pensado hablar con gente del entorno de mis padres y que hagan donaciones para una buena causa. Mucha gente manda dinero a obras sociales...

—¿Y qué quieres hacer con ella exactamente?

—Habilitarla para que sea una casa para todos aquellos que lo necesiten, sobre todo las mujeres y niños maltratados, y ayudarlos para que puedan conseguir un buen empleo. Una salida para poder dejar la vida que tanto daño les hace..., ¿qué te parece? ¿Estoy soñando demasiado?

—¿Y si te digo que ya sabía que pensarías algo así desde el instante en que te vi mirar la mansión la primera vez?

—No puede ser... ¿Eres adivino?

—Te conozco mejor de lo que te crees...

Aparto la mirada, pues mi mente me recuerda una idea que se niega a dejarme en paz: si tanto me conociera, no me habría creído capaz de engañarlo con otro.

—Yo... —Ángel ha adivinado mis pensamientos.

—Déjalo. —Le doy un beso en la mejilla y me excuso para ir al aseo. Cuando estoy sola, siento como el pasado hace que los cimientos que estamos construyendo se tambaleen una vez más.

## ÁNGEL

Observo a Dulce mientras conduzco. Cuando salió del servicio trataba de sonreír, como si no la hubieran asaltado recuerdos de mi desconfianza, pero ese asunto sigue entre nosotros. ¿Desconfío de ella? ¿La conozco tanto como creo? ¡No sé si estoy preparado para responder a esa pregunta ya! Aunque en el fondo, sé la respuesta.

Cuando entro en el pueblo costero donde nos conocimos, miro de reojo a Dulce y esta me sonríe. Está pensando lo mismo.

—Tantos recuerdos... —dice Dulce con una sonrisa—. La mansión está sobre aquella colina.

Me indica el camino y, al hacerlo, noto que sus manos tiemblan. Detengo el coche en doble fila y la observo.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente —pero sé por su mirada que miente.

—¿Estás preparada para afrontar el pasado?

—Y para cerrarlo del todo. No pienso perder esta oportunidad de que se haga justicia —dice con furia en la mirada.

—Ni yo tampoco. Pero esa casa fue donde...

—Sí. Estoy preparada —me corta.

—Estoy a tu lado.

—Lo sé. —Tomo la mano de Dulce. Ella me la aprieta con cariño—. Gracias.

—De nada —digo serio, sintiendo una gran opresión en el pecho. Ahora ella es fuerte y, aunque esté tensa por los recuerdos de lo que pasó, sé que no es la Dulce de hace seis años. Hace seis años era fuerte... pero tenía un punto de vulnerabilidad que me hace saber que debió de pasar un calvario cuando se vio sola. Mi apoyo llega muy tarde.

Pongo el coche en marcha y siento la mano de Dulce sobre la mía.

—No te atormentes, deja el pasado atrás...

—Lo haré. —Lo digo en futuro con toda intención; no le miento diciéndole que ya lo he hecho. ¿Podré hacerlo algún día? Tal vez todo hubiera sido más fácil si no hubiera sufrido de primera mano la violación de mi hermana; si no supiera cómo sufrió Laia durante tantísimos meses..., pero lo sé, e imaginarme a Dulce en ese mismo estado, y sola, hace que me sienta un miserable.

No tardamos mucho en llegar a la mansión. Aparco el coche donde me indican y un joven del servicio viene a ayudarnos con nuestras maletas. Cuando entramos en la mansión, tomo la mano de Dulce con fuerza y ella hace lo mismo.

—¡Ya habéis llegado! —Los padres de Dulce se acercan hasta nosotros y nos saludan.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta el padre de Dulce.

—Bien, ha ido bien —comento tratando de no parecer demasiado tenso.

—Enhorabuena por tu ascenso. No he tenido ocasión de decírtelo en persona.

—Gracias —contesto a la madre de Dulce.

—Estás muy guapo por la tele. Espero que la fama no te separe de mi hija. Seguro que tienes muchas jóvenes bonitas revoloteando a tu alrededor ansiando tus atenciones, o a Magda —dice su madre de forma casual, pero noto como Dulce se tensa.

—Dulce es la única persona con la que quiero estar —le digo serio, deseando que

dejen el tema y que Dulce capte la verdad de mi afirmación.

La madre de Dulce me sonríe, conforme con mi respuesta.

—Vamos, Dulce, te acompaño a tu habitación para que te cambies. Querido, enseña las tuyas a  ngel.

Siento una especie de vértigo en el estómago al descubrir que Dulce y yo no dormiremos en la misma habitación.  Le har  algo su abuelo?  O el padre de Matt? Me adelanto en un amago de ir con Dulce, pero su padre me detiene.

—Ya tendrás tiempo de estar con ella, muchacho. Vamos a tomar un tentempié, lo de las habitaciones puede esperar. Tenemos que hablar de tu nuevo trabajo.

El padre de Dulce me conduce hasta una salita, pero mi mente está puesta en Dulce. Tengo un mal presentimiento y temo que este viaje no haya sido buena idea.

## DULCE

Me cambio de ropa y me escabullo por la escalera de servicio para ir a la biblioteca y ver si encuentro algo que nos sirva para la investigación. Siento como me tiemblan las piernas por ir al lugar donde fui atacada, pero no quiero retrasarlo más.

Cuando llego a la puerta, la abro nerviosa y me meto sin pensarlo mucho. A mi mente acude lo que viví aquella noche; es como si estuviera pasándolo en este momento. Observo la ventana por la que me tir . Ya est  reparada. El vidrio est  immaculado, no hay nada que indique cómo hace seis años se quebr  con mi peso. Llego a ella y acaricio el cristal. Noto que me falta el aire al recordar la agresión y el ver que mi abuelo era capaz de presenciar aquello sin hacer nada. Todo tiene los tintes de una pesadilla, pues estaba drogada, pero fue muy real.

Me giro y trato de reponerme, pero me cuesta mucho. Más de lo que creía...

## ÁNGEL

Llamo a Dulce a su móvil y lo oigo sonar dentro de su habitación, pero ella no me responde, ni al móvil ni a mis llamadas a la puerta.  D nde est ? Cuelgo inquieto y bajo por la escalera central al primer piso para ver si su familia sabe dónde está.

—  ngel?  Claro que eres tú!  No me puedo creer que est s aquí!

Me giro y veo a una joven rubia a pocos metros de la escalera, mirándome. Al principio creo que es Dulce, pero un segundo después me doy cuenta de que no, de que solo tiene un tremendo parecido con Dulce y que por eso sal  con ella..., porque buscaba en otros ojos, en otro rostro, a la joven que no podía tener. Rosa...  Qu  diablos hace aquí?

## CAPÍTULO 15



### ÁNGEL

—Cuando mi madre me dijo que eras el novio de mi hermana no podía creérmelo..., pero ya veo que estás aquí, así que debe de ser cierto —lo dice pestañeando de una forma sutil y veo deseo en su mirada. Intento que no note mi sorpresa al saber que es la hermana de Dulce —. Eres aún más guapo que en la pantalla, y mucho más que hace unos años... Qué alegría verte.

El tono meloso de su voz y la forma de mirarme de arriba abajo me hace ponerme alerta.

—Me alegra que estés bien.

Se acerca para darme dos besos; uno de ellos habría caído en mis labios si no me llevo a apartar.

—¿Qué tal todo? ¿Aún no te has cansado de mi hermana? Ya lleváis mucho tiempo...

La miro serio. Ella, al notar que no me ha hecho gracia su comentario, da un paso atrás.

—Ya te cansarás, todos lo hacéis..., y hablaremos.

—Lo que yo tenga que hablar lo haré con tu hermana. Ella es la única a la que quiero, y no a una sustituta.

—En todo caso, ella me ha sustituido a mí... yo estuve antes contigo —comenta de forma irónica—. Aunque, claro, mis padres me han contado que ese verano, antes de conocernos, ya erais novios... ¿Quién miente a quién?

«¡Mierda!», pienso, pero sonrío para que no note que me ha pillado.

—Tú solo fuiste alguien con quien estuve tras una discusión con tu hermana. Como puedes ver, al final volví con ella.

—Porque yo te dejé —dice con rotundidad, para que quede claro.

—Nunca hubo nada que dejar, solo nos liamos —le recuerdo, cansado de sus insinuaciones. ¿Acaso no tiene respeto por su hermana?

### DULCE

Salgo de la biblioteca con la respiración agitada y voy a buscar a Ángel. Necesito estar con él. Pero cuando lo encuentro me enfrento una vez más al pasado y no puedo evitar salir corriendo en el instante en que los ojos de Ángel se posan en mí. ¿Qué hace

Rosa aquí? ¿Volverán a estar juntos?

Estoy llegando al laberinto de setos cuando Ángel me coge del brazo.

—¡Dulce, para!

—¡No quiero, déjame! Vete con ella y así recordáis los buenos tiempos.

Siento que la mano con la que Ángel sujeta mi brazo se tensa.

—¿Cómo sabes que Rosa y yo...?

—Os vi.

Ángel suspira, agachando la cabeza. Luego me toma la mano con dulzura y me lleva hasta un banco del laberinto, y yo le sigo dócil. Nos sentamos y Ángel me acerca hacia él, a sus brazos. Al principio trato de apartarme, pero al final, nerviosa por todo lo vivido y deseando su cercanía, me dejo caer en su pecho.

—¿Cuándo lo supiste? Yo acabo de enterarme de que ella es tu hermana.

—Un día, después de que te fueras, mi hermana llegó diciéndome que quería presentarme a su nuevo ligue, que era muy guapo. Fui solo porque estaba cerca... y vi que eras tú. —Me atrevo a mirar a Ángel a los ojos. Está muy serio y afectado, y sé que me va a decir que lo siente, por lo que me adelanto a él—. Ya es pasado, pero me ha traído recuerdos, y como justo venía de la biblioteca...

—¿Has estado en la biblioteca? —me pregunta tenso.

—Sí, era algo que tenía que hacer sola.

—Me hubiera gustado que me buscaras para afrontarlo juntos.

—Ahora estoy aquí, ¿no? Iba a buscarte cuando os vi...

—Lo... —Le beso antes de que diga nada—. Por cierto, tu hermana ha insinuado que no le salían las cuentas, que si tú y yo estábamos juntos desde aquel verano... Le he dicho que me lie con ella tras una ruptura que luego solucionamos.

—No había caído en ese detalle.

—Te juro que no sabía que era tu hermana. Simplemente estuve con ella porque me recordaba a ti... y ahora sé por qué.

—A Adair le dijiste que aquel verano estuviste con una chica joven de la edad de Laia, que te dejó porque no sabía lo que quería y que aquello te hizo mucho daño. Que por eso era mejor que no saliera con tu hermana...

—Modifiqué un poco la verdad —reconoce—; mezclé mi relación contigo con la que tuve con tu hermana, pero por una buena razón. No quería que ellos dos empezaran a salir, que Laia descubriera que lo que sentía era solo un enamoramiento infantil del amigo guapo de su hermano mayor, y que acabaran rompiendo y salieran lastimados, como tú y yo. No quería perder a mi mejor amigo y, además, ver a mi hermana destrozada, y esa fue la mejor manera de evitarlo que se me ocurrió.

—Entiendo por qué lo hiciste, pero te equivocaste. —Me abrazo a Ángel y él me corresponde de la misma manera—. Solo será un momento, lo prometo, pero necesitaba

abrazarte.

—No es malo necesitar a otro...

—Ya, pero ahora soy yo la que teme necesitarte demasiado y que vuelvas a irte y esto no tenga un final feliz —confieso, apretada contra su pecho. Ángel no dice nada, y eso hace que me inquiete y lo abrace con más fuerza.

—No voy a alejarme de ti...

Le beso y me levanto, saliendo de la protección de sus brazos.

—Tenemos una misión y no quiero que prometas nada que no estés seguro de que puedas cumplir.

Ángel se levanta pero se queda callado, aceptando la verdad: que aún no ha superado el pasado.

\* \* \*

Salgo de mi cuarto para la cena. Estoy realmente cansada. Casi no he visto a Ángel en todo el día. Mi padre no ha parado de llevarlo de un lado a otro. Creo que ha visto en él el hijo que siempre quiso y nunca tuvo —aunque nunca lo ha reconocido públicamente, sé que le hubiera gustado que una de sus dos hijas hubiera nacido varón—. Pese a eso, Ángel no me ha quitado la vista de encima, pendiente todo el rato por si necesitaba algo, sobre todo cuando el padre de Matt, el rey Raven, hizo su aparición junto a mi abuelo. Traté de ocultar mi angustia y parece que lo conseguí, pues nadie lo notó..., nadie excepto Ángel, que cuando nos sentamos para comer me preguntó al oído si estaba bien.

Por la tarde, los hombres han salido a dar un paseo y las mujeres nos hemos quedado merendando en la casa. Mi hermana no ha dejado de perseguir a Ángel con la mirada. Ha sido tan descarada, que incluso mi madre le ha tenido que llamar la atención, pero, como ya suponía, ella solo le ha sonreído. Siempre ha hecho lo que le da la gana, le importa un bledo si despierta los comentarios de la gente.

Matt nos ha dicho que por la noche, cuando todos duerman, tenemos que quedar para hablar. Pero para eso aún falta un rato, ya que la cena ni siquiera ha empezado.

Voy hacia el salón donde se servirá la cena y, cuando llego, observo en la puerta al rey Raven.

—¿Lo estás pasando bien? —Me tiende la mano y no me queda más remedio que cogérsela. Siento asco por su contacto, pero me fuerzo a sonreír y responderle:

—Sí, la fiesta es perfecta.

—No tanto como tú, querida.

Me recorre un escalofrío y decido solo sonreír. Nunca se sabe si la atracción que siente por mí me puede ser de utilidad en algún momento.

Cuando entro al salón del brazo del rey, la gente nos observa curiosa y le saludan a él con una leve inclinación de cabeza.

—Padre, me gustaría hablar con Dulce, ¿nos permites? —dice Matt acercándose a nosotros.

—Claro, hijo. —El rey Raven coge mi brazo para ofrecérselo a Matt, como si yo fuera un objeto, y, tras despedirse de nosotros hasta más tarde, se marcha.

—Gracias —le susurro.

—No sabía cuánto tiempo más podrías mantener esa sonrisa.

—Ni yo. ¿Sabes dónde está Ángel?

—No.

Me giro hacia la puerta del salón inquieta, y más cuando veo aparecer a mi hermana con una gran sonrisa. ¿Esa sonrisa tendrá algo que ver con Ángel? No, confío en él. «Pero en ella no», me recuerdo.

Mi madre se acerca y me pregunta por Ángel; le digo que está trabajando y asiente sonriente. Enseguida comenta a los que tenemos cerca que su futuro yerno se toma muy en serio su trabajo y asiento sonriente para dar veracidad a sus palabras. Pero cuando nos sentamos a la mesa y empezamos a cenar sin Ángel, me cuesta mucho ocultar mi malestar y más aún comer con el nudo que tengo en el estómago.

—Necesito salir... —Mi madre me mira intrigada y me señalo el estómago. Asiente y me disculpo para ir a buscar a Ángel.

Subo a su cuarto y toco a la puerta. Al poco Ángel me abre. Está hablando por el móvil y lleva la camisa a medio abrochar. Al verlo me tranquilizo, y eso hace que Ángel note que estaba preocupada y le dice al que está al otro lado de la línea que ahora lo llama.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta, acariciándome la mejilla.

—No sabía dónde estabas y como no has bajado a cenar...

Ángel se sorprende.

—Te mandé una nota con el servicio y varios mensajes al móvil. No los has leído —deduce.

—No.

—Vaya, me aseguré que te la daría.

El teléfono de Ángel vuelve a sonar.

—Estás ocupado.

—Ha ocurrido algo y necesitan que les escriba la noticia para el periódico de mañana...

—Nos vemos luego entonces.

—No me hace ilusión dejarte sola...

—Estaré con Matt —le digo sonriente, pero Ángel pone mala cara—. No seas celoso.

El teléfono de Ángel deja de sonar, pero solo un segundo, pues cuando Ángel me besa lo llaman de nuevo.

—Ten cuidado. Ve a por tu móvil y si pasa algo, me llamas.

—Sé cuidar de mí.

Y tras despedirme, me marcho de vuelta a la cena, ya más relajada al saber que está bien.

\* \* \*

He quedado con Matt y Ángel a medianoche. Los invitados ya se han acostado y la casa está vacía y en silencio, por lo que podemos investigar a nuestras anchas. Hemos registrado con cuidado el despacho de mi abuelo y colocado cámaras y micrófonos en él para ver si conseguimos captar alguna conversación interesante. También hemos tratado de buscar, sin éxito, pasadizos secretos, ya que, según Adair, la policía cree que esta casa es un punto estratégico en el comercio de armas ilegales, pues al parecer antiguamente en este pueblo había contrabando.

Aún nos quedan días por delante para pillarlos y no pienso desistir hasta lograrlo, aunque para ello tenga que prolongar mi estancia. Solo de pensarlo me entran arcadas y no sé cómo lo voy a hacer, pero es hora que se haga justicia.

Hace un rato ya que hemos vuelto cada uno a su habitación y que estoy tratando de dormirme, pero no lo consigo. Hace mucho calor esta noche y, aunque tengo la ventana abierta de par en par, no corre nada de aire. Doy una vuelta más y oigo que alguien toca a mi puerta.

Instintivamente llevo la mano a mi pistola, oculta bajo la almohada, y me pongo en guardia.

—¿Quién es? —pregunto desde la cama.

—Soy yo. Ángel.

Dejo la pistola donde estaba y, extrañada, me levanto y voy hacia la puerta. Cuando la abro, veo que aún no se ha cambiado para dormir y que lleva en los brazos un ordenador portátil y varias carpetas de trabajo.

—Toma, ahora traigo más cosas.

Cojo lo que me da y lo dejo sobre la mesa del escritorio.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana no respeta que seas mi novia —responde serio—. Ahora vengo.

Y sin más se va. Pienso en salir tras él, hasta que me percató de que solo llevo un fino camisón y me quedo en mi cuarto esperándole. ¿Habría sido capaz mi hermana de ir a su cuarto? No me extrañaría nada. No sé mucho de ella en estos últimos años, pero me dolería pensar que ni siquiera respeta mi relación.

Al poco regresa Ángel con su maleta y cierra la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando terminamos de investigar la casa y te dejé aquí, fui a por algo de comer a la cocina y, cuando subí a mi cuarto, nada más entrar, me llegó el olor de un perfume de mujer dulzón y empalagoso. Sabía que no era el tuyo. Alerta, miré hacia la cama y allí, desnuda, estaba tu hermana esperándome.

—¿¡Qué?! ¡Será desgraciada...! —le digo indignada y furiosa.

—A mí tampoco me hizo ninguna gracia, te lo puedo asegurar. Le dije que se fuera, pero insistía en acostarse conmigo, pese a saber que estoy contigo. ¿Qué clase de relación tenéis entre vosotras?

—Ninguna —le digo con tristeza—. ¿Y qué hiciste?

—Le tiré su ropa a la cara y la saqué de la habitación, pero no me extrañaría nada que intentara meterse en mi cama mientras duermo, así que a partir de ahora dormimos juntos.

Lo miro sonrojada y Ángel me observa, primero pícaro y luego serio, al descubrir lo que llevo puesto.

—Tengo que hacer unas cosas antes de acostarme.

—Claro...

Me doy la vuelta para volver a la cama, pero Ángel me gira hacia él y me besa con pasión. Me dejo llevar y alzo mis manos a su cuello para acariciar su suave pelo. Tiro de él cuando su lengua pide paso en mis labios y yo se lo doy, para que me bese de esa forma magistral que logra que mis piernas tiemblen por el deseo. Lo beso como si me fuera la vida en ello y bajo mis manos hacia su fornido pecho. Tiro de la camisa y voy desabrochando los pequeños botones hasta que mis dedos se adentran en su interior y puedo acariciar su pecho sin que nada se interponga entre su piel y la mía. Ángel no se queda atrás y se separa lo justo para quitarme el camisón. Tarde, recuerdo que no llevo más que un culote debajo.

Ángel da un paso atrás y me mira con deseo y amor. Alza los nudillos y me acaricia los pechos, que se endurecen bajo su contacto. Luego acaricia con mimo mi cicatriz y me empuja suavemente hacia la cama. Me sitúa en el centro y lo veo venir hacia mí tras quitarse del todo la camisa y los zapatos. Trago con dificultad ante su bella imagen. Y alzo la mano para acariciar su mejilla, donde una barba incipiente me hace cosquillas. Ángel coge mi mano y deposita un beso en ella antes de bajar su cabeza hacia mi cicatriz y comenzar a darme besos en esa fea marca. Sus caricias, besos y pequeños lametones convierten la zona en un área caliente donde se concentran mis terminaciones nerviosas y me olvido que lo que está venerando es la marca de aquella horrible noche. Solo soy capaz de pensar en sus labios sobre mi piel. Y sé que es justo lo que él quería. Sube sus labios por mis pechos y me estremezco cuando con sumo cuidado atrapa entre sus labios mi pezón, que estaba erguido pidiendo a gritos sus atenciones. Me retuerzo. Gimo ante su maestría y prefiero no pensar por qué sabe hacerlo tan bien; eso solo nos haría daño.

Ángel baja una mano por mi costado, acariciándome, hasta llegar a la goma de mi culote, y lo va deslizando hacia abajo poco a poco. Yo lo dejo hacer, perdida en esta sensación, incapaz de pensar en nada que no sea él. Se separa y me quita la ropa interior dejándome expuesta a sus ojos. Luego se quita él los vaqueros y, solo en bóxer, se sitúa entre mis piernas y busca mis labios. Siento su dureza anidarse en mi feminidad, que está ardiendo ante su contacto y nuestros ondulantes movimientos. Me siento enfebrecida. Estoy a punto de estallar y no sé muy bien qué hacer para lograr la cima. Pero Ángel sí parece saberlo, pues una de sus manos se cuela entre nuestros cuerpos y acaricia mi húmeda cavidad adentrando sus dedos en mi interior. Me pierdo en este mar de pasión

mientras su boca y sus dedos me hacen el amor y estallo en un centenar de pedacitos que me arrancan una sonrisa jadeante. Me abraza con fuerza unos instantes y luego se separa. Inmediatamente me tenso. Sé lo que quiere hacer y lo abrazo con fuerza para impedirselo. No puedo acostarme con él. Todavía no.

Lo miro a sus bellos ojos verdes. Hay tanto amor en ellos que me desarma. Y es ese amor el que me hace tener fuerzas para detenernos. No quiero perderle tan pronto y sé que la culpa lo hará alejarse de mí.

Me trago el nudo de lágrimas que tengo en la garganta y con voz temblorosa digo:

—¿No tenías que trabajar? Estoy cansada.

Ángel me mira serio y luego sonrío.

—Solo tienes que decirme que lo dejemos aquí. —Me besa en los labios, sonriente—. No hay prisa. —Se levanta y se viste para sentarse a la mesa donde ha dejado sus cosas—. Descansa.

—Claro.

Me meto en la cama y, pese al calor que siento y el que hace esta noche, me tapo hasta arriba con la sábana para ocultar las lágrimas que caen por mis mejillas y que no he conseguido detener.

## ÁNGEL

Observo a Dulce dormir mientras la luz del amanecer entra por la ventana. Llevo un rato despierto, incapaz de dormir cerca de ella. Me cuesta creer que estemos así de nuevo. No es la primera vez que me quedo mirando cómo duerme, hace años lo hacía con mucha frecuencia, temiendo que esa felicidad que sentía por tenerla a mi lado fuera solo pasajera.

Acaricio su mejilla, sabiendo que no se despertará; sus labios son los siguientes en recibir mis caricias. Rojos por nuestros besos, deseables. No sé como he podido estar tanto tiempo sin besarla como deseaba y me respondo: «Solo me frenaba el odio». Temo darme cuenta de que he perdido el tiempo y, sobre todo, no ser capaz de asimilar que no he sido más que un estúpido y que la dejé sola cuando más me necesitaba. La culpa me ahoga.

Cojo uno de sus rubios mechones entre mis dedos y lo examino; sus cabellos parecen casi blancos. Dulce abre los ojos somnolientos y me observa medio dormida, atrapándome con sus intensos ojos violetas.

—Es muy temprano.

—Lo sé, pero quiero llevarte a un sitio.

Dulce coge mi mano y mira la hora en mi reloj.

—No me puedo creer que quieras ir a un sitio a estas horas.

Trata de hacerse la dormida, pero aparto la sábana.

—Vamos, te gustará.

—Cinco minutos más —dice dándose la vuelta y abrazándose a la almohada.

La cojo en brazos y la llevo hacia el baño. Dulce patatea y forcejea. Me río hasta que la dejo bajo la ducha y abro el grifo del agua caliente. Grita por el impacto del agua.

—Te doy cinco minutos, dormilona.

—¡Te odio!

—Sí, sí.

Cierro la puerta para evitar la tentación de admirar sus curvas definidas, con el camión que se puso de madrugada pegado al cuerpo. Inquieto, me muevo por el cuarto, recordándome que le debo dar tiempo —y también que no debo volver a meterla bajo la ducha si no quiero torturarme—. Anoche me costó mucho separarme de ella; luego me pregunté si no había ido demasiado rápido. Nunca la forzaría a nada. Nunca. Eso es algo que tengo claro. Lo malo es que la deseo con locura y jugar con fuego hace que este se intensifique.

Dulce no tarda en salir con cara de pocos amigos y el chándal que le dejé preparado en el aseo.

—Has revuelto mis cosas.

—Sí. ¿Intuyes dónde vamos, preciosa?

—Sigo enfadada, porque tengo sueño. —Hace un adorable puchero que no puedo evitar besar—. Sí, sé a dónde vamos.

Al fin sonrío. Cojo su cara entre las manos y la beso con pasión, alargando el momento, deleitándome un poco más en sus labios. Me separo cuando estoy a punto de perder el control, cosa que con ella suele ser con bastante rapidez. Llevo seis años deseándola, es muy difícil recordar que debo ir despacio cuando el deseo me nubla por completo y solo puedo pensar en estar dentro de ella y amarla con mi cuerpo igual que la amo con toda mi alma.

Tomo de la mano a Dulce y salimos de la casa. No hay nadie despierto, es demasiado temprano para todos, excepto para nosotros.

No tardamos en llegar a la playa donde íbamos a correr cuando empezamos, donde tuvimos nuestras primeras citas.

—¡El primero en llegar a las rocas, gana! —Y echa a correr sin más.

Salgo corriendo tras ella. Enseguida la adelanto, pero Dulce acelera e intenta pillarme. Me río cuando trata de agarrarme de la camiseta para hacerme caer y que pierda. Una de las veces casi lo consigue. Cuando menos se lo espera, me giro y se choca conmigo. Los dos acabamos tirados en la arena, riéndonos; Dulce cae sobre mí. Esta situación no es nueva para nosotros. Y veo en sus ojos cómo lo recuerda. Cómo nos recuerda hace seis años, siendo felices solo por estar el uno al lado del otro.

Dulce baja los labios y me besa con amor, igual que entonces, con las mismas promesas y deseos encerrados en sus labios, y rezo para que esta vez lo nuestro salga bien y nada nos separe.

—Parece mentira que hayan pasado seis años —me dice acariciándome la mejilla tras besarme.

—Hemos perdido el tiempo.

—Es mejor asegurarnos de no perderlo más a partir de ahora, recuérdalo. —Me besa y con una rapidez increíble se levanta y sale corriendo hacia las rocas.

Esa agilidad no la tenía antes, es algo que ha cambiado y que me gusta. Corro tras ella, pero Dulce llega antes a las rocas y grita eufórica que es la mejor.

—No te lo creas mucho. Te he dejado ganar.

—Ja. He ganado limpiamente.

—Lo de limpiamente es discutible.

Dulce se mira la ropa llena de arena y ríe feliz.

—Como premio para los vencedores, tienes que invitarme a desayunar. ¿Crees que estará abierta la cafetería de tu residencia?

—Probemos.

\* \* \*

Dulce me quita mis tostadas; la bollería que se ha pedido no le ha gustado.

—¡Eh! Tú tienes lo tuyo.

—Pero tú me quieres y no quieres que muera por comer estos bollos caducados, ¿a que no?

Pongo mala cara y le quito una de las tostadas. La cafetería no es lo que era: han cambiado de dueño y está todo un poco descuidado. Me levanto y le digo:

—Nos quiero lo suficiente para no dejar que nos intoxicemos. Vamos.

Dulce se levanta y me sigue afuera. El jefe nos mira pero no dice nada; espero que se dé cuenta de que si sigue sirviendo esta clase de comida, no le quedará más remedio que cerrar. No comprendo como la gente se gasta un dineral en abrir un negocio y luego no lo cuida, sobre todo cuando se trata de un negocio en el que tu descuido puede hacer enfermar a la gente que viene a tu local... Enseguida pienso en escribir un artículo sobre esto.

Llevo a Dulce a una cafetería cerca de la playa; no tiene nada que ver con la otra. Desayunamos mirando el mar.

—Siempre es bueno construir recuerdos nuevos —me dice chocando su leche con mi café.

—Por los recuerdos nuevos —le digo haciendo lo mismo.

—Estoy deseando crearlos —me reconoce.

Sus ojos violetas relucen y, al mirarla, es como si el tiempo no hubiera pasado y siguiera siendo esa joven que me miraba enamorada, con tantas esperanzas brillando en sus ojos. Ella no es consciente de que nada me gustaría más que regresar en el tiempo y no haberla perdido. Pero ahora tenemos una segunda oportunidad y espero que mis dudas y mis miedos no me hagan alejarla de mí otra vez. No sé si sería capaz de vivir la vida sin

ella de nuevo.

Terminamos el desayuno e, incapaz de regresar a la mansión, tiro de ella hacia la plaza del pueblo. Aún no hay mucha gente y paseamos por ella casi solos. He puesto mi mano en su cintura y la acaricio mientras andamos. Dulce se para a ver el escaparate de una tienda: un videoclub donde también venden películas.

—Ven, entremos. —Tira de mí al interior—. Tu hermana tiene que renovar nuestra colección de películas románticas.

Me gusta cómo dice «nuestra». Me gusta mucho que se lleve bien con Laia. Antes me molestaba esa amistad, porque suponía verla más a menudo, pero ahora doy gracias por que tengamos amigos en común.

La dejo en la zona de las películas románticas y voy a la sección de las de acción. Cuando la vuelvo a ver, lleva las manos llenas. La ayudo a cogerlas y no comento nada, porque me mira feliz y eso hace que me guarde mis comentarios sobre cómo pueden ver ese tipo de cine solo para meterme con ella —sobre todo porque, aunque no lo reconozca, algunas de estas ya las he visto.

—¿Algo más? —Dulce niega y me mira—. ¿Nos cobra estas, por favor? —le digo a la dependienta.

Pagamos y salimos hacia la calle. Cojo de la mano a Dulce y con la otra le quito la bolsa.

—Puedo con ella.

—Lo sé, nunca lo dudaría.

Me mira y me pregunta:

—¿Reconoces entonces que ese día en casa de Adair no te dejaste vencer por mí? —Me mira pícara y recuerdo ese día cuando, pillándome desprevenido, me tiró al suelo. Claro que no me dejé, pero no pienso decírselo.

—No pienso reconocer algo así.

Dulce se ríe y me detengo para besarla, sin importarme que la gente murmure al vernos.

—Te quiero —me dice de manera espontánea, y hace que mi corazón se hinche de amor por ella.

—Y yo a ti.

Dulce sonrío feliz y seguimos paseando por el pueblo sin ganas de regresar a la mansión. Llevamos un rato caminando en silencio cuando Dulce se me queda mirando y se decide a contarme lo que le ronda por la cabeza.

—Es buena idea, ¿verdad? —Sé a qué se refiere pero espero que me lo confirme—. Lo de la mansión, digo.

—¿Quieres que sea sincero? —Asiente. Nos sentamos en un banco. Dulce se gira para poder mirarme a la cara y yo hago lo mismo—. Nunca te he visto feliz como policía. A veces veo miedo en tu mirada. Y cuando el otro día hablaste de la mansión, vi pasión.

No sé cómo saldrá, si es una causa perdida, pero cuando hablas de ello, me recuerdas a mí hablando de mi carrera de periodista.

—¡Vaya!, y yo que creía que me ignorabas...

—Me era imposible, y te prometo que lo intenté. —Acaricio su mejilla.

—Te entiendo. —Dulce se gira para mirar el entorno. Estamos cerca de un parque—. Me encanta ayudarlas, darles una segunda oportunidad. Me gustaría crear algo para ellas, para que no se sientan solas... —Dulce se interrumpe cuando sus pesadas palabras caen entre los dos. En el fondo lo que ella quiere es que las demás tengan lo que ella no tuvo. Que las mujeres tengan un lugar donde alguien confíe en ellas, en que pueden salir de esa oscuridad. Un lugar donde se sientan acompañadas, apoyadas, a diferencia de como Dulce se sintió cuando ni yo ni sus padres confiamos en ella.

—Ángel...

—Estoy bien. Y todo saldrá bien.

—Tiempo al tiempo. —Entrelaza sus dedos con los míos.

Asiento para que no se inquiete, para que no vea lo duro que me resulta aceptar la verdad y no culparme por no haber estado a su lado cuando más me necesitó.

## CAPÍTULO 16



### ÁNGEL

Observo a Dulce bailar con el padre de Matt. Me cuesta un mundo no ir hacia él y evitar que la mire siquiera. Si no lo hago, es solo porque espero desenmascararlo y que pague por todos sus crímenes... y con él, el abuelo de Dulce, quien no deja de mirarla. Siento asco.

Esta mañana, regresamos a la mansión tras nuestro paseo para seguir con la investigación. Ninguno tenía ganas de pisar este lugar, pero es necesario si queremos pillar a ese par de desgraciados.

Matt se pone a mi lado.

—Esta noche, cuando todos duerman, me pasaré por vuestro cuarto.

—Allí estaremos.

De pronto, veo que Dulce se tensa y, al seguir su mirada, descubro a su hermana, que al parecer ha decidido hacer acto de presencia. La pieza de música termina y Dulce va hacia ella; Rosa debe de haber visto algo peligroso en sus ojos, porque se va a paso rápido hacia el jardín, huyendo de ella. No me gustaría estar en su pellejo.

### DULCE

Agarro a mi hermana del pelo cuando llegamos al laberinto del jardín.

—¡Suéltame, me haces daño!

—¡Más daño me haces tú metiéndote desnuda en la cama de mi novio!

—Él me desea a mí...

—Entérate bien, Ángel es mi novio, y no me gustan las mujeres como tú. Y el que seas mi hermana solo hace tu traición más dolorosa.

La suelto.

—No somos las mejores hermanas, pero lo que has hecho tú, dudo que te lo pueda perdonar algún día.

—Tú no estás a la altura de un hombre como él. Puede tener a la mujer que quiera. ¿Por qué va a conformarse con un marimacho como tú?

—Porque la quiero. Y yo que tú me lo metería en la cabeza. —dice Ángel poniendo su mano en mi cintura.

Mi hermana nos mira con rabia y se marcha dolida. Lo peor es que dudo que le duela saber que algo se ha roto definitivamente entre las dos. Compartimos la misma sangre pero no me siento unida a ella, no siento que sea mi amiga, y eso me duele. Ya debería estar acostumbrada a su frialdad, pero no es así.

—Ella se lo pierde.

Ángel me da un beso en los labios para infundirme ánimos.

—Es duro tener amigas con las que comparto más lazos que con mi propia hermana.

—Algunas veces pasa. ¿Estás bien para volver a la fiesta?

—Qué remedio.

\* \* \*

Me pongo un vaquero, una camiseta cómoda y unas deportivas. Ángel sale del servicio con el mismo estilo de ropa que yo. Hoy vamos a registrar la casa de nuevo a ver si encontramos algo. Hace una hora que la fiesta ha terminado y calculamos que ya estará todo el mundo durmiendo.

Matt toca a la puerta. Ángel me tiende la mano para que me levante de la cama y vamos juntos hacia la puerta. Después de cerrarla sin hacer ruido, bajamos a la biblioteca y la registramos al tiempo que instalamos varias cámaras y micrófonos también aquí. Me pesan los párpados, no soy capaz de mirar nada.

—Ve a dormir, yo subiré ahora. Tienes sueño.

—Por tu culpa.

—Lo admito. No tardaré.

Pienso negarme, pero no puedo más. Anoche casi no pegué ojo sabiendo que Ángel estaba tumbado a mi lado y por lo que había sucedido, así que le hago caso y subo a nuestro cuarto.

No sé qué hora es cuando noto besos en el cuello. Al principio creo que estoy soñando, pero no tardo en sentir las manos de Ángel acariciarme. Me despierto entre sus brazos y lo beso con pasión. El tiempo se nos pasa entre besos y caricias. Como hace años. Mis manos vagan por su cuerpo mientras que las suyas me acarician donde nadie lo ha hecho jamás salvo él. Pero nuevamente, el recuerdo de lo que podría pasar si seguimos hasta el final hace que me tense.

Ángel no necesita más para detenerse. Nadie me conoce tan bien como él. Me besa antes de apartarse y va hacia una mesita.

—Buenos días. Hoy podemos saltarnos la carrera —dice viniendo con una bandeja a la cama.

Solo entonces soy consciente de que ha amanecido. Ríe y miro qué ha traído. Ángel se sienta a mi lado y desayunamos juntos. Estoy genial así. Si no fuera porque tenemos que atrapar a mi abuelo y a su socio, todo sería perfecto.

—Acabarán entre rejas —dice Ángel, adivinando por mi gesto lo que estoy pensando.

—Sí. Estoy segura de ello.

\* \* \*

Mi padre no se ha separado de Ángel en todo el día. Desde el desayuno no hemos tenido ni un solo momento de paz.

Esta tarde, Matt y yo hemos ido a la playa privada que tiene su padre junto a la casa, pero no hemos encontrado nada que indique que allí se realice tráfico de armas. Es desesperante.

Termino de bailar con un joven y voy hacia donde está Ángel, o esa era mi intención, pues mi abuelo me intercepta a mitad de camino y me obliga a bailar con él.

—Eres preciosa, Dulce. —Siento tal repulsión por su forma de mirarme que me dan náuseas.

—Eso me dice todos los días mi novio —le digo retadora.

Mi abuelo me pide ir a dar un paseo, pero me escabullo en cuanto termina la pieza, y Ángel viene hacia mí.

—Vámonos de aquí. Dudo que pueda aguantar más tiempo viéndote cerca de ese individuo.

Asiento y salimos de la casa. Ángel toma mi mano y tira de mí. Lo miro sorprendida, pero me dejo llevar sin decir nada, aunque me cuesta un poco seguir su ritmo. No logro acostumbrarme a ir con tacones y los zapatos de fiesta que me he puesto esta noche son algo altos.

Al poco estamos en la playa. Solo se detiene cuando llegamos a la discoteca donde nos vimos la primera vez. Aún está abierta. Han cambiado algunas cosas, pero sigue conservando su encanto. Ángel se detiene donde nos presentamos.

—Eres un romántico —le digo colgándome de su cuello antes de besarle. Ángel me pone ambas manos en la cintura y me acerca a él.

—No se lo digas a nadie, tengo una reputación que mantener.

Me río entre sus labios, feliz. Demasiado feliz. Ojalá mis temores no fueran ciertos y cuando Ángel descubra la verdad, no huya como temo que hará, pues siento que se culpará.

Entramos a la discoteca. Ángel se quita la corbata y la guarda en el bolsillo de la chaqueta, que lleva en la mano. Nos sentamos a una mesa, donde Ángel deja sus cosas antes de ir a la barra a pedir algo. No es la primera vez que entro en este local. Aquel verano era menor de edad, pero cuando venía con Ángel, no me decían nada.

Miro hacia la barra y pongo mala cara cuando veo a una joven acercarse a Ángel llamando su atención descaradamente; menos mal que Ángel la ignora y sigue a la suya. Es un ligón. Sonríe cuando regresa y ve que tengo el morro torcido, y me besa al tiempo que deja las bebidas en la mesa.

—Eres una celosa.

—No te lo creas tanto. —Ángel se ríe, pues sabe que tengo razón.

Cojo mi bebida, que es igual que la suya, y la pruebo. No le he dicho qué quería, pero ya sabía que me gustaría, pues Ángel conoce mis gustos. Bailamos juntos, sin importarnos qué música suene. No puedo evitar besarlo a cada instante, como hacía entonces, y Ángel no puede apartar su mano de mi cintura. Ninguno de los dos puede dejar de sentir al otro. Me besa el cuello antes de irse a la barra a por otra bebida. No tarda en regresar.

—¿Eres Ángel, el de las noticias? —Miro hacia el lugar de donde viene la voz y veo a dos chicas comérselo con los ojos.

—Sí.

—¡Lo sabía! ¿Ves?, te lo dije —le dice una a la otra—. Te he visto venir de la barra y sabía que eras tú. Eres mucho más guapo en persona.

Ángel me mira y se acerca a mí.

—Gracias.

Las chicas no parecen querer irse.

—¿Nos podemos hacer una foto? —Saca el móvil y me lo tiende—. ¿Te importa?

—No, no me importa haceros una foto con mi novio, pero tened cuidado de dónde lo tocáis —les digo a modo de advertencia. Ángel me mira sonriente y en sus ojos puedo leer claramente la palabra «celosa».

Las chicas me miran serias y, cuando se acercan a Ángel y posan para la foto, evitan tocarlo. Les tiendo el móvil después de tirarla y se van.

—Celosa —me dice Ángel antes de besarme con pasión.

Me sube a un taburete y no dudo en acercarlo a mí. Ángel pone su frente sobre la mía.

—Te deseo..., no me tientes.

Le beso y la cruda realidad me hace abrazarlo. ¿Qué pasará cuando Ángel descubra que me dejó sin motivo? ¿Dejará el pasado atrás y se centrará solo en el futuro que tenemos por delante? Espero que la culpa no le haga alejarse otra vez de mí.

Cojo su cara entre mis manos y, mirándolo a los ojos, le hago que me prometa algo que necesito:

—Prométeme que si alguien te hace dudar de mí, escucharás mi versión antes de creerle sin más.

Veo el dolor en los ojos de Ángel, pues le he recordado que hace años no lo hizo y que es muy posible que se equivocara al tomar el camino fácil. Ese dolor hace que se me ponga una desazón en el pecho y que, aunque me haya dicho que lo promete, no me sienta más tranquila que antes.

## CAPÍTULO 17



### DULCE

Llegamos a la mansión sin hacer ruido. Es tarde y estoy muy cansada por el baile. Antes de marcharnos, otras jóvenes pararon a Ángel para pedirle un autógrafo. Me cuesta asimilar que esta va a ser su vida; cada vez es más conocido y no es raro que cientos de mujeres traten de llamar su atención. Eso hace que quiera que lo nuestro se afiance y no haya dudas, ni miedos, ni nada. Solo así podré dejar este temor a perderle, pues temo que esta nueva vida llena de focos lo ciegue.

Entramos en el cuarto y, tras cerrar la puerta, me pongo de puntillas para besar a Ángel sin que nadie nos interrumpa. Me separo y lo miro a los ojos. El amor que veo en su mirada esmeralda me derrite.

—Eres preciosa —me dice llevando sus manos a mi espalda y acariciándome.

Siento un escalofrío ahí donde me toca.

—Tú no estás mal.

Sonríe de medio lado.

—Me voy a duchar. Ahora me acuesto. —Me da un beso en la mejilla y entra en el servicio tras coger sus cosas para ducharse.

Miro la puerta desconcertada. Sé que Ángel me evita porque me desea y porque cree que necesito más tiempo por lo que me pasó, pero se equivoca, ya que cuando estoy con él, no recuerdo lo que otros desgraciados trataron de hacerme. Solo soy capaz de pensar en él. Ángel eclipsa todos mis recuerdos. Si lo rechazo es porque no quiero que se entere así, en un instante, de que lo engañaron. Él me contó su versión de lo que pasó y por qué se fue, pero cuando descubra lo equivocado que estaba, la culpabilidad será demasiado grande.

Me desvisto y me pongo el pijama. Escucho cerrarse el grifo de la ducha y a Ángel salir de esta. No he pensado muy bien en lo que estoy haciendo hasta que abro la puerta del servicio y veo a Ángel mirándome asombrado, con la toalla alrededor de la cintura.

—¿Dulce?

—¿Molesto?

—Tú nunca molestas. —Llevo mis manos a su pecho y las pongo sobre su corazón al tiempo que lo miro alzando una ceja—. Bueno, nunca has molestado, pero no sabía verlo. ¿Mejor?

—Sí, mucho mejor.

—Te deseo mucho —me dice cuando bajo las manos por su torso.

Me muerdo el labio y solo asiento, viendo la evidencia de su deseo bajo la toalla.

—Yo también. —Alzo los ojos y los entrelazo con los suyos, sabiendo que verá en ellos el brillo de la fiebre que me produce este deseo que calienta mi sangre.

Ángel coge mi cara entre sus manos y me besa con ternura para poco a poco intensificar el beso hasta que me olvido hasta de mi nombre. Andamos hacia atrás y mi espalda da con el mueble del lavabo. Eso no nos detiene, al contrario, la pasión aumenta más y más, hasta que Ángel me coge en brazos y me carga hasta la cama. Una vez allí, sin separarnos, me deja sobre el colchón y nos perdemos en este mar de besos. Me separo lo justo para darle la vuelta usando una de mis llaves y dejarlo tumbado boca arriba sobre la cama.

—También me he dejado. —Me río sabiendo que, al igual que la otra vez, lo he pillado desprevenido.

—Quiero... enseñame —le digo acariciando por encima de la toalla su dureza.

Ángel aparta mi mano y la besa con ternura. Se alza y me pasa el pelo tras la oreja.

—No hace falta, preciosa. Estaré bien.

—Quiero hacerlo. Quiero darte lo mismo que tú me diste la otra noche. ¿O es que no quieres? —le pregunto dudosa.

—Sí, pero solo si estás segura.

—Lo estoy.

Y dicho esto, aparto la toalla. Su cuerpo es espléndido, todo él es magnífico. Me acerco hasta sus labios y lo beso para después bajar un reguero de besos por su cuello. Me pierdo en su perfume natural. Me encanta olerle. Su calor. Ser tan cómplices de este momento. Me dejo guiar cuando Ángel lleva mi mano a su erección y me muestra cómo darle placer mientras mis labios recorren su pecho hasta llegar a sus labios. Lo beso en la boca al tiempo que mis manos le hacen temblar. Me siento poderosa. Me siento amada por la forma en que me besa. Por la forma en que me acaricia. Por cómo me dice que soy maravillosa. Me embriaga estar así con él.

Ángel lleva su mano a mi núcleo bajo la ropa y al final nos vamos juntos. Caigo sobre su pecho sin poder moverme y él me abraza con fuerza y una infinita ternura.

—Te quiero —me dice en un susurro—, no te imaginas cuánto. Tanto que me duele.

—A mí también —le digo abrazándole más fuerte.

Nos duchamos entre besos y caricias y, cuando acabamos, nos secamos sin dejar de besarnos y acariciarnos. Me meto en la cama y Ángel entra al poco y me abraza para que apoye la cabeza en su pecho. Siento tanta paz... Sería feliz si no sintiera esa pizca de miedo que hace que esta felicidad no sea completa. Ojalá un día se disipen todas las dudas y no quede nada salvo lo que sentimos el uno por el otro.

# ÁNGEL

Llevo un rato despierto observando a Dulce dormir plácidamente sobre mi pecho. Su mano descansa sobre la mía; en sueños la apretaba, como si necesitara sentirla para saber que no me he ido, que sigo aquí. Tengo miedo. Miedo a que una vez más suceda algo que me haga perderla. Acaricio su espalda mientras recuerdo lo vivido anoche, el amor que vi en sus ojos y sus ganas de darme placer. Cuando me mira, no veo temor en ellos, y me alegra que a mi lado no recuerde lo que casi le hicieron su abuelo y el rey Raven.

Me vibra el móvil en la mesita y me giro para ver quién llama a estas horas; cuando veo que es de la cadena, salgo de la cama sin despertar a Dulce y me encierro en el servicio para contestar la llamada. Cuando cuelgo y salgo del cuarto de baño, encuentro a Dulce sentada en la cama, mirándome.

—Buenos días —le digo acercándome a ella para robarle un beso.

—Buenos días. ¿Quién era?

—De la cadena. Ha habido una explosión de gas no muy lejos de aquí y me han preguntado si puedo ir a cubrir la noticia.

—¡Dios mío! ¿Ha habido algún muerto?

—No, por suerte solo heridos leves.

—Me alegro.

Voy al armario a buscar qué ponerme para dar la noticia. Dulce se acerca a mi lado y me dice:

—¿Puedo ir contigo? Me gustaría ver cómo trabajas..., si es posible.

—Claro que puedes, pero te tienes que preparar rápido.

Sonríó al ver que Dulce coge su ropa y entra corriendo al servicio.

Una vez vestidos, bajamos hacia mi coche. Dulce ha mandado un mensaje a su padre y a Matt para informarles de la salida.

Cuando llegamos al lugar del siniestro, vemos el caos que reina en la zona y la gente mirando hacia el edificio donde ha sido la explosión. La calle está llena de escombros y las paredes del cuarto han desaparecido por completo, dejando a la vista los muebles y fotos colgadas. Logro aparcar no muy lejos de la furgoneta de mi equipo y cojo a Dulce de la mano para caminar hacia ellos sorteando a la multitud. Magda pone mala cara cuando nos ve de la mano y echa una mirada de arriba abajo a Dulce con una ceja arqueada. Empiezo a entender por qué tenía tantas ganas de venir conmigo.

Doy un beso a Dulce con toda la intención y le digo que se quede cerca de la furgoneta, que dentro hay café y algo de bollería, antes de centrarme en mi trabajo.

Me pongo a cubrir la noticia hablando con la policía y con las personas que hay por aquí, recogiendo testimonios para hacerme una idea de qué ha pasado. Al parecer hacía años que la familia no pasaba la revisión de la instalación del gas y estaba defectuosa. Después entrevisto a varias personas, que me cuentan el miedo que sintieron cuando la

explosión les despertó en mitad de la noche. Magda hace otra tanda de entrevistas y luego nos reunimos en la furgoneta para seleccionar las mejores y hacer un resumen de ellas. Dulce se pone tras de mí y posa sus manos en mis hombros. Beso una de ellas antes de seguir con la redacción que mandaré al periódico para que mañana publiquen la noticia también. Cuando dejamos enviado a la cadena el resumen de las entrevistas, ya solo nos queda esperar para el directo, donde saldremos Magda y yo respondiendo al presentador del noticiero.

—Quedan cinco minutos —nos avisan a Magda y a mí.

Me dirijo hacia la zona que hemos elegido para realizar el directo y me pongo el pinganillo para escuchar lo que se dice desde el estudio.

Entramos en antena y sonrío a la cámara, sintiendo la adrenalina crecer en mí. Explico lo sucedido y respondo las preguntas del presentador, al igual que Magda. Que salgan dos reporteros dando la noticia no es lo normal en otras cadenas, pero en esta querían tener este toque distintivo y, por el éxito que está teniendo el noticiero, pienso que ha sido todo un acierto.

Cuando cortamos la conexión, voy hacia donde está Dulce, que me mira ilusionada y con admiración. Cojo su cara entre mis manos y la beso.

—Eres increíble, y en directo, aún más.

—Vaya, no sabía que tuvieras novia —dice Magda, que al fin se ha lanzado a interesarse más.

—Fuimos novios en el pasado —contesta Dulce retadora.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: segundas partes nunca fueron buenas... Suerte.

Magda se aleja y Dulce frunce el ceño.

—No le hagas caso.

—No se lo hago —miente.

Recogemos todo y vamos a comer algo a un bar cercano, donde pedimos unos bocadillos y algo para picar.

—¿Y cómo te has podido enamorar de este niño bonito? —bromea con Dulce el cámara, Javi.

—Creo que con esto tengo el cielo ganado —le responde Dulce guiñándome un ojo. Javi se ríe.

—Por lo menos no se le ha subido la fama a la cabeza todavía —interviene Roger, el técnico—, pero nunca se sabe.

—Ya me encargo yo de que no se le suba —le replica Dulce.

—Me gusta tu chica —me dice Javi.

Sonrío feliz, a gusto y contento porque Dulce entienda mi mundo.

Nos despedimos de ellos cuando terminamos de desayunar y regresamos a la mansión. Matt nos ha mandado un mensaje diciéndonos que nos espera en su cuarto para

hablar antes de la cena.

Tocamos a su puerta y Matt nos abre y nos hace pasar a la salita, que tiene llena de papeles.

—Esta mañana en la comida he visto a mi padre muy tenso y no paraba de mirar a tu abuelo —nos cuenta mirando a Dulce—. Siento que actuarán pronto, el problema es que no sabemos dónde ni cuándo.

—No podemos perderlos de vista —digo.

—¿Y no sabes de alguna sala secreta que tenga cerrada bajo llave?

—Tiene la sala de los cuadros y esculturas cerrada y controlada por altas medidas de seguridad, pero yo la descarté porque es la más apartada de la casa y está en el ala oeste, el lado opuesto al que da al mar, donde suponemos que hacían contrabando.

—Pero puede tener pasadizos para llegar hasta allí.

—Tal vez, pero tened en cuenta que esa sala no existía hace treinta años. Hubo una ampliación de la mansión original. Mi padre mandó construirla para guardar sus obras de arte —explica Matt—. De todos modos, intentaré hacerme con las llaves.

—Perfecto —decimos Dulce y yo a la vez, y añado:

—Ahora será mejor que vayamos a prepararnos para otra tediosa cena.

Ambos sonrín.

Tras despedirnos de Matt, Dulce y yo volvemos al que es ahora nuestro cuarto y me pongo a hacer unos trabajos mientras Dulce descansa un poco antes de la cena. Está muy callada y no sé en qué puede estar pensando. Al mirarla, veo que se ha quedado dormida sobre la cama sin quitarse la ropa. La dejo dormir y, mientras la observo, lo que siento por ella se expande en mi pecho, pero el temor de que nuestra felicidad se trunque, el mismo miedo que ya me hizo perderla hace años, sigue ahí. Solo espero no estropearlo todo esta vez y poder vivir con la culpa sobre mis espaldas.

## DULCE

Apuro mi copa de un solo trago. No sé las que llevo, pero sí que me empiezan a hacer efecto. Mejor, es ahora o nunca. Ángel se ha ido con mi padre y Matt también. He visto en sus caras que no les hacía gracia dejarme sola, pero les prometí que tendría cuidado. Al menos, espero tenerlo.

Camino despacio hacia donde está el rey Raven. Siento asco al ponerme a su lado y más cuando me lanza esa mirada lasciva, pero me trago las náuseas y cojo otra copa para aliviar este malestar.

—Qué agradable sorpresa. ¿Deseas algo, querida?

—He oído decir que tienes una sala de arte altamente custodiada. Tengo una amiga pintora y desde entonces el arte me apasiona. Me preguntaba si...

—¿Te gustaría verla ahora?

Asiento, deseando no arrepentirme de esto y sabiendo que Ángel se pondrá furioso cuando se lo cuente, pero no puedo olvidar que soy detective y si vine aquí fue por una misión.

Me ofrece su brazo para que pase mi mano y yo lo hago con repugnancia pero sin dejar de sonreír. Mientras me lleva hacia la sala, me cuenta cómo adquirió los cuadros que más le fascinan y, ya ante la puerta, me mira de reojo para ver si presto atención al código. Aparto la mirada, o eso cree él, pues retengo el número que marca. Me fijo en que no pone su huella dactilar ni nada, solo marca el código y luego abre con una llave que lleva en la chaqueta, junto con otras llaves.

Las luces se encienden solas al entrar en la sala, mostrándonos una magnífica colección de arte. No tengo muy claro si la ha adquirido de manera legal, aunque, si no lo fuera, no me la enseñaría a mí. Me habla de los cuadros mientras yo examino la sala. Está pintada de blanco y los cuadros colgados e iluminados con luz blanca tenue, para que resalten los trazados. Las esculturas son pequeñas y están expuestas en mesas de cuatro patas, por lo que no hay posibilidad de que tengan compartimentos secretos. No hay alfombras, ni paneles de madera en las paredes, ni nada que pueda ocultar un pasadizo secreto. Aunque he descubierto el código secreto, siento que esto ha sido una arriesgada pérdida de tiempo.

Empiezo a caminar hacia la puerta, notando que lo ingerido me pasa factura y me mareo. Alguien me sujeta, el individuo de mis pesadillas. Al sentir su mano en mi brazo, mi mente me trae recuerdos desagradables y me cuesta no temblar de miedo y asco.

—Estás aquí —me dice Ángel, que con una sonrisa me aparta del padre de Matt, el cual me deja libre.

—Tu novia quería que le enseñara mis obras de arte.

—¿Ya ha quedado saciada tu curiosidad? —me pregunta Ángel tratando de disimular su enfado.

—Sí.

—Bien. Si nos disculpa..., tengo algo que hablar con ella.

—Claro, claro. Aunque creo que lo que necesita tu novia es descansar, algo no ha debido de sentarle bien.

—Aceptaré el consejo.

Vamos hacia nuestro cuarto. Intento soltarme de su agarre, pero Ángel me lo impide. Cuando entramos me mira de manera severa.

—¿Acaso te has vuelto loca?

—¡Es mi misión! Tengo que hacerlo, tengo que detenerlos...

—¡Estamos en esto juntos! No dudo de tu capacidad para resolver el caso, pero este te afecta de manera personal y eso hace que no pienses de manera racional.

Tiene razón y saberlo hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Quiero que acabe esta pesadilla —le digo presa del alcohol—. Quiero que se haga

justicia, quiero que me crean..., quiero que me creas —le reconozco, incapaz de callarme y cambiando de tema drásticamente—. Me gustaría que cuando sepas la verdad, no huyas de mí..., pero lo harás. La culpa te alejará de mí otra vez.

Voy hacia la cama y me tiro sobre ella vestida.

—Dulce...

—Ya se verá. Tiempo al tiempo. Solo espero estar equivocada. No soportaría perderte de nuevo. No cuando sé que solo me siento completa a tu lado.

## CAPÍTULO 18



### ÁNGEL

Observo a Dulce bailar con Matt y sonreírle y, aunque sé que no le sonrío de la misma forma que a mí, no puedo evitar sentir ciertos celos. Y más hoy, que tras lo sucedido anoche estamos algo distanciados, porque no quiero prometerle algo que no sé con seguridad. Llevamos cinco días aquí y está siendo una tortura en más de un sentido. No encontramos nada de provecho, no hemos sacado nada en claro en las conversaciones que se han hecho en el despacho. Anoche, después de que Dulce se durmiera, seguí a Matt a la sala de arte de su padre, pues había conseguido una copia de las llaves sin necesidad de que Dulce se expusiera de esa forma. Y nada, no había nada. Tampoco hemos encontrado nada en la playa que pueda indicar que hay tráfico de armas. Por otro lado, el padre de Dulce no para de atosigarme con mil cosas, la mayoría de las cuales no tienen sentido y me cansan. Es como si viviera en su propio mundo: trata a sus hijas como si solo fueran dos joyas que exhibir. Lo mejor que puede decir de Dulce es que es muy hermosa, pero en realidad no sabe nada de ella; ni me ha preguntado por el trabajo de su hija. Dulce, por su parte, ha empezado hoy a hablar con los amigos de sus padres de su proyecto de la rehabilitación de la mansión y algunas mujeres la han apoyado, no así su madre, que le dijo a las claras que era una tontería. Por la cara que puso Dulce sé que esperaba el apoyo de sus padres pero, una vez más, se lo han negado.

Y en cuanto a la hermana de Dulce, no ha dejado de aprovechar los momentos en los que me he quedado solo para perseguirme. Por suerte Dulce o Matt, como están enterados de lo que pasa, siempre han aparecido con alguna excusa para alejarme de ella. Parece que ni las amenazas de Dulce la aplacan. ¿Cómo puede ser así?

Cuando termina de bailar con Matt, veo que su abuelo va hacia ella y la coge antes de que yo pueda llegar a su lado. «Desgraciado...». No deja de mirarla y de tocarla a la menor ocasión, por lo que me mantengo alerta. Como vea que pone la mano donde no debe, me da igual montar un número y mandarlo todo a la mierda, pero no es más que un viejo verde asqueroso. No lo soporto. Ya me costó mucho anoche contenerme cuando vi a Dulce con el padre de Matt.

Al terminar la pieza, me acerco a Dulce y la cojo para bailar.

—¿Cuánto más tenemos que aguantar aquí?

—¿Te quieres ir?

—Lo estoy deseando. Quiero estar contigo a solas.

Dulce me sonrío sin perder el paso y, a mitad de pieza, la llevo hacia las puertas del balcón y salgo con ella de esta tediosa fiesta.

—Demos un paseo. Aún queda un rato hasta que se acuesten y no aguanto más esto —comento quitándome la corbata y guardándola en el bolsillo de la camisa. Dulce no dice nada, me da la mano sin más y nos vamos a pasear lejos de aquí.

Llegamos a playa. Dulce se quita los zapatos y yo la chaqueta; la camisa la llevo arremangada y medio desabrochada.

—Eres una tentación para la vista —me comenta Dulce.

—¿Yo? No soy yo quien lleva un vestido que casi enseña los glúteos.

—Es cosa de mi madre —dice tocándose la espalda descubierta—. ¿No te gusta?

—No me gusta cómo te miran los demás.

Dulce se ríe y me tira arena con el pie. Parece que ha decidido olvidar lo de anoche y sé que lo mejor que puedo hacer es dejar pendiente por el momento esa conversación.

—¡Conque esas tenemos!

Dulce echa a correr y deja caer los zapatos al suelo. Yo hago lo mismo con la chaqueta y la persigo por la playa. La alcanzo unos metros más adelante y caemos en la arena. Acabamos rebozados en ella entre risas, como casi siempre nos pasa. La beso y Dulce silencia sus risas con mis labios.

—Te quiero —me dice.

—Yo también. —Acaricio su mejilla y, pese a la escasa luz, veo la tristeza pasar por sus ojos—. No es suficiente, ¿verdad?

Me levanto. Dulce es incapaz de dejar el tema a un lado y la entiendo. Ella me conoce mejor que nadie y sabe leer la duda en mi mirada.

—¿Volvemos? Matt nos estará esperando —digo sin volver la cabeza para mirarla, pues sé que, al esquivar su pregunta, le he hecho daño.

—Claro.

Llegamos al cuarto de Dulce. Matt nos está esperando en él para escuchar las conversaciones que su padre ha tenido en el despacho. Tras un rato largo pasándolas y escuchando lo que han dicho, nos damos cuenta de que no hay nada importante. Dulce se ha quedado dormida en el sofá y la he acostado en la cama para seguir escuchando con Matt lo que tenemos.

—Nada —comenta Matt cuando se termina la última cinta.

—Esto es desesperante.

—Sí, tal vez mi padre no esté detrás...

—Empiezo a pensar lo mismo.

Nos despedimos hasta el día siguiente y cuando Matt se va, le quito a Dulce el vestido y me meto en la cama. Está tan cansada que solo ha abierto los ojos para darme las buenas noches y ayudarme, adormilada, a que le quitara la ropa. Me tapo con las sábanas y la acerco hacia mí, disfrutando cuando me abraza con fuerza y apoya su cabeza sobre mi pecho.

Me despierto cuando siento un leve cosquilleo en la piel. Abro los ojos y veo a Dulce acariciándome el pecho. Me recorre un escalofrío por su inocente caricia y me sigo haciendo el dormido, solo para disfrutar de ella.

—Te haces muy mal el dormido —comenta Dulce mientras noto que cambia de posición. Al abrir de nuevo los párpados, la veo encima de mí, sonriéndome.

—Lo hago muy bien.

Dulce me sonríe y me besa en los labios. Los atrapo y no tardamos en perdernos en nuestra pasión. Acaricio su cuerpo sin dejarme ningún rincón por explorar y paso la lengua por sus dulces labios, que suspiran por mis caricias. Ella hace lo mismo con sus manos y me deja aniquilado por su espontaneidad. No creo que pueda aguantar mucho más sin hacerla mía.

Me giro y me pongo sobre ella en la cama, cogiendo sus manos e inmovilizándolas sobre su cabeza.

—Si no te detienes ahora, no podré contenerme, cada vez me cuesta más. —Los ojos de Dulce me devuelven una mirada seria—. Siento haberte asustado. —le digo, quitando las manos de su cabeza y levantándome de la cama para sentarme en ella.

—No te temo... Lo que ocurre es que, cuando te acuestes conmigo, sabrás que hace seis años no te mentí. Y creo que no estás preparado para saber la verdad..., ¿o sí?

La miro intrigado y niego con la cabeza al tiempo que le pregunto:

—¿Por qué lo sabría?

—Porque soy virgen, Ángel, igual que lo era cuando estaba contigo. Nunca te he mentado, ni ahora ni entonces.

Sale de la cama y se encierra en el servicio.

¿Virgen? No puede ser, no puede...

Me visto a toda prisa y salgo de su cuarto para ir al mío. En estos momentos necesito estar solo. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? Ese cabrón me dijo que se la había tirado. Pero si es virgen, es evidente que el que me mintió fue él, no ella.

La rabia me consume y casi deseo que ella mienta. Porque podría perdonarla, pero no sé si podría perdonarme a mí mismo por haber dudado de ella y haberla dejado después de lo que viví con mi hermana.

## DULCE

Miro a Ángel desde la otra punta de la sala de baile. «Estos últimos días no están siendo como al principio, algo ha cambiado», pienso tras terminar mi copa de champán de un trago. No hemos encontrado nada contra mi abuelo y el padre de Matt, y mañana ya se acaba la estancia aquí; hoy es el último baile. Por otra parte, desde la otra noche no hemos tenido más ratos para salir los dos solos. Ángel ha tenido que trabajar en sus ratos libres, cosa que los primeros días veía genial, y lo entendía, pero desde que supo lo de mi

virginidad, me evita. Se ha trasladado a su cuarto y solo está conmigo en presencia de mi familia, para aparentar. Sé que, en el fondo, solo está tratando de huir de la verdad y de su sentimiento de culpa, pero su distanciamiento me está haciendo daño. Nunca debimos dar esperanzas a nuestros maltrechos corazones; estaba más feliz cuando me protegía con capas de odio hacia él.

Lo miro enojada y cojo otra copa de champán. No debería beber, pero la rabia por ver que seguramente mañana, cuando nos vayamos de aquí, lo nuestro se quede en un «pudo ser pero nunca será» me hace no poner freno.

Observo la sala, incómoda. Hoy han acudido más personas, entre ellas el rey de un pequeño pueblo cerca de aquí, Adan Warhol, y su hija Alison. Cuando llegaron causaron un gran revuelo, no porque no estuvieran invitados, sino porque, según me contó Matt, el rey heredó un castillo ruinoso y, aunque ostenta un título importante, no lo era el dinero de su patrimonio. Le vino por parte de un familiar lejano y él solo lo aprovechó, ya en la edad adulta, para ponerlo en su marca de ropa, que se llama Queen, junto con un modisto por aquel entonces desconocido. Pero no fue hasta que su única hija empezó a usar su ropa cuando la marca cogió fama. Ahora la joven es perseguida y admirada por todas las mujeres jóvenes, y no tan jóvenes. Creo recordar que mi madre llegó a enviarme un vestido de esa marca. Por lo que me ha dicho Matt, su padre no solo vende ropa de alta costura, sino también ropa a muy buen precio, asequible para todos los bolsillos. Por eso la prensa persigue a Alison a todas horas: ella viste exclusivamente ropa de su padre y, cuando sale en las revistas, esta se vende como rosquillas, comprada por mujeres que quieren ir a la moda según la tendencia que marca la joven. Al menos esto pasa en su ciudad y sus alrededores, y poco a poco parece estar adquiriendo más fama.

La miro. Alison es un poco más alta que yo, tiene una larga melena pelirroja y sus ojos son de un bonito color verde azulado. Tiene muy buen cuerpo, eso no puedo negárselo, pero aún es muy jovencita, no debe de tener más de quince años. No se ha movido más que lo imprescindible y, por lo que he podido ver, solo ha hablado con su padre en toda la noche. Las mujeres no dejan de mirarla y admirar cada una de sus prendas y accesorios, los cuales también son de la marca de Warhol. Lleva el pelo recogido con una preciosa diadema plateada.

La prensa sigue cerca, en la ventana, y de vez en cuando se ve algún *flash*. Qué agobio, la verdad. Es como si fuera una estatua que está quieta y la gente la admira sin más. No siento ninguna envidia por ella. Menos mal que cuando se vayan, tras el baile, la prensa se marchará con ellos.

Aparto la mirada y empiezo a andar hacia el camarero más próximo con bebidas, pero a mitad de camino una odiosa voz irrumpe en mis oídos.

—Una joven tan bonita como tú no debería estar sola. —El rey Raven me tiende su brazo y me invita a bailar con él. Accedo solo para ver si se le va la lengua, pero ya hemos llegado a la conclusión de que nos hemos equivocado al presuponer que eran ellos y hemos perdido el tiempo. Me siento muy frustrada. Quería atraparlos y hacerles pagar por lo que me hicieron. Quería hacer justicia y ahora no tengo nada.

Esta vez, cuando pone su mano sobre mi espalda, no oculto el asco que me produce. Me he cansado de fingir que no aborrezco su cercanía si, como temo, hemos buscado en la

dirección equivocada; no gano absolutamente nada.

—¿Y esa cara?

—Es la cara que se me queda cuando un cerdo como usted me pone sus manos encima —le espeto con rabia, cansada de esta farsa.

—¿Qué estás diciendo? No entiendo tu comportamiento, he sido siempre muy bueno contigo. Incluso cuando en el instituto se corrió tu foto...

—Gracias por recordármelo —le digo cortando ese episodio de mi vida que siempre trato de tener encerrado en el fondo de mi memoria.

—Lo siento, Dulce. ¿Qué te sucede? —me pregunta como si no le importara mi arrebató; como si pensara que le he dicho eso porque no me encuentro bien. «¿De qué demonios va este hombre?».

—Que estoy cansada de fingir.

Y tras decir eso, lo dejo plantado en medio de la pista de baile y escapo hacia el jardín, buscando el frío de la noche y deseando que esta maldita pesadilla se acabe. Quiero irme de aquí cuanto antes.

—Dulce, espera —me dice Ángel cogiéndome del brazo.

—¡No quiero esperar! Quiero irme y que os den a todos. A ti el primero.

Ángel me vuelve hacia él y trato de hacerle una llave, pero no consigo vencerlo.

—¿Cuánto has bebido?

—¡Puedo beber lo que me dé la gana! ¡Esto ya es el colmo!

—Dulce... Mírame.

—No quiero mirarte. Eres un estúpido. No sé como puedo estar enamorada de alguien que en vez de dejar el maldito pasado atrás, se empeña en recordarlo una y otra vez para que no nos deje tener ningún futuro. No sabes cuánto te odio por quererte tanto y, aún más, por conocerte y saber que nunca podremos ser felices..., nunca, Ángel. Porque sufriste mucho con lo que le pasó a Laia y te culpas por no haber estado conmigo cuando lo de mi abuelo, y ya está bien. El pasado no se puede cambiar, pero sí podemos construir un futuro juntos. Uno en el que seamos felices. Si te da miedo perderme no es porque me vayas a perder, es porque te importo, y cuando algo o alguien te importa de verdad, temes no tenerlo para poder luchar por esa persona cada día de tu vida.

Espero que Ángel diga algo, pero lo que hace me desbarajusta por completo y se lleva con ello todas mis réplicas. Me besa. Y no un beso cualquiera. Es un beso donde la pasión se abre paso sobre la ternura, la razón y las razones para detenerse. Lo puedo sentir en la forma que tiene de devorar mis labios. Lo respondo de la misma manera, desesperada porque este beso no acabe nunca y, al mismo tiempo, temiendo que llegue el final y ansiando que se grabe con fuerza en mi alma.

Es tal mi deseo de estar a su lado el tiempo que sea que, cuando me toma la mano y me lleva hacia la escalera de servicio y subimos entre besos y caricias a mi cuarto, no me opongo. Estoy cansada de resistirme, de ser razonable, de entender a todo el mundo, de

tener miedo..., estoy cansada de negarme la felicidad y solo aspirar a momentos robados. Es hora de saber qué pasará después de esta noche juntos y afrontarlo.

Entramos en mi cuarto y, casi sin dejar de besarnos, tiramos de la ropa del otro con urgencia para que nada se interponga entre los dos. Mi vestido es el primero en caer y la chaqueta de Ángel le sigue. Tiro de los botones de su camisa y cuando uno sale despedido, sonrío y Ángel atrapa mi sonrisa entre sus labios.

—Suerte que no le tenga aprecio a la camisa.

—Te fastidias.

Sonríe antes de quitársela del todo y llevar sus manos a mi sujetador para quitármelo sin dejar de mirarme. Veo tanto amor en su mirada que me alzo para besarlo y demostrarle yo también lo que siento con mis labios. Nuestros pechos desnudos se juntan y siento placer cuando su corto vello rubio me hace cosquillas. El beso cada vez se hace más pasional y andamos a tientas hacia la cama, dejando un reguero de ropa por el suelo. Me sitúo en el centro mientras Ángel me mira con deseo. Le hago un gesto para que se acerque y él se sitúa entre mis piernas, haciendo que su miembro acaricie mi feminidad. Me besa sin prisas, disfrutando de este leve contacto. Un contacto que solo nos enciende más cuando nuestras caricias son cada vez más urgentes. Lo deseo como nunca he deseado a nadie. Nadie nunca despertó eso en mí. Solo él. Ángel hunde su cabeza en mi cuello y me besa al tiempo que sus manos acarician cada rincón de mi cuerpo. Siento calor. Estoy ardiendo. Se separa lo justo para buscar la protección y una vez más se sitúa entre mis piernas.

—No hay prisa...

—Estoy segura. ¿Y tú?

—También. —Coge mi cara entre sus manos y me besa con ternura mientras se adentra en mi interior.

Lo siento llenarme y cómo llega al himen. Noto que su cuerpo se tensa y esto hace que mi dolor pase a un segundo plano, pues temo que tras esta noche el dolor sea mayor con su partida.

Ángel atrapa sus ojos con los míos y veo en ellos arrepentimiento y culpa. Alzo mis labios a los suyos y lo beso, queriendo que olvide el pasado y solo mire al futuro que tenemos en común. Me muevo y Ángel se adentra del todo en mí. Nos quedamos quietos, disfrutando de este placer, de estar unidos al fin. Cuando me embiste de nuevo, el dolor ha desaparecido sustituido por un intenso placer. Sus embates cada vez son más profundos, al igual que sus besos. Lo sigo para poder sentir esa liberación que se anida en mi feminidad. Para alcanzar ese paraíso prometido entre sus brazos. No tardo mucho en alcanzarlo y estallar en miles de pedazos. Ángel me sigue y me abraza con fuerza a él y, mientras me recupero, deseo que este abrazo posesivo que me da sea un prelude de lo que pasará mañana. De que no me quiere lejos de él. Lo abrazo con fuerza. Nunca en mi vida me he sentido tan completa como estando ahora en sus brazos y el temor a que sea efímero hace que mis ojos acaben inundados de lágrimas. Ahora él ya sabe la verdad.

**ÁNGEL**

La abrazo y seco sus lágrimas, sintiendo un gran nudo en el pecho. Estaba tan cegado por mi pasión que temo haberle hecho daño. Solo sé que cuando Dulce insinuó que nuestro destino era no estar juntos me volví loco. No podía imaginar volver a estar sin ella... Pero después de habernos acostado, ya no puedo negar la dolosa verdad. Una verdad que en el fondo yo ya sabía desde hace tiempo y que me negaba a aceptar por lo que conllevaba: sentirme culpable.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupado.

—Sí. No me has hecho daño, si te refieres a eso, aunque intuyo que eso no es lo único que te atormenta ahora mismo.

Dulce se levanta un poco y me mira a los ojos, y, pese a la poca luz que tenemos del reflejo de la luna, puedo ver que los suyos están serios. Acaricio su pecho, o más bien la marca de nacimiento que tiene junto al pezón del pecho derecho.

—Me dijiste que antes de estar conmigo no habías estado con nadie íntimamente, que yo era tu primer novio y nunca habías llegado tan lejos con un hombre..., por lo tanto, nadie debería saber que tienes esta marca, ¿verdad?

Siento como Dulce se tensa y se aparta.

—¿Qué te dijeron? ¿Y quién te lo dijo? —me pregunta al fin, y me intriga ver como le tiembla la voz. Como si temiera mi respuesta. ¿Acaso sí me mintió de alguna forma? No, ella me ha dicho que no me fue infiel y la creo, esta vez no tengo dudas.

—¿Conocías a Joseph?

Dulce se sienta en la cama.

—Sí... Iba a mi clase. Lo vi en la playa alguna vez, pero no sabía que tú lo conocieras.

—Era compañero de clases y de residencia; me llevaba bastante bien con él. Tú no lo viste cuando estabas conmigo, pero él a nosotros sí.

—¿Y qué pasó? No tuve nada con él —se defiende.

—Lo sé. Ahora lo sé —digo con amargura.

—Deja el pasado...

—A lo que íbamos —comento esquivando su comentario—. La noche que tú y yo casi nos acostamos me fui porque temía no poder controlarme. Te deseaba mucho..., aunque nunca te hubiera hecho daño —me aventuro a reafirmar—. Al día siguiente, como siempre, salí de mi residencia a buscarte a la playa. Llevaba un ramo de margaritas. Recuerdo que me sentía muy estúpido con él, pero quería compensarte por lo de la noche anterior. —Hago una breve pausa antes de continuar.

»Cuando Joseph me vio, me dijo que tenía que hablar conmigo, que la culpa no podía con él y que, aunque me perdiera como amigo, no quería verme sufrir. Me contó que erais algo más que amigos, que estabais juntos... y os acostabais. Me habló de tu marca de nacimiento. Él sabía perfectamente dónde la tenías y el color marrón tostado que tenía... No le quise escuchar más. Él no tenía forma de saber algo así salvo que me hubieras

mentido cuando me dijiste que nunca habías estado con alguien íntimamente. No lo cuestioné. Lo creí y me fui de allí sin terminar el curso, pues no quería permanecer cerca de ti más tiempo.

Nos quedamos en silencio. Dulce ha cogido la sábana y se ha envuelto con ella; está acurrucada sentada, sujetándose las rodillas, y no me mira.

—Dulce...

—No quería recordar esa parte de mi pasado..., tal vez tenía que habértela contado cuando estuvimos juntos, pero era todo muy reciente y el viaje había sido, precisamente, para reponerme...

Me tenso y me siento en la cama. Me vienen a la mente sus ropas anchas y que Dulce evitaba ir a bañarse a la playa... ¿Qué pasó?

—Dime la verdad —le digo tenso, preocupado y angustiado.

—Yo era animadora de mi instituto. Sé que te sonará increíble... —Asiento—. Me gustaba bailar, no era muy habladora con el resto de mis compañeras, pero mi físico y mi forma de animar les gustaba y me aceptaban en el equipo. Una tarde me quedé sola entrenando unos pasos. Creía que no había nadie en el instituto, por lo que cuando terminé y entré a ducharme al vestuario, no temía que alguien pudiera hacerme daño..., pero me equivoqué. —Me tenso—. Estaba poniéndome la ropa interior cuando escuché una risilla siniestra detrás de mí. Al alzar la vista, vi ante mí a uno de mis compañeros de clase, Joseph. Me tapé los pechos, pero era tarde: él ya me había fotografiado con la cámara que llevaba en su mano. Fui hacia él pero me cogió desprevenida y me lanzó contra las taquillas, atrapándome entre ellas y él. Empezó a manosearme los pechos y a intentar besarme. Yo forcejeé, le pegué patadas, sin éxito. Me sentí indefensa. Por suerte, escuchamos unos ruidos y se fue de allí, no sin antes dejarme una horrible marca en el cuello, un asqueroso chupetón. Pensé que aquello quedaría entre él y yo..., me volví a duchar, sintiendo mucho asco de lo vivido, sintiéndome sucia... Había violado mi intimidad y no sabía qué hacer, pero no quería contárselo a nadie. Ya nada era lo mismo. No tenía ganas de vestir como antes, solo quería tapar mi cuerpo..., que nadie volviera a sentir deseo por mí y me volviera a atacar.

Me apoyo en la cama y la atraigo hacia mi pecho. Dulce se deja abrazar y sigue con el relato.

—Cuando llegué al instituto al día siguiente, todo el mundo me miraba y se reía; otros me insultaban. Yo no comprendía nada, aunque no tardé mucho en hacerlo. Acababan de sacar el periódico del instituto y en la portada estaba yo, desnuda..., o al menos de cintura para arriba. Cogí todos los que puede y hablé con el director. Él ya había empezado a retirarlos pero, pese a eso, siempre salía alguna foto mía..., alguien me la dejaba en el escritorio... o pegada en mi taquilla. El padre de Matt y mi abuelo se hicieron cargo de la situación. No sé qué hicieron exactamente, pero una mañana me esperaban a la salida del instituto y me dijeron que todo estaba arreglado. Y así fue. Nadie más me molestó con esas fotos, pero no había marcha atrás, la mayoría creía que yo era una fresca. Y yo temía decir la verdad... Acabar ese curso fue un auténtico calvario para mí. Después del incidente en los vestuarios, Joseph me pidió salir con él. Nunca me había llamado la atención y entonces no quería estar ni con él ni con nadie... O al menos era lo que pensaba

hasta que te conocí —reconoce—. Por eso sabía lo de mi marca... Si no te lo conté, fue porque tú me hacías olvidar lo que había pasado hacía pocos meses. No esperaba que mi silencio se volviera en mi contra.

—Sé que decirte que lo siento no es suficiente... ¡Maldita sea, me siento un completo imbécil!

Me levanto, incapaz de estar quieto más tiempo, y me visto sintiendo la mirada de Dulce en mi espalda. No puedo más. La culpa me está asfixiando. Fui un estúpido entonces. ¿Quién me dice que no volveré a serlo? ¿Que no le fallaré de nuevo? Dulce estaría mejor sin mí. Le he fallado demasiadas veces.

—Deja el pasado atrás... ¿Tanto te cuesta mirar hacia delante conmigo? ¿Acaso estos días no te ha quedado claro lo felices que podemos ser juntos?

—No lo sé.

Cuando termino de vestirme voy hacia la puerta.

—Si me dejas de nuevo, no podré mirarte sin odio... Odiarte me hará más fácil tenerte cerca sabiendo que sigo amándote —me dice Dulce, como si aceptara el hecho de que volveremos a estar como antes.

Me giro para decirle que no me iré nunca más, pero ahora mismo lo sucedido me hace callar. Necesito tiempo para perdonarme a mí mismo.

—Nos vemos.

—Siempre te querré..., sé feliz.

Cierro la puerta, pues aunque mi impulso ha sido ir hacia ella, sé que esto solo nos haría daño. No puedo empezar algo con Dulce, o continuarlo, sintiendo todo el rato que le he fallado y que soy lo peor que le ha pasado en la vida.

## DULCE

Salgo de la ducha y me maquillo para que nadie note que me he pasado la noche llorando. Ángel no ha vuelto y dudo que lo haga: sé que su partida fue un adiós.

Me visto con ropa cómoda y me siento frente al equipo de escuchas a oír lo que sucede en el despacho, pues no tengo ganas de salir de mi habitación y enfrentarme al mundo todavía.

El padre de Matt solo habla de que la gente ha empezado a marcharse y escucho a alguno que otro entrar a despedirse de él. Me quedo adormilada con los cascos puestos, pues es una labor tediosa y siento que el tiempo pasa lentamente.

—Tenemos un cargamento preparado..., es el momento de bajar a por nuestro dinero.

Sobresaltada, me levanto tan de golpe que desconecto los cascos del equipo. Nerviosa y medio dormida los vuelvo a conectar.

—Mi familia cree que estamos de reunión y he pedido que no nos molesten bajo ningún concepto.

—Bien —dice Raven—. No podemos perder más tiempo, esta reunión se ha alargado más de la cuenta.

—Era importante para nuestro plan. Nadie sospecharía que justo ahora que has invitado a gente a tu casa organices un intercambio.

—No perdamos más tiempo. —Escucho el ruido de una palanca y luego como sus voces se van perdiendo en la distancia.

¿Por dónde han salido?!

Me pongo nerviosa y me levanto, con tan mala suerte que tiro el móvil al suelo y se desmonta. Mierda. Trato de poner la batería en su sitio, pero no lo consigo, así que lo dejo por imposible y, tras coger mi placa y mi arma, salgo hacia el despacho. Tengo que detenerlos antes de que se vayan los dos al intercambio. Al bajar por las escaleras me encuentro a mi padre.

—Papá, ¿sabes dónde está Matt?

—Lo vi irse esta mañana... ¿Por? —me pregunta notando mi seriedad.

—Por nada. —«Esto lo tengo que hacer yo sola», pienso—. Si lo ves, dile que lo que buscábamos estaba en el despacho.

—¿Y a Ángel?

—Él se ha ido.

Mi padre me mira extrañado, pero me marcho antes de que me pida explicaciones; ya habrá tiempo para decirles la verdad.

Cuando entro en el despacho, me pongo a palpar como una loca todas las paredes y objetos para encontrar el mecanismo de acceso, sin éxito. Ya lo revisamos y no encontramos nada. ¿Dónde estará? Desesperada, aprovecho para coger uno de los micros escondidos y guardarlo entre mi ropa, al igual que una cámara diminuta. Empiezo a hacerme a la idea de que no encontraré nada cuando un doblez de la alfombra me hace ir hacia ella. ¿Y si estuviera en el suelo? Mientras la retiro, pienso que es lo más razonable, teniendo en cuenta que hay que bajar al mar, donde supuestamente está el puerto para traficantes. Enseguida veo la trampilla oculta bajo una losa de suelo falso que se ha movido; por eso no dimos con ella antes. Cuando la levanto, veo una escalera húmeda ante mí y, sin cerrarla, me sumerjo en ella. ¿Estaré corriendo demasiados riesgos? No... O tal vez sí, pero no puedo detenerme ahora estando tan cerca. Tienen que pagar por lo que me hicieron. No dejaré que se escapen. Esta es mi misión, aunque resulte que, a la hora de la verdad, estoy sola.

## ÁNGEL

Llego a la casa del rey Raven con la firme intención de buscar a Dulce y hablar con ella. Anoche —bueno, y en todo este tiempo— no hice más que el idiota. Mientras paseaba por la playa sin pensar en nada coherente, me di cuenta de que todo se reducía al miedo, como ella bien dijo. Me estaba dejando dominar por él. Como llevo haciendo toda mi vida.

Por miedo a perderla, igual que me pasó la primera vez. Temía tanto que se marchara que, cuando todo se estropeó, pensé: «¿Ves? Sabías que se terminaría». Y lo acepté. Después, cuando Adair se enamoró de mi hermana, tenía tanto miedo a perder a mi mejor amigo, que todo cambiara entre nosotros o que mi hermana sufriera, que le contagié a él mis miedos y dudas. La promesa que le obligué a hacerme no fue más que un intento desesperado para que nada cambiara a mi alrededor... y cuando volví a ver a Dulce, me era más fácil odiarla y alejarla de mí que arriesgarme a hablar con ella y perderla de nuevo. Y ahora... Ahora es el momento de dejar de hacer el tonto y vivir, aunque sea con miedo. He llegado a la conclusión de que el miedo nunca se irá. Porque, como ella me dijo, cuando amas a alguien o algo, siempre temes que se vaya de tu lado o que te lo arrebaten. Y tiene razón, ese miedo a perder lo que amas es lo que te hace valorarlo tanto y dar gracias cada día que pasa por que esté a tu lado. Sin ese miedo, no apreciarías lo valioso que es cada segundo a su lado.

Y ya está bien de que me deje dominar por él.

He ido a la floristería donde conseguí hace años las margaritas para Dulce y he comprado otro ramo igual, como si no hubiera pasado el tiempo, esperando que ella me perdone. Y podamos construir juntos ese futuro que ya vislumbramos una vez.

Subo al cuarto de Dulce, pero no hay nadie dentro. Miro alrededor y observo que la mesa está removida y su móvil roto en el suelo. Me tenso y dejo el ramo en la cama.

—¿Dulce? —Matt entra y me mira preocupado.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—Pasa que hemos descubierto la tapadera de mi padre. El dinero que le daba a su esposa lo enviaba a una dirección falsa, pues allí solo hay naves; solo queda en pie una de ellas y ni siquiera con esa numeración. Le he dado el dato a la policía y han descubierto que el lugar está cerca. Es una antigua fábrica, en principio deshabitada. Han ido hacia allí para comprobar si es así o no.

—Esperemos que encuentren algo.

—¿Se puede? —El padre de Dulce entra y me mira serio—. No sé qué le has hecho a mi hija, pero no tenía buena cara —me reprocha—. Y, Matt, Dulce me ha dicho que lo que buscabais estaba en el despacho.

Me tenso, al igual que Matt.

—¿Y dónde está ella ahora? —pregunto.

—Se dirigía hacia allí cuando me la crucé. Aunque no habrá podido entrar: mi padre estaba reunido con el tuyo —comenta mirando a Matt.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dice este.

Yo aún estoy tratando de reponerme cuando voy tras ellos. No sé si matar a Dulce por ser tan temeraria o rezar por que esté bien. Aunque sé que haré lo segundo en cada paso, la furia se mezcla con el miedo a que le ocurra algo. ¡Maldita sea!, y yo que había decidido vivir aceptando el temor... Pero no pensaba que ella corriera peligro tan pronto. Dios, solo espero que cuando la encontremos no sea demasiado tarde.

## CAPÍTULO 19



### DULCE

Me escondo tras unos bultos y miro asombrada como acarrean varias cajas de armas ilegales. Esto está lleno de ellas y, a la vez que un barco las carga, otro las descarga. Además, ahora que lo veo, me doy cuenta de lo bien ubicado que está este embarcadero. Lo rodean grandes montañas, por lo que no puede verse desde la costa. Desde la playa solo se alcanza a ver el barco cuando ya está navegando y no sabes si ha salido de aquí o de la otra punta del pueblo. Está estratégicamente colocado.

Enfoco bien la minicámara y rezo para que se esté grabando todo.

—Ese es el último —comenta Raven, y grabo cómo realizan el pago. «Los tenemos pillados».

Me giro para irme y no tentar más a la suerte. Es mejor que llame a Adair y se lo cuente todo.

—¿Dónde demonios crees que vas? —La voz dura de uno de los secuaces de mi abuelo me paraliza.

—Me he perdido...

—Eso es evidente.

Trato de escapar, pero es muy grande y rápido y no tarda en darme alcance. Intento hacerle una llave, pero me es imposible. No me da tiempo ni a sacar mi arma. Me lleva cargada al hombro como si no pesara nada.

—Alguien estaba observándolo todo. —Me lanza contra unas cajas sin ningún miramiento y siento como me crujen los huesos al impactar contra las duras maderas.

—¿Dulce?

—Ha visto demasiado —dice Raven apuntándome con una pistola.

Yo saco la mía sin perder tiempo y la sostengo con firmeza, esperando que no noten mis manos temblorosas.

—Esto acaba aquí. —Me pongo de pie y los apunto a ambos.

Pero enseguida soy apuntada por varias armas.

—Suéltala —me dice el padre de Matt, y no me queda más remedio que hacerlo.

—¿Qué pretendes hacer? —le pregunta mi abuelo.

—Matarla. Así nadie sabrá lo que ha visto...

¿Es este mi final? Oigo el clic del seguro de la pistola, que me indica que está a punto de disparar, y pienso en Ángel. Si no hubiéramos desaprovechado el tiempo, habría contado con seis años a su lado... Ahora solo puedo irme sabiendo que los pocos recuerdos que conservo de él no son suficientes. Nos creemos poseedores del tiempo y no nos damos cuenta de que es él el que nos posee a nosotros, deteniéndose cuando se le antoja.

El ruido de la detonación me hace gritar y espero con los ojos abiertos el impacto del proyectil... «Ojalá le hubiera visto una vez más», pienso cuando la bala se adentra en mi cuerpo.

## ÁNGEL

Estamos terminando de bajar los escalones cuando escucho un disparo. Me quedo quieto.

—Dulce... —En mi interior sé que es ella, que acaban de dispararle, y noto que me fallan las piernas. Ella no puede estar muerta, no puede.

—¡Vamos! —me apremia el padre de Dulce.

Los sigo hasta el final de la escalera y allí, en medio de un círculo de hombres, está Dulce, que se lleva la mano al pecho ensangrentado y cae hacia delante.

—¡¡¡No!!! —grito al ver como la mujer que amo muere ante mis ojos.

Un segundo después, todos me apuntan, pero tengo que llegar a ella. Verla por última vez... No, ella debe vivir. Tengo que llegar hasta ella... ¡Maldición!

—Ángel, no, son demasiados —me dice Matt cogiéndome para que yo no sea el siguiente en morir.

—Es mejor que os detengáis, la policía está de camino —comenta el padre de Dulce. Está blanco como el papel, pero es el más coherente de los tres. Mis ojos están puestos en Dulce y en el charco de sangre que se está haciendo cada vez más grande a su alrededor.

—Deja el arma..., es mejor que nos entreguemos —comenta el conde Cypres al rey Raven sin apartar los ojos de su nieta.

—¡No pienso entregarme! —Y sin más, dispara contra nosotros. Los reflejos de Matt hacen que ambos caigamos al suelo, evitando así ser alcanzados.

—¿Estás bien? —me pregunta Matt sacando una pistola y mirándome.

—Tenemos que llegar hasta Dulce —comento al tiempo que Raven vuelve a disparar contra el padre de Dulce, que se ha escondido tras unas cajas. Nosotros le imitamos y nos ponemos a salvo.

—¿Tienes algún plan? Sinceramente, no esperaba que esto se pusiera así... Mi padre se ha vuelto loco del todo —dice con tristeza. Yo sigo impresionado y buscando la forma de salir de aquí y de llegar a ella y rezando para que no sea demasiado tarde.

—¡Has matado a mi nieta! —Las palabras del conde Cypres me hacen asomarme por encima de nuestro escondite y ver que se está peleando con el padre de Matt—. ¡Te podías

haber aprovechado de ella, pero nunca matarla! ¡Matarla, no...!

—¡Suéltame!

El abuelo está tratando de quitarle el arma. Los dos forcejean y caen al suelo y se oye una detonación.

El tiempo se detiene. Los dos se apartan el uno del otro y se miran serios y a la vez espantados. Los dos están manchados sangre, pero desde aquí no distingo de quién es. Entonces el abuelo de Dulce se mira el estómago y sabemos que la sangre es suya.

—¡Desgraciado!

—¡Deténganse!

Todos nos giramos hacia la escalera y por ella empiezan a bajar agentes de policía, que no tardan en hacerse con el control de la situación. Sin esperar más, salgo de detrás de las cajas y llego hasta Dulce. Rápidamente me arrodillo a su lado y al volverla miro horrorizado su vestido azul lleno de sangre.

—Dulce..., mi Dulce, respóndeme..., por favor...

Pongo mis dedos sobre su cuello buscando el pulso. Casi lloro cuando siento el latido débil de su corazón.

—Tienes que vivir, este tonto no es nada sin ti.

Un agente de policía me pregunta por su estado y pronto vienen los servicios sanitarios a llevársela. Ha perdido mucha sangre, pero confío que ese débil latido sea suficiente para salvarse. Tiene que salvarse. Ella es fuerte, lo ha demostrado siempre. Es una luchadora. Y una vez más le toca luchar en esta vida, pero esta vez sí estoy a su lado.

\* \* \*

Observo a Dulce dormida. Está amaneciendo y la operación ha sido un éxito. Por suerte la bala no le alcanzó ningún órgano vital. Aun así ha perdido mucha sangre y tiene que quedarse unos días hospitalizada.

Miro nuestras manos entrelazadas y la acaricio. Deseo que despierte y que me mire sonriente. Nunca he echado tanto de menos su mirada violeta como en estos momentos. No sé como pude creer alguna vez que podría vivir sin ella.

—¿Aún no se ha despertado? —comenta mi hermana abrazándome. Laia y Adair no se han separado de nosotros en toda la noche, al igual que los padres de Dulce, quienes, pese a su peculiar forma de quererla, no la han dejado sola un segundo. He llegado a pensar que ambos sabían que Dulce tenía razón desde el principio, pero si iban contra el abuelo de Dulce lo perderían todo, ya que de él dependía todo su patrimonio. Puede que no sea la mejor razón del mundo para dar de lado a una hija pero, pese a eso, ayer, cuando su padre supo que Dulce podía estar en peligro, bajó sin importarle las consecuencias. Esta vez no podía hacer la vista gorda.

—No, todavía no, pero me han dicho que es normal que tarde en despertarse.

—Han llegado Robert, Jenna, Bianca y Albert.

—Qué madrugadores —comento con una triste sonrisa.

—Están preocupados. Yo creo que habrían venido antes si no hubieran pensado que sería mucho follón...

—Diles que pasen.

Al poco entran despacio y observan a Dulce en la cama. Todos se quedan impactados al verla así.

—Se pondrá bien —alega Albert. Está visiblemente afectado, aunque trata de ocultarlo.

—¡Vaya, habéis venido todos! —comenta Matt entrando en ese momento con una bandeja de cafés en la mano—. Es una suerte que Dulce esté en una habitación para ella sola.

Asiento y tomamos el café.

Las horas pasan lentamente y, aunque no han dejado de entrar los doctores a ver cómo va, Dulce sigue dormida, como si la vida no fuera con ella. No dejo de observar su pecho subir y bajar para comprobar que sigue viva. Hasta que no me diga algo, no podré dejar de lado esta angustia.

—¿Cómo está? —me pregunta Kevin, que acaba de llegar con los padres de Adair y los míos.

—Igual.

—Viva. Está viva —me dice con una sonrisa—. Se pondrá bien.

Asiento, pues su afirmación y su forma de ver la situación de Dulce me han calmado momentáneamente. Sí, está viva y vivirá. Ella es una luchadora.

\* \* \*

Estoy traspuesto en el sofá cuando escucho la voz de Dulce decir mi nombre, pero me creo que es dentro del sueño.

—Ángel. —En esta ocasión siento también una cálida mano acariciar la mía y abro los ojos de golpe para encontrarme con unos ojos violetas somnolientos.

—¡Te has despertado!

Dulce me sonrío y cojo su mano con fuerza.

—Tenía mucho miedo de..., pero estoy viva.

—Maldita sea, Dulce, he pasado tanto miedo...

—Ya tendrás tiempo de echarme la bronca —me corta con una sonrisa—. ¿Me abrazas?

Me siento en la cama y la abrazo con cuidado de no lastimarla. Dios, temía tanto no poder volver a hacerlo...

—Había vuelto a buscarte —le digo, aunque enseguida me siento tonto por comentar algo así en un momento como este.

—¿Para quedarte?

—Sí.

Dulce me abraza con más fuerza.

—Me alegra que hayas decidido quedarte a mi lado.

Y sé que ella tiene razón, pues tras muchas dudas, miedos, distanciamiento y mil razones para no estar a su lado, al final he dejado de dar vueltas y he aceptado que solo a su lado me siento completo. Y que debo aprender a vivir con este miedo a perderla, porque es la prueba de cuánto la amo.

# EPÍLOGO

## ÁNGEL

Observo a Dulce mientras pinta una de las paredes de la mansión.

Hace seis meses que salió del hospital y su herida ha evolucionado perfectamente. Pese a eso, Dulce ha decidido dejar de ejercer como policía y dedicarse por completo a su proyecto social. La veo reírse con Kevin mientras pintan. Está muy emocionada con esto y la gente del barrio también está ayudando mucho con la rehabilitación de la mansión. Además, sus padres al final la apoyaron y han venido de vez en cuando a ver cómo va todo. El haber estado a punto de perderla les ha hecho pensar... Quién sabe, tal vez sea un comienzo para una relación entre ellos más sincera.

En cuanto a mí, he de decir que me han ascendido. Ahora tengo una sección fija en el noticiero de la ciudad, lo cual no me impide volver todos los días a dormir a la casa que hemos alquilado Dulce y yo para vivir juntos. Está cerca de la de Robert y Jenna y tengo la esperanza de un día poder ahorrar el dinero suficiente para poder comprárnosla.

Por otro lado, el abuelo de Dulce sobrevivió al disparo que recibió en el estómago, pero al ingresar en la cárcel, su corazón no resistió la ansiedad de estar entre rejas y murió hace unas semanas. Dulce me dijo que prefería recordar de él el instante en el que se abalanzó sobre el padre de Matt justo antes de que disparara, haciendo que la bala no la matara. Pese a todo, no la quería muerta. Sin embargo, eso no lo exculpa de sus otros crímenes, al igual que al rey Raven, el cual fue apresado por varios cargos que salieron a la luz a raíz de lo sucedido.

Escribí un artículo contando todo lo que descubrimos en la investigación y eso hizo que mi ascenso fuera mucho más rápido de lo previsto.

Dejo las cosas y me acerco a Dulce.

—No deberías forzarte tanto.

—Ya estoy recuperada —comenta dándome un beso, feliz.

—Si tú lo dices...

La abrazo por detrás y echo un vistazo a la mansión, que ya está a punto de darse por finalizada.

—¿Estás nerviosa por la inauguración?

—Asustada. Temo haberme metido en algo demasiado grande...

—Tú puedes. Eres fuerte y podrás con esto también.

—Al menos, no estaré sola en esto —dice poniendo su mano sobre la mía y ambos miramos a nuestros amigos y a la gente del barrio.

—No, no estarás sola nunca más..., nunca más.

Tal vez hubo una época en la que Dulce tuvo que salir adelante sola, en la que tuvo que aprender a vivir con el miedo y hacerse más fuerte. Pero ahora esa fuerza hace que esto sea complicado, pero no imposible. Nadie mejor que ella para llevar a cabo un proyecto como este, y sé que lo conseguirá.

La vida la ha fortalecido y, sobre todo, ha hecho que desee que nadie pase por lo que ella vivió, que quiera dar un rayito de esperanza a todas las mujeres que han pasado por lo mismo que ella. Porque tras la tormenta siempre sale el sol y Dulce es el sol que estas mujeres necesitan y el que siempre ha iluminado mi vida. Solo espero que siga haciéndolo mientras viva.

## DULCE

Llego a mi casa sobre las nueve tras pasarme todo el día en la de Bianca. Ángel está fuera haciendo un reportaje. Lo echo de menos, pero ya sabía que esto pasaría a menudo.

Cuando abro la puerta me pongo alerta. Algo no va bien. Se supone que Ángel no regresa hasta dentro de tres días y siento que hay alguien en la casa. Busco mi arma instintivamente y maldigo cuando recuerdo que ya no la llevo encima. Observo una luz anaranjada, como si hubiese fuego en el jardín. ¿Se está quemando?

Corro hacia allí asustada y abro de par en par la puerta que da al jardín, para comprobar con el corazón acelerado por el susto que no es fuego, sino velas. Y que el jardín no está como siempre. Ya no es solo un trozo de césped. Ahora, parte del suelo es de madera, hay una mesa con seis sillas y a un lado, una barbacoa de piedra, así como varias plantas y flores que le dan un aspecto acogedor. La luz de las velas solo ayuda a crear una atmósfera aún más especial.

—Aún te queda por ver lo mejor.

Me giro y veo a Ángel sentado en una mecedora como la que siempre he querido tener.

Me llevo la mano a la boca emocionada, sin saber qué decir. Voy hacia él y me sumerjo entre sus brazos. Me sienta sobre sus piernas y me besa.

—¿Es como en tus sueños?

—Es mejor, mucho mejor... ¿Pero no dijimos que no haríamos nada de esto hasta que no compráramos la casa?

—Y eso he hecho.

—¿Cómo?

—El contrato de compra de la casa está sobre la mesa. Si firmas, es nuestra, yo ya he firmado. Podemos permitirnosla y no me imagino viviendo en otra mejor.

Lo beso temblando. Aún no me creo que estar aquí, con él, no sea un sueño. En este tiempo no ha habido día que no diera gracias por estar a su lado.

—Nos veo aquí juntos, vejetes, mirando como anochece. ¿Y tú?

—Yo también nos veo juntos. Yo también —le respondo y lo beso feliz.

A veces los sueños son solo sueños, ilusiones que el tiempo determinará si se hacen realidad o no; pero desearlos ardientemente te hace luchar por ellos con todas tus fuerzas por hacerlos realidad. No sé qué nos deparará la vida, pero si miro hacia el futuro, me imagino envejeciendo junto a él y luchando día a día para que esto sea posible, pues solo a su lado me siento completa, me siento viva.

# AGRADECIMIENTOS

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

#### **Libros publicados en papel:**

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «[teregalounlibro.com](http://teregalounlibro.com)» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

**Más sobre ella:** <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

*«La única batalla que se pierde es la que se abandona»*

Y ella no piensa abandonar su sueño.

# PRÓXIMAMENTE

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

## Volumen VI

*Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)*

*Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (05/07/16)*

## Volumen VII

*Mi error fue no ser yo misma. Parte I (13/09/16)*

*Mi error fue no ser yo misma. Parte II (27/09/16)*

## Volumen VIII

*Mi error fue tu promesa. Parte I (11/10/16)*

*Mi error fue tu promesa. Parte II (25/10/16)*

## Volumen IX

*Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (08/11/16)*

*Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (22/11/16)*

## Volumen X

*Mi error volumen X. Parte I (12/12/16)*

*Mi error volumen X. Parte II (27/12/16)*

*Serie Mi error*

*Mi error fue amarte*

*Parte II*

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Sergey Causelove / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15564-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

[\*Mi error fue amar al príncipe. Parte I\*](#)

Moruena Estríngana

[\*Mi error fue amar al príncipe. Parte II\*](#)

Moruena Estríngana

[\*Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)\*](#)

Natalie Convers

[\*Ella es tu destino\*](#)

Megan Maxwell

[\*Heaven. El hilo rojo del destino\*](#)

Lucía Arca

[\*La suerte de encontrarte\*](#)

Helena Nieto

[\*La chica de los ojos turquesa\*](#)

Jonaira Campagnuolo

[\*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón\*](#)

Alexandra Roma

[\*Una canción bajo las estrellas\*](#)

Laura Morales

[\*Viaje hacia tu corazón\*](#)

Moruena Estríngana

[\*Aura tira los tacones y echa a volar\*](#)

Alexandra Roma

[\*Suki Desu. Te quiero\*](#)

Kayla Leiz

[\*Tú eres mi vez\*](#)

Judith Priay

*El algoritmo del amor*

Diana Al Azem

*La magia de aquel día*

Clara Albori